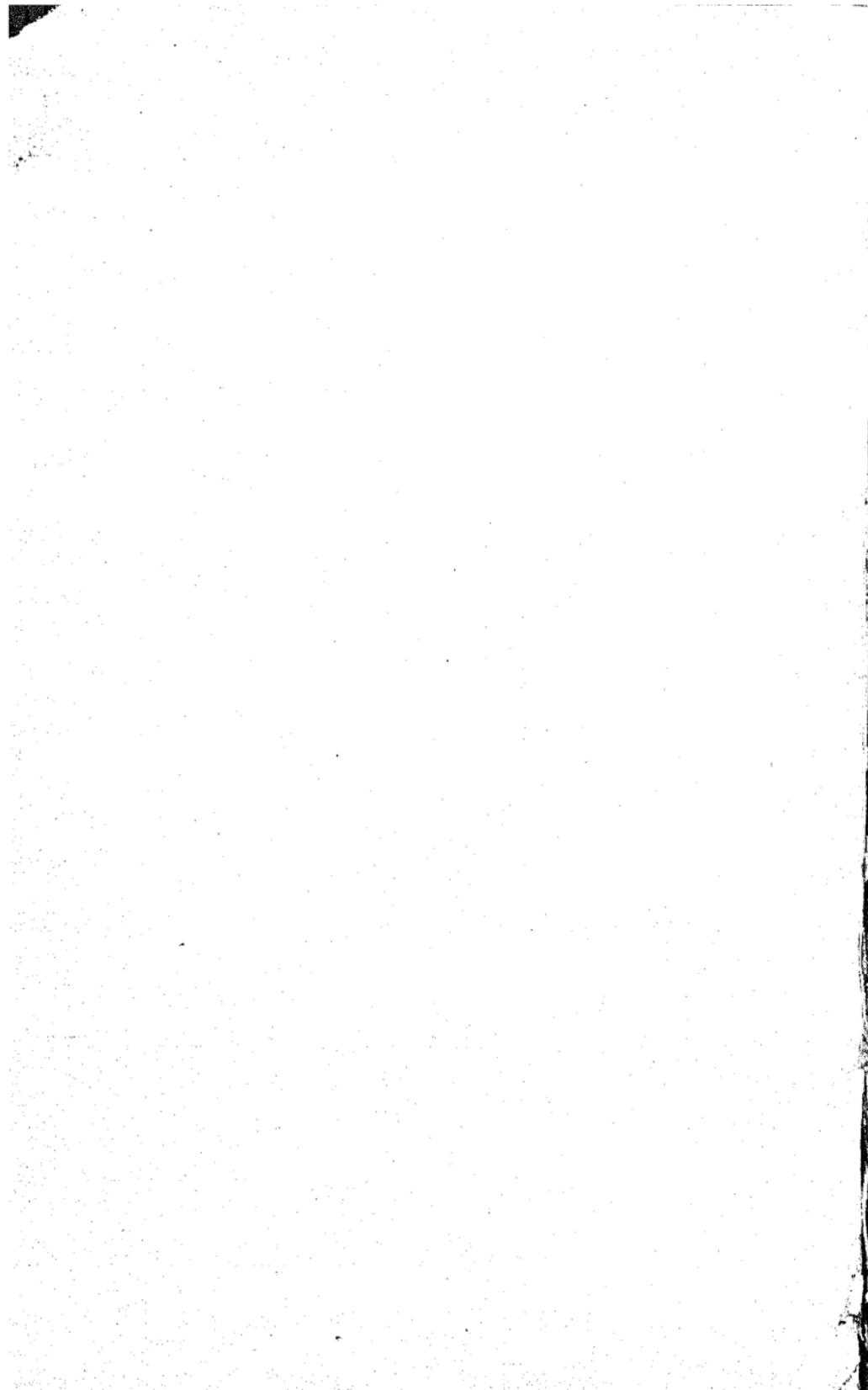




# Justa y Rufina

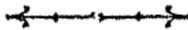
NOVELA



2-4) 584  
DA-2-643  
Juan F. Muñoz Pabón, Ebro.

# JUSTA Y RUFINA

NOVELA



SEGUNDA EDICIÓN.

(Con licencia de la Autoridad eclesiástica)



SEVILLA  
LIB. É IMP. DE IZQUIERDO Y C.<sup>a</sup>

Francos, núm. 54

1905

LIBRERÍA SUBIRANA  
BARCELONA

---

---

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---

---

A LOS SEÑORES

D. LUIS MONTOTO Y RAUCHSTENTRAUS

Y D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

No es que este desmedrado ensayo de novela sea de tanta valía, que baste á servir de agasajo nada menos que á dos maestros y de tan depurado gusto en achaques de letras, como VV. mm. Es lisa y llanamente que es tanta mi pobreza literaria..... y nó literaria (aunque ahora no sea vagar para hablar de esta última) es tanta, repito, mi pobreza literaria, y tales, á la vez, mis deseos de manifestarme agradecido á quien, como VV. mm. me honra con su amistad y me ilustra con su certero y desapasionado juicio, que lo primero que tengo á la mano, aunque pobre y enclenque, se lo ofrezco, dedico y consagro de mil amores.

Menos mal que ni el uno ni el otro,

porque conocen desde luego la poquedad de la dádiva, podrá llamarse á engaño. De lo contrario, podría repetirse aquí lo acaecido entre los ciegos del cuento que hubieron de andar á la greña, disputándose la limosna del taimado chancero que, sin haberle dado nada á ninguno, les dijo en tono caritativo: —vaya, hermanitos: para los dos.—

Chilindrinas aparte, conste en letras de molde mi reconocimiento, que ello basta para descargar mi conciencia del peso de gratitud que la abrumba y para que, á falta de otras prendas, se me haya por bien nacido.

Es de VV. mm. sincero amigo y entusiasta admirador.

Juan F. Muñoz Pabón,  
PRESBITERO.



I

Un rato de comadreo

—¿Y ar fin tuviste er logro de ve á las forasteras?

—Antió, ar salí de misa.

—Güeno ¿y qué?

—Po dos reales mozas, ondequiá que se presenten..... Lo que toca la rubia no tiene pero.

—Po pa que veas lo que son las cosas: á mí me gusta más la otra; la trigueña.

—¡Quita allá! po no es ná... la trigueña ¡eso sí! se mete por los ojos, con aquella cabeza de pavo reá, y con aque-

llas colores de rosa de mayo, y con aquellos andares de reina; pero la otra, la rubia... ¡si paece la fló de la maravilla! ¿No le arreparaste las manos? ¡vayan con Dió los copos 'e las nieve!

—Er que paece un gran señó es el padre.

—Como que dicen que ha sío jasta gobierno; y que los mozos que vienen con ellos le dicen usía y tó.

—Po hija, lo que dice mi madre: chico nío, chico pájaro: no serán tan aque como andan diciendo, cuando se vienen á viví á un pueblo como Cascotes, onde no hay calle con empedrao, ni casa onde se ponga la olla tres días seguíos.

—Pero en poniéndola ellos...

—Güeno; vamos ar deci: que teniendo, como se dice que tienen, el oro y er moro, bien pudieran viví en Sevilla, ó en Inglaterra, ó en las siete partías der mundo, y nó en este rabiaero 'e jambre. Ensengáñate: chico nío, chico pájaro.

—Po hija: ello es que cosa grande deben de sé: porque vestios de sea á toas las tardes, sombrillas jasta pa andá por

los callejones y manos tan cudiás como las 'e la rubia, eso es cosa de marqueses ú condeses, de ahí pa arriba. ¿Quién ve en Cascotes un vestío de sea, como no sea er día der Señó, y pa eso, la meica, y gracias? ¿Cuándo se ve aquí una sombrilla, como no sea en una procesión, y pa eso, dos ó tres tó lo más? ¿Quién no tiene aquí las manos como escofinas, y á mucha honra, porque es señá que se trabaja y no es una una espaletillá, como la niña del Riquito Nuevo, que ni jace un lavao, ni agarra una escoba, ni ensarta una abuja, sino tito er día de Dió dale que dale á la sorfa, que nos tiene aburrias á toas las 'e la calle?

—En fin: ya dirémos viendo. Por de pronto, las muchachas son de rejastallí; y nó saco de paja pa er jastialote de Don Bartolo, que le pega er Don, como arracás á borrico. ¡Qué peazo 'e mulo está! ¡Dió!

—Como que tó en este mundo se mama: y como no haiga mamao ese esperpento más finura que la de la peazo 'e

mula 'e su madre, ya se pué dí encargando un aparejo y una jáquima. Pero, ya se vé: los bienes de propio dan pa tó; ¡jasta pa una carrera! y ahí lo tienes estudiando endeje antes 'e nacé, y jecho un mato, con tantísima calabaza como ha dío recogiendo por esos estudios 'e Dió. ¡Qué me alegraría que le dieran con la puerta en los jocicos, pa que no se relamiera 'e gusto el reladronazo 'e su padre! ¡Ladrón, más ladrón que Geta!...

—Milagrito será, como la Calandria tome er caso por su cuenta. Ya la mu resinvergonzona de los demonios ha metío en la casa el entejón. Dice que la mandaron á llamá pa que le jiciera un gudin, y que no quiso llevarle ná y que de ahí viene la conocencia. Lo cierto ello es que está colá en la casa de jó y de có, y que Don Bartolo anda de cuchicheos con ella, jasta po er brocá der pozo 'er cabirido. Yo, por lo menos, eso se dice.

—Pero qué relagartona es, y cómo se da móo y trazas á entrá con toas, como la romana del infierno...

—Lo cuar que lo estará jaciendo tó de barde. ¡Güeno! po que se fien de ella; que ya se irá llevando jasta las estopas 'el olio.—

A las estopas del *olio* llegaban en su conversación las dos amigas, cuando se detuvieron ante el brocal de la fuente del pueblo, adonde iban por agua; ni muy dulce, ni muy limpia, ni muy abundante; pero única potable en los alrededores de Cascotes, villorrio de Andalucía, perdido entre pinares famosísimos, y entre verdes viñedos y grises olivares acurrucado; con unos cuatrocientos vecinos á todo tirar; con unas trescientas casas, en diez calles y cuatro callejuelas distribuidas; con una plaza de regulares dimensiones, aunque sin un poyo, ni un árbol, ni una farola para un remedio; con una parroquia “de entrada,” y en ella un cura de los llamados de misa y olla, aunque no escaso de despabiladeras y celoso y amigo de cumplir con sus deberes como el primero; con una botica sin boticario, y un municipio sin alumbrado, ni serenos, ni otras mil zaranda-

jas por el estilo, que, ¡eso sí! como figurar, figuraban en el presupuesto de salidas, aprobado cada año en la capital, con su cuenta y razón, naturalmente; pero que, como la capa del cuento, no parecían por ninguna parte. Tal es Cascotes, y pare V. de contar.





## II

### Las forasteras

¿Que quiénes eran estas señoras? Te diré, lector. En Cascotes había cinco. Dos en la casa del Duque, y tres en su casa propia de la calle Real.

Eran las de la calle Real una madre y dos hijas, Doña Curra, Lolita y Fanny, acabados modelos del género cursi, á pesar de sus alardes de distinción, buen tono y elegancia. Aquella era viuda de un magistrado, que tenía en Cascotes no pequeña heredad, aunque llena de averías y de trampas, y éstas (no las averías ni las trampas sino las niñas) hijas legítimas del magistrado y su señora, Doña Curra.

Viven habitualmente en Sevilla, tra

tándose á las veces con lo mejor, por pertenecer á la familia de los *Colones*, como llama un amigo mío á esos seres *ubique* que en todas partes se cuelan, sin que los llame nadie; "dan tés," y todo cuento, ó por lo menos ellas lo dicen, y á mí no me gusta desmentir á nadie y muchísimo menos á señoras, con quienes todo comedimiento me parece poco; gastan coche, aunque yo, que las conozco mucho, siempre las veo á pie... ¿qué sé yo?... será que "los médicos," les habrán preceptuado que hagan ejercicio, por más que quizás lo gasten, aunque yo no las vea cuando van en él, que es muy posible.

Hay que tener en cuenta, aunque parezca digresión, que eso de "gastar coche," es muy elástico: pues hay quien lo gasta de propiedad, quien lo gasta de alquiler y quien lo gasta de gorra. ¿A cuál de estas tres denominaciones pertenece el de ellas? Yo, como no las he visto nunca más que á pie...

Nunca he tenido el honor de ser recibido en su casa de Sevilla, pero la co-

nozco palmo á palmo: el vestíbulo; la escalera; la galería de retratos; el salón árabe; la saleta Luis XV; el salón de baile; el gabinete azul; la sala amarilla; el *hall*; la *serre*; el departamento de los criados... todo, en fin, lo de que hablan las tres á coro, á oyentes como Rita Trillo y otras palurdas, que son su corte en Cascotes, y que entienden de vestíbulos, de *hall* y de saletas Luis XV lo mismo que si les hablaran de literatura persa ó de *criptografía* egipcia.

Cuando llega el verano, y el calor de Sevilla comienza á hacerse insoportable, anuncian en los periódicos que "salen para sus posesiones de Cascotes," y á Cascotes se vienen, como nube de langostas que todo lo arrasan.

¡Lo que á ellas les gustan las morcillas de la médica y los garbanzos de Rita! ¡Lo que celebran el pan tierno de Fulana, los huevos frescos de la vecina de enfrente y los pollos y gallinas de la de junto! Pues ¿y las aceitunas, con hinojo y tomillo aderezadas? Hasta el carbón que elabora tío Mengano es una ma-

ravilla, que las tres, á cual más, ponen por encima de los cuernos de la luna.

Y, claro está: lo mismo la médica, que Rita; la de enfrente, que la de junto; y Fulana y Mengana, que Perengana, como el cuervo de la fábula á las adulaciones del zorro, abren el pico: quiero decir: la despensa: y morcillas, y garbanzos, y huevos, y aceitunas, y pan, y carbón, y... demonios coronados, todo es poco para saciar aquel hato de pedigüeñas empedernidas, que vienen "á sus posesiones," á engordar y regodearse á costa de inocentes ó de incautos, viviendo, como diría el P. Coloma "de las pingües rentas de la poca vergüenza."

Pero pasa el verano, y se marchan á sus cuarteles de invierno, llevándose "para el camino," una acémila cargada con los presentes de última hora; y, si te ví, no me acuerdo. ¡Ni por un ojo de la cara saludan después en Sevilla á ningún cascotero, aunque le hayan sacado la cerilla de los oídos tres días antes!

El médico, que es un socarrón de siete suelas, las ha bautizado con el poco

poético, pero expresivo, mote de *las Carpantas*.

Las de la casa del Duque parecen por de pronto harina de otro costal. Son hermanas gemelas que, por haber nacido el 17 de Julio y en Sevilla, salieron de las aguas del santo bautismo con el nombre de Justa la última que nació, y con el de Rufina, la primera.

Tienen diecinueve años recién acabados de cumplir, y están como la hoja de la rosa. Justa es blanca, y menuda, y aterciopelada, y rubia como una duquesita de la corte versallesca, de esas que se modelan en porcelana de Sajonia y se pintan en los países de los abanicos de la época del Imperio; Rufina, en cambio, es trigueña, alta de talla y redonda de contornos; más garbosa que su hermana, pero menos bella; más mujer, y sin embargo, menos femenina. Yo no sé si me explicaré de modo que me entienda el lector; pero hay cosas, y esta es una de ellas, que son más para percibidas por los ojos, que para traducidas con la palabra.

Sin posesiones en Cascotes que visitar, habían venido á él solamente en busca de aires puros para los asmáticos pulmones de Don Alvaro, padre de ambas, señor tan falto de salud, como sobrado de honradez y de talento, á quien habían recetado últimamente, aires como los que impregnaban de brea los añejos pinares de que abundaban los contornos de Cascotes.

Conocía el lugar, por haber venido á él de cacería allá en sus mocedades, y la casa del Duque, su cercano pariente, por haberse hospedado en ella las veces que vino. Y, como ahora el Duque se la ofreciera, la aceptó muy gustoso; y, con preparar unos baules de ropa y un buen repuesto de libros, á los que era por extremo dado, salió de su residencia de Sevilla y se instaló en el palacio con reminiscencias de castillo, conocido en el pueblo con el nombre de la casa del Duque, y que era y es un caserón comodísimo y grande, con escudos de azulejos en la fachada; portada monumental; ancho patio tapizado de rosales y madre-

selvas, y salpicado el suelo de arrebole-  
ras y malvalocas; con molino aceitero  
en el corral; graneros espaciosos en el  
doblado; palomar, gallinero, cochera,  
cuadras, pajares... todo lo que há me-  
nester una casa de labranza como la que  
hace por describir esta mi mano peca-  
dora que se ha de comer la tierra, Dios  
quiera que tarde mucho, amén.

Ni á Justa ni á Rufina les gustó Cas-  
cotes maldita de Dios la cosa; pero era  
necesario que Don Alvaro no se percata-  
se de ello, y Cascotes era, al decir de  
Justa, punto menos que el paraíso te-  
rrenal.

—¡Pero qué pueblo tan mono!—iba  
diciendo cada vez que se asomaba á un  
balcón, cuando, recién llegados y con el  
polvo del camino, examinaban la casa:  
—mira, papá, qué bonita portada la de  
la iglesia: gótica pura ¿eh?: desde aquí  
se ve mejor... ¡Pues la torre tampoco es  
mala! ¿Tres campanas nada menos? ¡al-  
za peneque! Mira, mujer, Rufina: ¿no es  
verdad que parece una calle de Grana-  
da con tántas desigualdades y tantísimo

verde?... Pues como llegue á venir á visitarnos Paco Góngora, hago que me la copie. ¿Qué será aquello, papá? ¡Ah, ya, sí! ya veo el letrero: *Casas Consistoriales*; pues mira, no lo parecen: la verdad es que están casi en ruina... ya tú ves, será muy pobre el municipio... ¡Anda, y cuánto chiquillo! ¿si vendrán de la escuela?... lo que dije: mira los libros... Y cantan: oye, oye, Rufina:

—Cuando salgo de la escuela  
 Me dá gana de beber  
 En un cantarito de agua  
 Donde bebe San José.  
 San José era mi padre,  
 La Virgen era mi madre,  
 Los angelitos *mi* hermanos,  
 Me cogieron por la mano,  
 Me llevaron á una fuente,  
 Me pusieron cruz enfrente,  
 Me amarraron á la Cruz,  
 Padre nuestro, amén Jesús.—

—Pero ¿has oído, Rufina, monada semejante? Créete que me siento hasta *folklorista*. En cuanto saque los avíos de escribir, voy á tomar apunte. Y mira, papá, mira cuántos pinares!... ¡si se es-

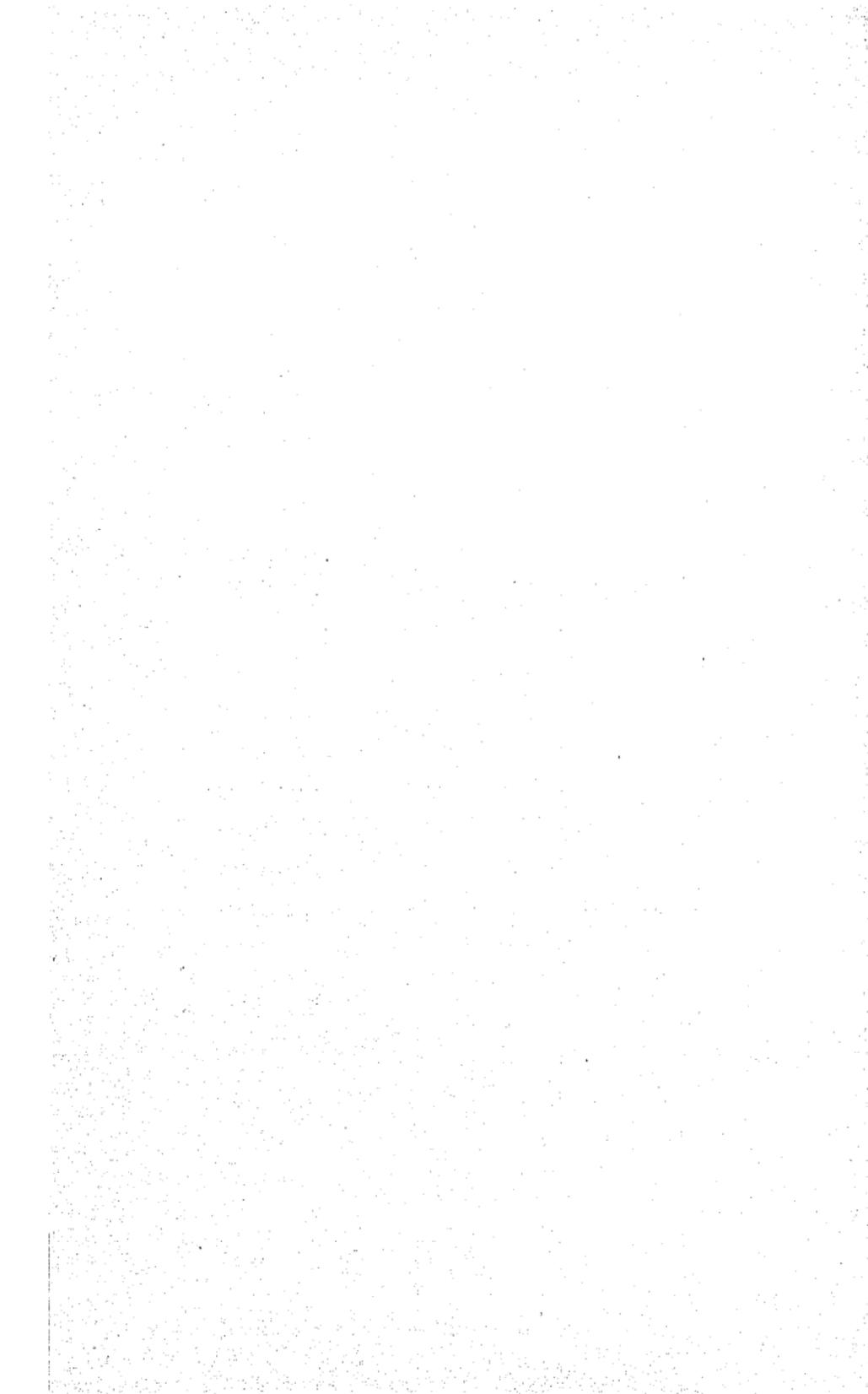
tá mascando la brea enteramente!... Nada; lo que es de esta hecha, se te retira el asma para siempre jamás.

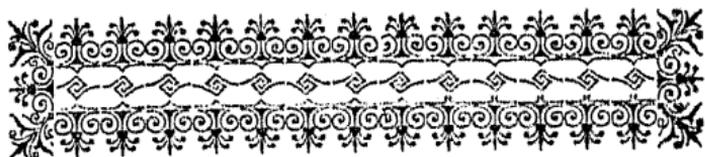
—Dios lo haga—respondió Don Alvaro:—pero vámonos para abajo, si os parece; porque, además del calor, que se va ya haciendo insoportable, temo que esas avispas hagan en nuestras orejas algún desaguisado.

—Pues vámonos—contestó Rufina, poniendo el pie en la escalera—porque no sólo hace calor, sino hambre también, y eso es ya más grave.

Y á menudos saltitos, y delante de su padre y de Justa, que bajaban del brazo, entró en el comedor, dónde los aguardaba, aunque en su inmensa mayoría de flambres, un succulento almuerzo. Mas dejémoslos, lector, si te parece, y que buen provecho les haga.







### III

#### Mirada trasatlántica,

como, por decir mirada retrospectiva hubiera dicho Don Roque Cerro, cacique -alcalde de Cascotes. Porque era uno de los rasgos fisonómicos de su conversación, desde que era persona de viso en el pueblo, el macizarla de *sexquipedalia verba*, que diría Horacio, ó sea de palabras rimbombantes, ó que "no han comido gazpacho," como decimos por aquí; pero tan mal aplicadas y tan traídas por los cabellos, que era una delicia oírle *perorear*.

El tenía botellas de vino *lacónicamen-*

te cerradas. El, aunque era más católico que el Papa, no por eso era *misántropo* (aficionado á oír misa, quería decir.) El, por más que era el *arbitrio* supremo de Cascotes, no se *inmiscuaba* en nada, porque no le gustaba darse *sobrepopeya*. El, era tan amante de la ilustración, que hasta quería establecer una escuela nocturna de *adulterios* y así se lo propuso al señor Cura Párroco, á ver qué le parecía.

—¡Cristiano!—le respondió el Sr. Cura—¿está V. en sus cabales? ¿una escuela de adulterio?...

—¡No me venga V. á mí—le replicó— con *alucinaciones* personales; que la cosa me parece que es digna de todo *emporio*. ¿Por qué no ha de haber aquí todas las noches una escuela nocturna, donde tantísimo bruto, que no sabe ni *deletreadar* aprendan á leer y á escribir?...

—¡Acabáramos!—dijo el Párroco— una escuela de adultos, quiere V. decir; ¡como dijo V. de *adulterio!*...

—Lo mismo dá; y al buen entendedor...—

Estaba casado nuestro alcalde con Rita Trillo, mujer que, á decir de sus vecinas, era un *armidá de carnes*, en la que hubo, á los no muchos meses de casados, un hijo como unas perlas, rollizo y esponjado que lo bendijera Dios, á quien se le puso en pila Bartolomé, nombre de todos los primogénitos de la familia Cerro, desde tiempo inmemorial.

—Roque—le dijo un día *señá* Rita (esta no pudo nunca llegar á Doña) cuando nuestro Bartolo frisaba en los doce abriles:—era mesté dí pensando en el porveni de Bartolito.

—Figúrate tú—le respondió—si pensaré, que hace un año que no *reconcilló* el sueño, dale que dale, reinando en la cosa y sin ver la *absolución* del *proglema*.

—Yo, la verdá: si tuviera el logro de verlo en los altares...

—Ritilla, has dado el gran golpe: nada: quiere decir que al *deseminario* con él. Si canta misa, tanto mejor, porque créete que tengo verdadera *vocación* de verlo hecho cura. Si nó, con tal que se esarne...—

Y con esto, y con comprarle un ajuar de lo más tieso y más chillón que los tenderos ambulantes llevaban á Casco-tes, y con decirle al maestro de escuela que con que les entregara una oreja de Bartolillo si era desaplicado tenían ellos bastante, á los fines de septiembre de aquel mismo año salieron para Sevilla, Rita, sobre una yegua con jamugas, y Don Roque, en un mulo espelurciado, pero de buen andar, con Bartolo á las ancas; los padres, soñando con la mitra de Toledo ó el *Archipampanato* de las Indias, y Bartolo, refunfuñando, si tenía que refunfuñar, por sentirse más inclinado al esparcimiento de Cascotes, que á lo que él se figuraba que debía ser una casa donde "se aprendía á cura."

Omitamos en gracia de la brevedad el examen de ingreso, en el que el chico no rebuznó por milagro patente de la Virgen del Monte, Patrona del pueblo, á quien Rita dejó dos velas en ofrenda y otro par prometido si "salía en bien de los *desdmenes*"; pasemos en silencio la compra del palanganero, jarro, orinal,

mesa, velón y otras minucias que no había en las tiendas de Cascotes y que eran y son de necesidad perentoria, y para comprar las cuales corretean todas las tiendas de Sevilla, ofreciendo por ellas la tercera parte de su precio, porque "el comerciante no había de tener palabra de rey, y porque otra vez sería otra cosa,,"; apartémonos un poco, para no tener que presenciar la despedida en que Don Roque moquea enternecido, Rita llora á grito pelado, como en los duelos de Cascotes y el chiquillo se queda revolcándose y pataleando, que es la "postura académica," del dolor supremo en todos los chiquillos que ha conocido el pecador que esto escribe.

¡Lo que lloraron aquellos ojos por su Cascotes y por su burro!.... Ni los de Boabdil por su Granada y por su Alhambra lloraron la mitad. Gracias á que el bendito del Padre Emilio lo tomó por su cuenta, y, con una caridad de Santo y una paciencia de lo mismo, logró allá para San Francisco Xavier tenerlo, si nó consolado, á lo menos no tan cerril,

como cuando empezó á padecer "de nostalgia."

Los progresos que haría en el Latín y en la Historia Sagrada con tanto moqueteo y tanta pataleta, fácil es adivinarlos. Jamás dió golpe en bola. Lo único que logró aprender en todo el primer tercio, fué lo siguiente:

Siempre se halla masculino  
 El nombre que *no* termina,  
 Mas si en *io* se declina,  
 Es *verdú*, es femenino.  
 Van por la misma *verea*... (1)

Y aquí se atragantaba, se rascaba la cabeza, ponía un pie sobre otro, se mas-caba las uñas de la mano derecha y vol-via á rascarse... Los compañeros solta-

---

(1) La regla de Raimundo de Miguel, cuya pa-ráfrasis no es del novelista, sino recogida por él, es como sigue:

Siempre se halla masculino  
 El nombre que en *o* termina,  
 Mas, si en *io* se declina  
 Y es verbal, es femenino.  
 Siguen el mismo camino...

ban la carcajada, y él tornaba al "dón de lágrimas," que adquirió con su entrada en el seminario y que le hacía dormirse sobre los libros, apenas los abría para ponerse á estudiar.

¡Y qué libros, Madre mía del Monte! Mentira parece que cupieran tantas manchas en tan pocas hojas como les iban quedando. Verdad es que se compenetraban; las manchas digo, que no las hojas; pues sobre las de tinta las había de aceite del velón, y *á la civersa*, como diría Don Roque.

Este seguía en Cascotes, tan famoso; comprando gobernadores y secretarios, como alfajores en feria (y perdóneme la clase, pues si los hay honrados y caballeros, los hay también, y esto es notorio, *presidiabiles*) espaventando comisionados y deteniendo sueldos á su libre antojo; dando pucherazos en las elecciones; haciendo chanchullos á todas horas, y, sobre todo, comiendo á dos carrillos y robando "á cuatro manos".

Hay que advertir que era la antítesis del perro del refrán; pues, si comía,

también dejaba comer. ¡A bien que no derramaba mucho oro por las oficinas de la capital cada vez que por allí aparecía..... y cuenta que iba dos veces por lo menos cada trimestre! De aquí su indefectibilidad en la alcaldía y sus dieciocho años de mangoneo, como cacique y *arbitrio* de Cascotes.

De herrero que era cuando se "echó," á Rita por novia, hasta la hora en que lo conocimos, había sabido hacerse de sus millares de cepas y sus cientos de olivos; de su "mijita," de bodega y hasta de su molinito aceitero, que ya es bocado más gordo, amén de una punta de vacas que nublaba el sol y una casa en lo mejorcito de Cascotes, con azotea y balconajes, conocida en el pueblo, aunque *sotto voce*, con el sangriento mote de *casas capitulares*. Era listo como un demonio el pedazo de mostrenco, y pase lo antitético de ambos epítetos.

Y así pasaron los años, Don Roque, en el Capitolio, y Bartolo, en el Seminario, éste, saliendo de los exámenes á calabaza por asignatura, porque á más que

á calabaza por asignatura no es posible salir, y Don Roque, á miles de pesetas por jugada, porque tampoco el pobrecillo podía salir á más. Pero llegó Bartolo á los diecisiete abrilés y á estudiar tercer año de humanidades; y, lo que él dijo á su padre en las vacaciones de pascuas, el día de año nuevo por más señas; —ni Cristo pasó de la cruz, ni yo, de las matemáticas. Tómelo usted por donde le dé la gana; pero yo no voy más al Seminario, aunque me ahorquen.

—Hijo, ya ves...

—No veo nada, ni quiero verlo: que no vuelvo al Seminario, aunque me emplumen; y lo dicho, dicho, y la jaca á la puerta.

—Yo, por mí, ya tú ves, ¿qué ha de querer uno? pero tu madre... con el gusto que ella tiene en tener el día de mañana un hijo en el altar...

—Ese mismo tengo yo: de modo que me deje á mí, á ver si lo logro; que bastante ha tenido ella con tenerme en el Seminario cuatro años y pico, que se dicen de una vez... En fin, que no voy más;

y que salga el sol por Antequera.—

Y no volvió. Verdad es que Don Roque se vengó de él, mandándolo una temporada de zagal con el vaquero, y que Rita apeló á todos los registros imaginables, desde el llanto hasta la amenaza; pero nadie más tenaz que un bruto en sus resoluciones, ni nadie más bruto que nuestro ex-seminarista por aquel entonces.

Después, ya fué otra cosa. Pues con vestir á la última moda; decir *coinsidencia*, *consiensia*, *Saragosa*, *onse*, *dose*... en fin: con usar á todo pasto la *s*, letra jamás usada en Cascotes, como no fuera por los gallegos que venían á hacer sogas por los veranos; con esto, y con no oír una misa desde la última que oyó en el Seminario de Sevilla; decir que el señor Cura no era ni más ni menos que un *recalsitrante*; leer cuatro periódicos, impíos los más de ellos, y renegar del matrimonio á troche y moche, logró mi hombre hacerse rey en aquella tierra de ciegos, á pesar de no tener ni un ojo, como no fueran los muchos idem de

gallo que, por lo estrecho de las botas, el mal empedrado de las calles y el sudor de sus piés, que eran dos surtidores, le nacían entre los dedos, como nacen los hongos en los vallados.

Dicho se está que, siendo hijo del cacique, la secretaria del Ayuntamiento le venía pintiparada. ¿Que había en Cascotes la *rara avis* de un secretario honradísimo, esposo de una mujer fecunda como la de un titiritero, y padre, por ende, de numerosa prole? Pues á encausarlo y, como consecuencia, destruirlo, y como consecuencia *subsumpta*, que diría un dialéctico, cátrate á Periquillo hecho fraile: quiero decir: á Bartolillo secretario.

Y nó porque en el pueblo le llamen Bartolillo; se le llama Bartolo, "nombradía," que irrita al interesado, que no puede conseguir, por más que en lo uno y lo otro se empeña, ni el *Don* ni el *mé*. Únicamente en las cartas que recibe de la capital encuentra el "Don Bartolomé," de sus ensueños. En Cascotes, Don Bartolo si acaso, y eso, delante de él;

que á sus espaldas, ó Bartolo á secas, ó Bartolo el del *jerrero*.

Aún no lo habemos descrito, y allá va su retrato: y conste que si "no le hago favor," como dicen las mujeres del fotógrafo que no las "saca," bonitas, tampoco me ensaño con él. Lo copio tal y como lo veo, y con una precisión, aunque me esté mal el decirlo, que puede correr parejas con la de Velázquez.

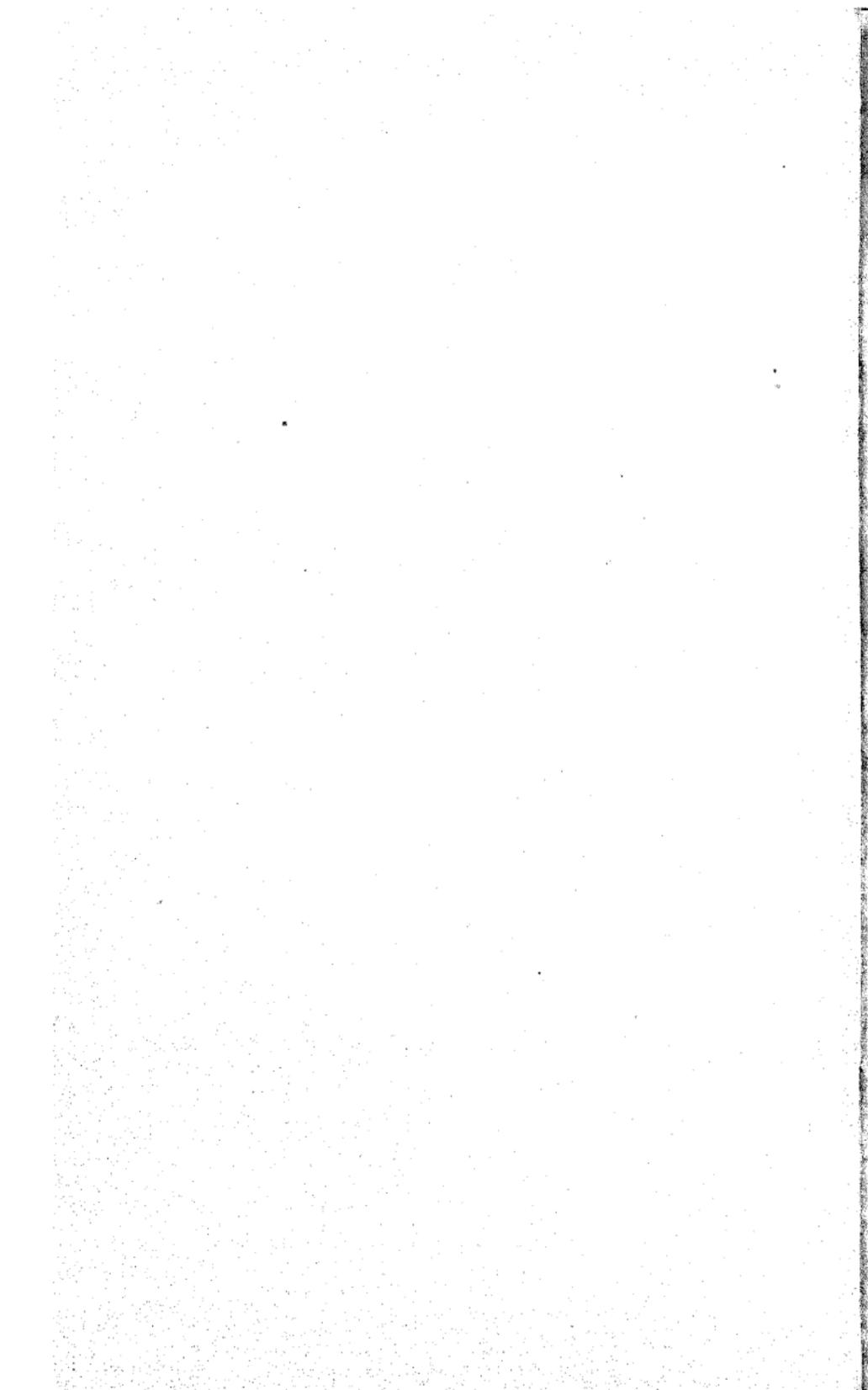
Alto de cuerpo y sobrado de carnes, es cetrino de color y bien poblado de barba, de la que no "aprovecha," más que el bigote, duro como un cepillo, por lo que tuvo, aunque á la fuerza, que afeitarlo, cuando crecía á la sombra del Seminario hispalense. Es cargado de hombros y un si es no es torcido de cintura, vicio de naturaleza ó de educación que le hace andar un poco de lado. También de lado mira y hasta de lado habla; pues el supremo desdén con que se digna de hablar con sus convecinos, le hace torcer la boca. Usa al lado el sombrero, siempre de lo más curro que se estila. Todo en él es de lado. Una

---

mujer, á cuyo marido embargó la burra por un piquillo que adeudaba al pósito, hizo la fotografia de nuestro secretario con estas contadas palabras:—¡Mialo: si no pué sé güeno; si tiene el arma me-tía de pincón!--

Tal es por dentro y por fuera el señor Don Bartolomé *del Cerro* y *del Trillo*, para quien, á decir de las dos murmuradoras del camino de la fuente, no eran saco de paja las forasteras.







#### IV

### En que las Carpantas visitan y Don Alvaro con sus hijas reciben

“La visita *de rigor*—ha dicho el inmortal Pereda—es un vínculo *sui generis* que une á dos familias entre sí. De estas dos familias no se puede decir que son *amigas*, ni tampoco simplemente *conocidas*; son bastante menos que lo uno y un poco más que lo otro; es decir, están autorizadas recíprocamente para no saludarse en la calle, para hacerse todo el daño que puedan; pero no pueden prescindir entre sí del ofrecimiento de la nueva habitación, ni de la despedida al emprender un viaje, ni de la visita al regreso, ni del regalo de los dulces después de una boda ó de un bautizo.

Esta definición parecerá un poco ambigua á primera vista; pero si se reflexiona un poco sobre ella, se comprenderá menos.

Y lo peor es que no se puede dar otra más clara; porque lo definido es incomprendible.„ Hasta aquí el gran maestro de hacer novelas.

Pues bien: las Carpantas no conocen á Don Alvaro ni á sus hijas, ni de vista siquiera y, si alguna vez los han visto, no han llegado á unir las fisonomías con los nombres: no son, por consiguiente, ni *amigas* ni siquiera *conocidas*.

¿Se creerán exceptuadas, según la jurisprudencia de Pereda, de la "obligación," de ir á visitarlos? De ningún modo.

La pasión dominante de las tres es colarse en todas partes, cumplir con todo el mundo y, á falta de relaciones personales, tenerlas, á lo menos "de cartulina.„ La única verdad que les he oído decir es la de que gastan una barbaridad en tarjetas. Así son y así hay que tomarlas.

De aquí, que la misma tarde de la llegada de los tres forasteros, se hayan tocado el arca, como se dice en Cascotes, y, pián, pianito, y con las faldas, por temor al polvo de la carretera, muy bien recogidas, hayan andado un buen trecho de la calle Real y llegado á la portada de la casa del Duque.

Voy á hacer por describírtelas, lector querido, por si no las ves bien.

Delante, las dos niñas. Y digo *niñas*, porque así las denomina Doña Curra, que nó porque no tengan sus treinta y nueve y treinta y siete años respectivamente. Vienen vestidas de blanco, y con los más descomunales polizones que puedas imaginarte: es la moda que priva, y á ellas les dió siempre por vestir á la última. Por delante llevan ahuecados *paniers* que parecen enteramente lambrequines de cortina; y, desde ellos hasta el borde de la falda (el inferior se entiende) bullones y volantes tableados, volantes tableados y bullones: ¡la tela que habrán gastado las confiscadas!... Gracias á que la base, llamémosla así, es

percalina pura; pero así y todo, eche usted tela. Traen enormes sombreros de plumas negras, que semejan los penachos de las mulas de los carros fúnebres (y perdone el lector el modo de comparar) traídos expresamente para ellas de París, según ellas mismas creen, á fuerza de tanto decirlo; pero hechos por ellas, que, dicho sea en honor de la verdad, no se dan mal arte ni mucho menos.

Cogidas ahora, como casi siempre, de la mano, al modo de las Gracias de la mitología, son dos desgracias de cuerpo entero, dos medios divorcios *in fieri*, que nunca llegarán á *in facto esse*, porque el primer requisito para divorciarse es estar casado, y ellas, por lo visto, no llevan las mejores trazas, aunque hartito lo sienten..... pero ¡ea! basta de hablar mal de nadie; que no por ser novelista, estamos autorizados para morder al prójimo.

Conste que van muy bien vestidas y nó peor tocadas: y, si los solitarios de las orejas, las pulseras y los imperdibles son falsos ó no lo son, yo no me meto

en ello. Cada uno se pone lo que tiene.

Detrás viene la madre, negra como la noche, que diría un cronista de salones, bien trajeada de paño lionés, con capota de encajes y de abalorios sobre la cabeza que fué rubia, pero que, encanecida por el dolor, y pintada diariamente con nitrato de plata, hace el efecto de un rebujón de hilachas de percal negro: tan negra y tan mate está la rizada guedeja de Doña Curra. Siempre marcha á la zaga de las niñas, haciéndose aire con el abanico. El que trae esta tarde es de plumas negras, con el pie de ébano. Abierto, menos mal; pero cerrado, parece la mano del bombo de la banda de Cascotes.

Las niñas se han detenido junto á la cancela y la madre ha tirado del cordel de la campanilla. Ha aparecido un criado. Doña Curra le ha dado una tarjeta en que dice: «Francisca de Domínguez, Viuda de Algarín é hijas.» El criado ha desaparecido y tornado á aparecer; y, seguido de las tres Carpantas, que todo lo van escudriñando, aunque con el ra-

billo del ojo, ha alzado la cortina de un gabinete, donde ya están de pie Don Alvaro y sus hijas.

—Ya sabrá por la tarjeta *quién* somos —empezó á decir Doña Curra, al estrechar la mano que Don Alvaro le tendía.

—Por de pronto, señora, —contestó el caballero —sé, y esto sólo me basta, que han venido á hacernos la merced de visitarnos. ¿Cómo va de salud?

—Bien, ¿y usted?

—Nó bien, pero á sus órdenes; ¿y usted, señorita?...—Total: seis por tres, dieciocho: dieciocho veces, —¿y usted, yo, bueno ó buena, gracias; para servir á usted.—

—Pero tomen asiento—dijo Justa á las recién llegadas. Y las tres se sentaron en el sofá; Don Alvaro y Rufina, en las butacas contiguas, y Justa, en una silla al lado de su padre.

—Pues nosotras—empezó Doña Curra, abanicándose:—como somos tan amigas del Duque (mentira), porque lo que toca Elvira (la duquesa) y yo, siempre nos hemos querido como hermanas

(mentira), al saber que ustedes son parientes de Paco (el Duque), y que habían llegado esta mañana, nos hemos creído en el deber de venir á visitarlos.

—Honor que les agradecemos en manera—contestó Don Alvaro.

Doña Curra, Lolita y Fanny, inclinando la cabeza y dejando de abanicarse:—gracias.—

¿Y vienen ustedes por mucho tiempo? —preguntó la viuda de Algarín.

—Veremos, señora; mi salud lo dirá. Me aseguran que esto es muy sano y que habré de notar mejoría. Si Dios así lo quiere, seguiremos aquí hasta Diciembre quizás. Si los aires de pinos no me mejoran, volveré á mis negocios abandonados, que son el pan de mis hijas.

—Y que son muy guapas por cierto —hubo de decir Doña Curra.

Justa y Rufina á duo:—muchas gracias.—

Don Alvaro:—favor que usted les hace.

—Á ustedes se les caerá esto encima—dijo Lolita á las gemelas:—porque á nosotras nos aburre lo que no es deci-

ble. Ya ustedes ven, acostumbradas como estamos á tanta sociedad, á tanto pollo..... á tanta crema..... á tantísimo *dessus du panier*...

—Como que si no fuera—le interrumpió Doña Curra—porque el ojo del amo engorda al caballo, á estas horas, pues estaríamos en Biarritz ó en San Sebastián, y nó en Cascotes, tomando baños de arena como las perdices.

—Pero ¿han visto ustedes qué arena la de este pueblo?—preguntó Fanny;—nosotras siempre nos traemos lo peor. Este año nos hemos hecho para feria seis vestidos de seda cada una: pues ¿querrán ustedes creer que ni siquiera uno nos hemos traído? ¿Sombreros? pues estos que nos mandaron de París para el viaje, y nada más; nada: lo que dice mamá: con cuatro trajecillos de batista, teneis de sobra para Cascotes.—

Don Alvaro saca el pañuelo del bolsillo de la americana y se lo lleva á la boca, para bostezar sin ser visto.

—Ustedes—insistió Fanny—¿se habrán venido con lo puesto, como quien dice!..

—¡Ya ve usted!—contestó Justa:— como no conocíamos ni la importancia del pueblo, ni la categoría de las personas con quienes tendríamos que tratar, hemos traído de todo un poco.

—Pues ya verán cómo se ponen de polvo en cuanto salgan á la calle—prosiguió Lolita.—Nosotras trajimos una vez unos vestidos que nos mandaron de París, de seda *Pompadour* con cuerpos Imperio, adornados de encajes de Alençón, y á la primer postura tuvimos que regalárselos á la lavandera, porque se nos pusieron hechos una lástima.

—¡Qué lástima!—objetó Justa con sarcronería—¡regalar unos encajes tan ricos!... y el Alençón, que cuesta, por endeble que sea, un ojo de la cara...

—Pues ¿qué quiere V.?—siguió Doña Curra,—se empeñaron en que estaban deslucidos y hicieron paz y guerra de ellos: bien se lo dije.--

D. Alvaro parece que no ha dormido en su vida, según bosteza: á las veces, hasta sin pañuelo.

—Y ustedes—preguntó Lola, con una

sonrisilla un tanto picaresca:—tendrán por supuesto relaciones.

—Hija, no seas imprudente—le dijo Doña Curra, dándole con el abanico en el hombro—eso no se pregunta, sino cuando hay mucha confianza. ¿Verdad, Don Alvaro?

—¡Pchs!—contestó éste, por contestar algo; pero pareciéndole poco, añadió, aunque nó sin bostezar nuevamente á la mitad de la frase:—ustedes son muy dueñas ¡ahhhh! de preguntar lo que gusten.—

Terceto de Carpantas:—gracias—gracias—gracias.

—Y lo peor de todo—prosiguió la Carpanta madre—es lo que una se ve y se desea para siquiera mal comer en este pueblo. El pan, malísimo. La carne, pues de macho, y pare V. de contar; así es que estamos de gallina y de caza, hasta aquí—y se tocaba las hilachas de percal negro, que en menudos ricitos y como fleco de la capota le coronaban la arrugada y desteñida frente.

—Menos mal—añadió Fanny—que

nosotras tenemos el administrador general en Sevilla, que nos manda de todo lo mejor dos veces por semana; si nó, yo no sé qué iba á ser de nosotras en este desierto.—

Don Alvaro piensa desquijarse si prosigue la visita cinco minutos más.

Lola se encara con Rufina y le pregunta:

—Veo á usted muy preocupada: ¿hay *algo* en la capital que está usted echando de menos en Cascotes?

—No, señora; nada de eso: todo lo que más quiero lo tengo aquí.—

Las Carpantas al unísono:—¡vamos... vamos!

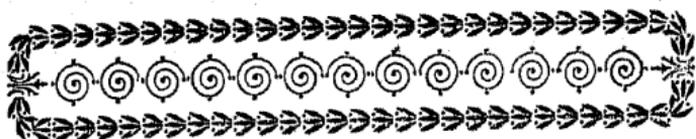
—Ustedes pueden creer lo que quieran; pero he dicho la verdad: todo lo que más quiero lo tengo aquí.

—Pues entonces—prosiguió Lolita—mi enhorabuena; porque lo que es los hombres están para taparlos y dejarlos. Yo, por mi parte, no los quiero ni á la hora de mi muerte; Fanny, ni con chocolate que se los den....

—Si vieran ustedes—aseguró Doña

Curra, con el aplomo del que confiesa un dogma—las proposiciones que tienen desechadas estas criaturas! Y lo que yo les digo: no basta que seáis ricas, como lo sois, gracias á Dios; siempre un hombre dá mucha sombra, y por lo menos una era menester que fuera ya pensando en “colocarse.” Pues nada: me hacen el mismo caso, que si le hablara á un muerto; y sobre todo esa (señalaba á Fanny) es que se pone hasta nerviosa.—

Don Alvaro pensaba muy bien cuando pasó por sus mientes que iba á desquijarse; porque á este bostezo no le ha faltado el canto de una peseta. Pero Dios, que mejora sus horas, inspira á las Carpantas la para él saludable idea de marcharse: y con un—¿vámonos, niñas?—de Doña Curra, y un vergonzante—¿tan pronto?—de los tres visitados, más unos cuantos apretones de manos y otras tantas inflexiones de talle, se dió por terminada la visita, con gran contentamiento de entrambas partes, agredida y agresora.



## V

### En que se hacen comentarios y otra visita.

—Vamos á ver: ¿qué os han parecido?  
—preguntó Doña Curra á las niñas,  
apenas se encerraron en el tocador-dor-  
mitorio para despojarse un poco de pe-  
rifollos y arrequives.

—Así, así—contestó Lolita:—lo que á  
mí me parece es que no son tan jóvenes  
como se dice: ¡si treinta años los tiene  
cualquiera! ¿van ellas á tener nada más  
que diecinueve? ¿qué dices tú á esto,  
Fanny?

—Que sí, que están “muy hechas,” pa-  
ra tan poca edad. ¿Y viste qué *matinees*  
más sencillos y al mismo tiempo más

elegantes? te aseguro que me gustaron de verdad, y que quizás me haga yo así el mío rosa: la delantera, sobre todo, estaba monísima.

—Como que se figurarían que íbamos á ir nosotras y se pondrían todo lo mejor. ¿Y de qué eran las faldas?

—Yo se la tenté á la morena con disimulo una ó dos veces y me pareció en el crujidito como de gro.

—Pues mira que si han traído repuesto y les dá por componerse, nos van á eclipsar.

—Pues nada; si te parece les aconsejaremos cuando vengán á pagarnos la visita que anden como de campo. Otra vez que vayamos, nos vamos destocadas y con los delantales de punto ruso. Así; á venderles la fineza de que las tratamos con confianza y de que en Cascotes no pega otra cosa.

—El que habrá sido muy guapo es el padre: vaya un viejo con empaque y con aquel: la verdad es que está diciendo gente grande á la legua.

—Pero, hija ¡qué bostezaba! créete

que eso es una falta de educación, y mucho más delante de señoras.

—Lo que olía muy bien era el estofado... ¿te fijaste?

—¡Pschs! no olía mal: quizás irían á comer y de ahí los bostezos de Don Alvaro.—

Y así por el estilo media hora de charla insustancial.

—¿Y para esas señoras? preguntaba Rufina á su hermana, apenas las Carpantas habían traspuesto por la esquina, y ellas habían subido á lavarse las manos para sentarse á la mesa—¿no tienes ningún elogio, como para todo lo que has visto en Cascotes? Porque tú, hija mía, parece que has venido contratada por el Ayuntamiento para elogiar á pasto todo cuanto veas.

—Pues mira, me han resultado divertidísimas.

—Y muy elegantes ¿verdad?...

—Los trajes eran de aquella tela rebajada que nos mandaron á nosotras de casa de Camino para año nuevo, creo que á peseta la vara: ¿te acuerdas?

—Calla, mujer: ¿no ves que se los ha-

brán mandado de París, juntamente con los sombreros? ¡Pero qué crueles son!

—¿Por qué lo dices?

—Mujer, por las proporciones que desprecian: ¿te parece poco, andar partiendo corazones á destajo sin compadecerse de ninguno?...

—¡Já, já, já! ¿no te acabo de confesar que son divertidísimas?

—La madre es la que es deliciosa: parece una reina caribe vestida á la europea. ¡Mira que capota y todo en un cortijo grande, como Cascotes!...

—El que ha estado imposible en la visita ha sido papá: ¡cuidado que bostezaba! A mí me estaba dando ya hasta fatiga, créelo: y las pobres habrán ido diciendo...

—Pues todo lo que podrán decir es que debía gastar barbuquejo para las visitas...

—Calla, que eres el demonio.

—¿Y recogiste lo del administrador general? gracias que no se les ocurrió decir el jefe de palacio.

—Mira, Rufina, que esto es ya mucho sangreo.

—Pues bueno; lo dejaremos para mejor ocasión, como los seis vestidos de seda que se ha hecho cada una para feria.

—Ya escampa, y caían chuzos.—

Y sonó la voz de Don Alvaro.

—¿Qué quieres papá?

—.....—

—Ya vamos. ¡Adios, otra visita! El Señor nos asista y nos favorezca y nos libre de todo mal, amén.—

Los que habían acabado de entrar y departían con Don Alvaro eran Don Roque y su hijo; aquel, de punta en blanco; estotro, no menos puesto, almidonado, oloroso y reluciente.

Don Roque «se había impuesto» de que habían llegado á «la localidad» personas tan *predilectas* (quería decir principales) como el señor *de* Don Alvaro y sus hijas; y se creía en la *dignación* (quería decir deber) de *hacerles el honor* de visitarlos. Su hijo, Don Bartolomé, que estaba presente, secretario del Ayuntamiento de «la localidad», tenía por su parte el mismo gusto; y los dos en el *ite* habían salido de su casa, y allí

los tenía el señor *de* Don Alvaro, para disponer de ellos á su libre *árbítro*. (Siempre confundía el buen señor las especies *árbítro* y *arbitrio*.)

—Muchas gracias, señores—les respondió el visitado—y quedo obligadísimo á corresponder á tantas atenciones que no merezco.

—Nada de eso, señor,—prosiguió Bartolo—cumplimos una *obligación* muy sagrada; y sentimos un gran *plaser* en poner á su *disposición* cuanto somos, valemos y significamos.

—Mis hijas Justa y Rufina.... Los señores Don Roque Cerro y Don Bartolomé, su hijo.—

Las frases de saludo y los apretones de mano de rigor, y á sentarse los cinco con la mayor compostura. Don Roque y su unigénito, en el sofá consabido. Los de la casa del Duque, en los mismos lugares en que en la visita anterior. Don Bartolo “ha caído,” junto á Rufina....  
*¡coincidencias!*

Don Roque sigue en el uso de la palabra.

—Pues sí, señor y señoritas: me parece que Cascotes tiene las mejores condiciones *topográficas* para la total higiene del señor *de* Don Alvaro. Aquí los pinos son muy *respirables*, (Justa y Rufina cambian una mirada de inteligencia que equivale á este signo ortográfico ¿.....?) y no viene aquí ningún forastero *indígena*, que no se mejore, sobre todo, si tiene la *maletida* en el *purmón*. La mejor *apoplegia* (apología quería decir) que se puede hacer de esta localidad es que no hay ni un tísico en toda ella, y que son muy contados los que vienen y no se curan *radicarmen*te.

—Espero—contestó Don Alvaro—que eso me sucederá á mí, y en busca de ello he salido de mi casa: aunque, si he de decir la verdad tal y como la siento, no espero más allá de una leve mejoría: ¡está esto tan arraigado!... Pero, dejando á un lado todo esto, doloroso hasta de ser oído, ¿me permite el señor Don Bartolomé que le pregunte, si no es indiscreción, si es casado, ó soltero?

—Sí señor, soltero —respondió su pa-

dre.—Aquí donde V. lo ve, que parece un San Cristóbal, aunque en mala comparación, es una criatura materialmente como quien dice. Veinte años nada más. “Ahora, bien,” que es grandable de suyo, y esto le viene de la *generalogía* materna. Pero es soltero; aunque, quizás y sin quizás, él quisiera otra cosa muy distinta...

—¿Ahí estamos?—preguntó jovialmente Don Alvaro, sin mal ditala curiosidad, sino por hacer los honores de la casa como ahora se dice.

—¡Qué se yo que le diga á usted!—contestó Don Roque—por ahí corre la *armófera* de que una de las dos de la Viuda como llamamos por acá á la de Algarín, no le parece á mi hijo saco de paja... ¡Qué quiere usted! ¡ese es el mundo!—

A Don Bartolo no le hace gracia el giro que va tomando la conversación. ¡Mira que venir el mentecato de su padre con la *armófera* de la Fanny, cuando estaba él acariciando la idea de nombrar secretaria del ayuntamiento de la localidad á Rufina!... ¡*Coinsidencias*, hombre, *coinsidencias*!...

Don Alvaro ha conocido que al antiguo seminarista le ha molestado algo de lo que se ha dicho. Ni sabe qué, ni le importa saberlo; pero están en la casa del caballero, y éste se cree obligado á llevar la conversación á donde ninguno se moleste; y cádate el pobre del tiempo, hecho víctima inocente de la verbosidad impetuosa de Don Roque.

Aquello que estaba haciendo no eran calores, ó por lo menos "no eran naturales." ¡Si se veían salir de la tierra *caballos de vapor!* y eso, claro estaba, ni era bueno para el campo, ni para los cuerpos, ni para nada. No hacía mucho, había él tenido que ir al campo á levantar el *cadáver* de un hombre *medio muerto*, con aquellas calinas. Lo que es otro verano como aquel no lo había conocido el señor Don Roque Cerro.

Y á este tenor, hasta veinte minutos largos de talle, durante los que el secretario de Cascotes, con miradas como las del valentón del soneto cervantino, quiero decir, de soslayo, hacía por incendiar en amores el corazón de Rufi-

na, que muellemente recostada en la butaca, ó no se daba de ello la menor cuenta, ó hacía, y esto es lo más probable, que no se la daba... ¡Es tan propio de la mujer el disimulo!...

Cuando con profundas *genuflexiones de cabeza*, como diría Don Roque, se hubieron ido los de la calle, Justa dijo á Rufina, camino del comedor:

—Enhorabuena, hija.

—¿Enhorabuena, qué?

—Pues, hija, la *armófera* que se te está levantando: de esta hecha, desbancas á las niñas de Doña Curra.

—Como no las desbanque su administrador general...—

Y en esto llegó Don Alvaro, que volvía de su cuarto de lavarse las manos, ó ¡qué sé yo? porque había estado por allá más tiempo del que requiere operación tan sencilla. Lo dejaron pasar, le arrimó Justa el asiento, y los tres se pusieron á comer en paz y gracia de Dios, con ese sepulcral silencio que acompaña á la sopa de todas las comidas.



## VI

### El médico y su señora y el cura de Cascotes.

El médico de Cascotes era un señor muy alto y muy delgado, muy fino de palabras y de modales, muy inteligente en su profesión, muy caritativo con los pobres, y muy (porque en él todo era muy) aficionado á tratarse con todos los forasteros de alto coturno que pasaban por la villa. Se llamaba Don Rafael, había sido muy guapo y frisaría en los cuarenta y cinco años.

Sobre ser muy inteligente en su profesión como hemos dicho, era esclavo de ella y, tan paciente con los enfermos,

y tan fiel cumplidor de sus deberes públicos y privados, que "se le caían los calzones de hombre de bien, y de puro bueno no servía:", tal era la voz del pueblo.

Estaba casado con Pepita López, la muchacha (en sus tiempos se entiende), más bonita que había habido en Cascotes desde tiempo inmemorial; riquita por su casa, honrada y trabajadora, como es fama que lo son todas las de su cepa, y, aunque educada en la *miga* de Cascotes y con ortografía detestable por consiguiente, con talento y finura nó común en las señoritas del pueblo.

Don Rafael le llevaba diez años; de modo que á la sazón tiene Pepita sus treinta y cinco, muy bien llevados. Hay que tener en cuenta que no ha tenido hijos en los cerca de doce que hace que se casó; que se regala el pico con lo mejorcito que en el pueblo se vende, amén de lo que el cosario le trae de Sevilla, que no es poco ni malo; y, sobre todo, que "no se ha tocado la caldera," como se dice en Cascotes, de las ca-

sadas que rompen el espejo, pierden el peine, olvidan la palangana, dan eterno adios á las medias y se hacen lo más desaseado y mal oliente de la provincia.

Son muy sucias las mujeres de Cascotes: ¡qué quiere usted!

Pepita vestía muy bien, pero muy bien. Su marido así lo quería, y ella no le daba disgusto por tan poca cosa. Así es que el día siguiente al en que llegó Don Alvaro á Cascotes se emperregiló nuestra médica que no había más que ver: pues afortunadamente tenía aún por estrenar un vestido de seda tornasol, que, por las informalidades de la modista, que era tan trapalona como todas ellas, había llegado á su poder á los quince ó veinte días de pasado *Corpus*, que era la fiesta magna de la villa; el día *aciago*, como decía Don Roque, por decir solemnísimos.

Vestida la doctora y puesto el medio aderezo, esperó que llegára de visitar Don Rafael. Le ayudó á vestirse el último terno enviado por el sastre, con el mismo retraso que el vestido de ella

misma; le anudó la corbata; le compuso el cabello; le dijo dos veces—¡tonto!— porque él le dijo otras tantas que estaba guapetona de verdad, y sacando de un cajón de la cómoda un abanico de nácar de talle alto, verdadera joya de arte que su madre heredó de sus abuelas y que le regaló como “dádiva,” de bodas, perfumó la solapa de la levita de su marido, y el pañuelo de encaje que ella había de llevar á la mano, con unas gotas de esencia de “brisas de las Pampas,” aceptó el brazo que el doctor le ofrecía, se recogió la cola y se echaron á la calle, no sin que las vecinas, parientes y paniaguadas, ó sea todas las mujeres del tránsito, se asomáran á las puertas “á verlos dí.”

Y, como el pueblo era chico y se andaba de cabo á rabo en un abrir y cerrar de ojos, á los pocos minutos de salir de la suya, llegaban á la casa del forastero, que se disponía á tomar café en el patio con sus hijas y que, al verlos llegar, se adelantó él mismo á abrirles la cancela y recibirlos, con toda la

caballerosidad y distinción de que tenía gran repuesto el Excmo. Sr. D. Alvaro de Benavente y de la Vega de la Fijoja.

—Como usted no tiene obligación de saber quiénes somos,—empezó á decir el médico—tengo que hacer á usted nuestra presentación. Soy Rafael Belmonte, médico de esta villa.—Y, señalando á Pepita que se había desasido de su brazo al llegar á la cancela, añadió:—mi señora.

—Alvaro de Benavente—contestó el forastero:—mis hijas Justa y Rufina, servidoras de ustedes—prosiguió señalando á las mellizas que, de pie y muy circunspectas, recibieron y devolvieron los saludos del médico y su señora.

—Manuel—empezó á decir Don Alvaro:—Servicio y café para estos señores—  
Y todos se sentaron.

Como es muy natural en estos casos, ni el médico ni su señora quieren café, pero los de la casa instan, los de la calle capitulan y el café se sirve.

Don Alvaro ofrece un veguero al doc-

tor y éste lo toma y lo enciende, aunque, en honor de la verdad, no tiene gana á aquella hora; pero opina, y muy bien opinado por cierto, que no tomarlo es grosería, y guardárselo "para luego," una gorronería que, nó por estar tan generalizada como lo está, deja de ser tan chocante, como todas las gorroneerías.

Encendido el cigarro, que por cierto ha salido delicioso, el doctor y Don Alvaro entablan un diálogo de cacería que los abstrae y absorbe hasta no darse cuenta de las señoras, las cuales á su vez disertan sobre modas y labores, sobre flores y canarios... sobre todo, en fin, lo que puede ocurrírseles á tres mujeres, dispuestas á charlar.

Resúmen de la visita: que á Don Alvaro le ha gustado mucho el doctor y vice versa; que la médica se ha retirado enamorada de las mellizas; y éstas han quedado prendadas de la doctora y deseando otro rato de conversación con ella.

Apenas se han sentado los de la casa

del Duque, ha llamado á la campanilla el Señor Cura. Nuevos cumplidos y ofrecimientos, y el Señor Cura de pié á los cinco minutos y dispuesto á largarse.

—¿Tan pronto, Señor Cura?—le ha dicho Don Alvaro.

—Sí, señor; lo que dice el refrán: en-salada y visita, poquita.

—Pero nó tan poquita, señor; mire que eso es dejarnos con la miel en los labios.

—Gracias por la caridad con que me trata; pero, saludados ustedes y ofrecido yo en toda mi poquedad é insignificancia, me retiro á mis obligaciones, que no son escasas ni menudas.

—Sepa usted, Señor Cura, que esta casa está á su disposición, y que tiene dentro de ella tres servidores.

—El servidor soy yo; pero en toda verdad. Si para algo me necesitan, verán que no he mentido; aunque no venga mucho á molestarles.

—Pero ¿por qué no ha de venir, y nó á molestarnos, sino á darnos el gusto de que conversemos con usted?

—Créame que no entiendo eso de las visitas sin motivo, y que soy lo más opuesto á ellas que darse puede, por eso las escatimo, quizás en demasia; así como cuando juzgo necesario entrarme por las puertas de una casa, no aguardo á que me llamen. En fin, señores, queden con Dios. En la casa de la Iglesia tienen un usufructo, porque la propiedad no es mía, y en el que vive en ella, un servidor y un amigo.

—Vaya usted con Dios.—





## VII

### Visitas hechas, visitas pagadas

Ha transcurrido una semana sin novedad mayor. Eso sí: muchos paseos por los pinares con sombrilla las niñas de Don Alvaro, y él, con quitasol, cosa en Cascotes ni siquiera soñada; mucha leche bebida en los hatos, que, aunque no tan sabrosa ni tan suculenta como la de Abril, les parece, sin embargo, deliciosa, comparada con la que sin substancia, si bien con accidentes, se compra en la capital; muchos ramos de adelfas traídos del arroyo, y hasta algún gazapillo matado por Don Alvaro, que, ó mucho le engañaba la ilusión, ó sentía mejorar-

se de día en día, con vida tan higiénica, por lo campestre y patriarcal.

Por las mañanas, ya se sabía: paseo por los pinares, con desayuno de leche, y visita á la Virgen del Monte al retorno. Por la tarde, paseo por las huertas y merienda de frutas, ofrecida con esa espontaneidad de los pobres, de la que son grotesco remedo las exquisitas formas de los salones aristocráticos.

—Entren ustés sin cudiao —les decía á lo mejor la dueña de una huerta que echaba higos en el *pasil* ó descamisaba mazorcas.—Entren ustés. Siéntase usté, señorito, en ese posaero (1). Usté, manque sea en este cántaro. Usté, en este aparejo: ¡ajajá! Asina me gustan á mí los señores, campechanos; que, manque una sea probe, más probe fué er Señor que pió limosna..... Ví á di por unas ar-bechiguitas pa que merienden... ¿Que nó?... ¿Po pa qué las quiero, sino pa las presonas de mi gusto? ¡Tuviá que vé!

---

(1) Asiento de corcho.

¡tené y no dá!... ¡ni que ecendiéramos de judíos... ¡Y que son poco hermosas! Ande usté, que esto no jace daño... ¿Una na más?... ¡po si mi hombre se come un esportón! Anden ustés, señoritas; con cáscara y tó se come, que tito le ha costao á Dios el trabajo 'e criarlo..... No: po lo que toca estas se las llevan ustés, manque sea en er seno: ¡po no fartaba más! y oro molío que fuera, se lo llevaban lo mesmito... ¡Quite usté allá cristiano!... dineros á mí, por una fineza... no señó, eso no es ná... ¡Es que á mí me sobra er gusto poncima 'er pelo!... ¡No hay por qué darlas y vengan ca vez que quieran.—

El resto del día, Don Alvaro á su correspondencia, á sus periódicos y á sus libros, cuando nó al juego del ajedrez con el médico, y las muchachas, á su costura: por cierto que las sábanas que traían entre manos eran demasiado grandes para camas de á cuerpo. ¿Tendría alguna culpa de ello Paco Góngora?... ¡Vaya usted á saber!

Ha trascurrido, decíamos, una sema-

na después de la llegada á Cascotes de Don Alvaro y sus hijas, y aquél se ha dejado decir, á los postres de la comida:

—Conque, niñas, me parece que es hora de empezar á pagar las visitas que nos han hecho: quiere decir que comenzaremos por Doña Curra.

—¿Y no te dá vergüenza—objetó Rufina picarescamente—de que tus hijas no tengan sombreros de Paris ni vestidos con encajes de Alençon para comparecer ante el acatamiento de esas Carpantas (digo) de esas señoras?...

—Anda y quítate de aquí y gasta más juicio: que eso de crucificar á todo el mundo no está bien en una niña de buena educación. Conque id á vestiros si no quereis ir en ese mismo pelaje; pues lo que es yo, me voy de esta manera.

—De esa manera no: ni que lo pienses. ¿No ves que vas á parecerles el mandadero de su administrador general? Nada, hijo, á vestirte como nosotras. A tal señor, tal honor.—

Y, á la hora próximamente, salían nuestros amigos de la casa del Duque,

Don Alvaro, llevando la levita con ese *quid* inimitable del elegante de raza, que ni se alquila, ni se compra, sino que se mama, y las muchachas, hechas dos soles, vestidas de seda rosa la morena, y de seda, pero de color celeste claro, la rubia. Les cargaba á las dos esa uniformidad "fraternal," en los vestidos de que gustan otras, y por eso van siempre de distintos colores. Por cierto que los que llevan esta tarde les sientan á maravilla. Nada de sombrero, á excepción de Don Alvaro, que lo lleva de finísima paja. Las niñas, destocadas; con peinecillos de coral en el cabello y un grupo de jazmines en el rodete la trigueña, y peinecillos de *cautchout* celeste y un lazo de gasa idem en el suyo la rubia. Palabra de caballero que iban retemonísimas de verdad, á la derecha de Don Alvaro Justa, y á la izquierda, Rufina.

Así llegaron á la casa de Doña Curra, donde una fregona los introdujo en una sala, que apestaba á humedad, hasta tirar de espaldas; con estera de junco en

el suelo, cuadros de estamperia en las paredes, mueblaje tapizado de yute, cortinas de lo mismo en los huecos, y en el testero principal una consola, sobre la que ¡¡¡oh rabia para Doña Curra!!! había... dos botecitos de teñir el pelo.... una trenza del grosor de una ristra de ajos, una peineta desdentada y unas cuantas horquillas, visibles é invisibles.

Y... *¡coincidencias!* como diría Don Bartolo: en la silla de junto á la en que se sentó Rufina había un bastidor de bordar, en el que estaba puesto un hermoso pañuelo de batista, en uno de cuyos ángulos, y en el centro de una orla de sarmientos, pensamientos y otras cosas que parecían pimientos, se destacaba una B muy larga y muy estrecha, con una cinta calada, que sostenía una paloma (ó una paloma la sostenía á ella) en cuya parte central estaba urdida la palabra: Cerro.

Rufina leyó:—B. Cerro:—¿becerro?... ¿becerro?...—Hasta que cayó en la cuenta, y se echó á reir como una loca.

—¡Vamos, niña!—le dijo severamente

Don Alvaro—¡no seas majadera y ten juicio alguna vez!—

Y á todo esto, las visitadas sin parecer, y todas y cada una de ellas dadas á todos los demonios, cada cual por su razón. Doña Curra, porque no encuentra su trenza, aunque la ha estado buscando hasta debajo de la cama; Lolita, porque con la prisa, se le ha roto la cinta del corsé y tiene que quitárselo para anudarla, y Fanny, porque se ha cogido un dedo entre la cómoda y el cajón, de donde precipitadamente sacaba un *fichú* de encajes, con que tapar las faltas é imperfecciones con que el modisto de París, sin duda, le había pergeñado el corpiño de un trajecillo color de lila, que se había vestido á la carrera.

—¡Malditas sean las visitas!—exclamó furiosa, metiéndose en la boca el dedo magullado.

—¡Anda, mujer, sal tú, que ya estás arreglada!—le dijeron á *duo pianissimo* las Carpantas restantes.

Y, como el que sale del ecúleo, salió de la sala de vestir y entró en la de visita.

Antes que los trajes de las gemelas, se le vino á "primer término," el bastidor; y, con ganas de plantar á los tres visitantes en donde cantan los empedradores, quiero decir, en lo ancho de la calle, los saludó, sin embargo, dolorida, rabiosa y turulata.

—¿Y su madre y señora mía?—le preguntó Don Alvaro.

—Ya viene—contestó.—Está despachando con el capataz del cortijo grande un asunto de importancia, y ya vendrá. No tardará nada. ¿Y á ustedes, qué tal les va en este villorrio?—preguntó á las mellizas, mirán道les desde la punta de los menudos zapatitos, hasta el ramo de jazmines y el lazo de gasa respectivamente:—¿han visto qué calores? Por supuesto que esto no es natural. ¡Es el último año que veraneamos en Casco-tes! Otro año, á Biarritz, ó á San Sebastián, ó á cualquier parte, donde no nos friamos en seco, porque esto es freirse materialmente.

—En efecto, señorita—contestó Don Alvaro—hace aquí muchísimo calor, y



no entiendo esa manía de los sevillanos de venirse á veranear á estos pueblos, por sólo el gusto de pasar por elegantes, no quedándose en casa. Comprendo el viaje al puerto de mar, ó en busca de las aguas medicinales, ó de los aires de pinos, como el que he hecho yo: pero venirse á casas que son achicharraderos, dejando aquellos patios entoldados, con sus fuentes, y sus macetas, y sus mecedoras, y... todo, en fin, lo que hace de los patios de Sevilla verdaderas grutas encantadas en las calurosas horas de la siesta, paréceme, señorita, que es el mayor castigo que puede aplicarse á la pueril, por no decir loca, vanidad de quien tal hace.—

Lola llega á la puerta de la habitación y los tres de la calle se levantan. Saluda ceremoniosa á Don Alvaro, cariñosa á las niñas y se sienta desolada...

—La pobre mamá—empieza á decir con el lúgubre tono con que pudieran haber mandado la noticia al Divino Maestro las hermanas de Lázaro moribundo,—la pobre mamá, malísima. Hoy

no se ha levantado. Un jaquecazo horrible ¡horrible! ¡¡horrible!! ¡Como loca! No ha querido en todo el día probar bocado. Toma de antipirina va, y toma de antipirina viene, y sin levantar cabeza.—

Don Alvaro y sus hijas piensan ahogarse de risa, pero la disimulan que es un prodigio.

Fanny siente correrse de vergüenza.

—¿Pues entonces—pregunta á su hermana, para poner la cosa peor todavía: —quién estaba en el despacho con el capataz del cortijo grande hace un momento?

—Pues no sé.

—Pues, hija, yo juraría que era mamá, que se habría levantado un poco, después de tomar el *consommé* y la copa de Burdeos que le llevó su doncella...

—No; no la quiso tomar; pero dijo que no te enteraras tú, porque como luego le riñes porque se descuida...

—¡De más decía yo!...—

Don Alvaro, que es muy prudente, y que ve que la risa le anda retozando á

sus hijas de un modo que le alarma, pide permiso á las visitadas para marcharse. Y, con desear alivio á la paciente y salud á las dos enredadoras, se les despide finísimo, no sin echar por delante á su par de zumbonas incorregibles, capaces de reirse de un entierro, cuanto más de los males de la Carpanta viuda y de los frangollos y fullerías de las Carpantas doncellas.

—Papá—le dijo Rufina, cuando habían perdido de vista la casa:—si yo, cuando entró la segunda ponderando tanto el jaquecazo de la madre le hubiera dicho, como lo tuve en la punta de la lengua, que le recomendara de mi parte que se aflojára el pelo, porque eso aliviaba mucho, ¿qué me hubieras hecho? dilo...

—¡Matarte!—le contestó Don Alvaro, ahogándose de risa.—Hubiera tenido que ver: ¡mentar la soga en casa del ahorcado!... ¡El demonio vestido de seda rosa es esta chiquilla!—

Y prosiguieron su marcha en el mismo orden en que salieron de la casa

ducal; anduvieron dos calles y una calleja y subieron al porche de la casa del médico.

A empezar á peinarse iba la médica: con lo cual queda dicho que estaba despeinada. Pero no era esto lo peor; sino que, por haber estado ayudando á la criada á "hacer el sábado," estaba ella tan desaliñada y... ¿por qué no decirlo? sucia, como limpia y rechinante toda la casa.

En el tocador acababa de entrar, cuando sintió en el zaguán la visita, y, abriéndoles ella misma la cancela, pues la criada andaba en la cocina avivando la lumbre y probando guisotes, los condujo á la sala de estrado, sencilla como de pueblo; pero con tanto gusto colocados los muebles y cachivaches, que las niñas de Don Alvaro quedaron muy agradablemente sorprendidas.

—Vergüenza me da—empezó á decirles la doctora—recibir á ustedes en esta facha, pero...

—No, señora; está usted muy bien:—le contestó Rufina, por sí y por los otros

dos—las guapas, como usted, están bien de cualquier manera.

—Gracias por la galantería; pero no es esa la razón por que me he decidido á recibirlos en este pelaje. Yo tengo para mí—les siguió diciendo cuando se hubieron sentado—(y figúrense si podrá imponer leyes en asuntos de etiqueta el criterio de una pobre lugareña como yo) yo tengo para mí, que eso de dar antesalas, para, durante ellas acicalarse, sobre ser lo más brutalmente grosero que se puede hacer con quien se toma la molestia de salir de su casa y de entrar en la ajena á hacer una visita, es además hasta contraproducente para el efecto que se desea causar. Yo no sé si me habré expresado de modo que ustedes me entiendan, porque no tiene una hábito de hablar; pero haré por explicarme, diciendo lisa y llanamente lo que á mí me ha sucedido al llegar ustedes.

Yo podía, al sentirlos en el zaguán, haber seguido en el tocador peinándome, que buena falta me hace, y vistiéndome que no lo necesito menos que di-

gamos. Total: media hora de aburrimiento para ustedes y de prisa y desasosiego para mí. Y todo ¿para qué? ¿para salir muy peripuesta y con los diez mil alfileres? ¡Conformes! Pero vamos á ver lo ridículo de la cosa. Si estaba tan acicalada cuando ustedes llegaron ¿por qué los he tenido aguardándome esa media hora? Y, si he necesitado todo ese tiempo para ponerme "visible," ¿no doy á entender que no lo estaba cuando ustedes vinieron, ó lo que es lo mismo: que la media hora de antesala no solo fué molestísima para ustedes, sino inútil para mí, puesto que mi elegancia y compostura no fué sino engañifa y pura faramalla?

—Veo, señora,—le interrumpió Don Alvaro—que tiene usted mucho talento.

—Favor que usted me dispensa, señor; pero yo creo que la urbanidad *de verdad* no es ni más ni menos que el sentido común llevado á la práctica, y de sentido común es, ó por lo menos á mí me parece, que no puede ser fino nada que moleste á las personas con quienes tra-

tamos. Esa es toda mi urbanidad: el sentido común *ejecutado*, digámoslo así.

—Y tiene usted razón que le sobra: —dijo Don Alvaro:—nada que moleste á los demás es urbano ni puede serlo. ¡Y si viera usted cuánto de eso hay por esos mundos de Dios!... Créalo usted, señora; hay muchísimas personas que se llaman de buena educación, que son sin embargo lo más ineducado y brutalmente grosero, como usted ha dicho, que darse puede. Porque nó, no consiste la finura en saber recogerse la cola ó llevar el frac; en ofrecer el brazo á una dama, ó en aceptar la enguantada mano que tiende el caballero; en saludar destocándose y formando ángulo recto con el brazo, ó haciendo con los dedos, si es una dama la que saluda, garambainas en el aire; ni en hacer cruzadillos con las piernas, ni dengues ni monadas con todo el cuerpo: todo eso es finura de maniquí con articulaciones, que puede muy bien amalgamarse con la grosería. La urbanidad *de verdad*, como usted ha dicho, es algo que está muy por en-

cima de todo eso, y que podría sintetizarse en estas contadas palabras: "no hacer ni decir nada, que moleste á nadie." Por eso verá usted á cada paso, cómo hay quien es caballero hasta en sus vicios, y refinada y cultamente urbano hasta con los que le molestan y le fastidian, así como tampoco escasea quien es... tío (y perdone lo gordo de la palabra) y grosero y canalla hasta con aquellos mismos que con la mayor compostura y humildad se le acercan. Ya quisieran muchos Excelencias tener la educación que sobra á las veces á sus mismos lacayos...

—¡Ay, papá! —exclamó Rufina con cómica entonación:—¡qué lástima que no hayas cantado misa! Créete que para predicador no tienes precio.

—¡Pero qué chiquilla esta, y cómo se le viene á las barbas á su padre!—repliqué jovialmente Don Alvaro.—¡A bien que no necesitas tú misma quien te esté predicando á cada momento!

—Bueno: pero deja ahora la vez á Pepita, que tampoco se dá mala traza; so-

bre todo, para plantear sistema de educación.

--¡Pero qué gracia tiene!--contestó la aludida. ¡Como no plantee yo otra cosa, que fregados como el de hoy! Y vaya un día el que nos hemos dado. Fíjense que hasta después de la una no hemos podido empezar y que hemos revuelto toda la casa; pero toda; y todo, de raíz. No me gustan los "rincones," ¡qué quieren ustedes!

--¿Y por qué (y usted perdone)--preguntó Justa--empezaron tan tarde? Eso es tirarse á matar, Pepita.

--Verá usted. A la vuelta de misa de la Virgen, porque, como sábado que es, la ha dicho el Señor Cura en la ermita, entraron un ratito Doña Curra y las niñas. Llegó de visitar Rafael cuando ya se marchaban, y las invitó á que almorzasen. Aceptaron, porque tienen con nosotros mucha confianza, y, mientras no se fueron, que fué á eso de la una, no pudimos poner mano en la limpieza.

--Pues ahora, que venimos nosotros de allí--empezó á decir Rufina, con

mucha formalidad — está ¡malísima.....

—¿Mala, quién?

—Pues Doña Curra.

—¿Pero qué es lo que tiene? ¡Habrá sido de pronto!

—Tan de pronto, que entrar nosotros y echarse á morir, pero á chorros, fué todo uno.

—Pero ¿de qué?...

—De que esta es una pitorróna eterna y sempiterna—dijo la otra melliza— sin pizca de juicio.—

Y refirió á la médica del pe á pa, todo lo acaecido en casa de la viuda.

Y rieron por los siglos de los siglos las mellizas y la doctora. Don Avaro intentó varias veces llamarlas al orden, pero sin conseguir cosa mayor. Entró Don Rafael en escena, porque se había enterado en la calle de que estaban en su casa los forasteros y se volvió á recibirles la visita. Don Alvaro y él formaron rancho aparte y la despeinada médica y las emperejiladas visitantes siguieron en su risa y en su retozo á costa de las Carpantas.



## VIII

### Amoríos por acá y amoríos por acullá

Hora me parece ya, mi querido lector, de hacerte la presentación de Paco Góngora. Hélo ya aquí. Alto, pero sin llamar la atención por lo desmedido de la estatura; ancho de hombros, cuanto estrecho de caderas y parecidísimo en el rostro al retrato de Diego Velázquez que pintára él mismo en su cuadro de las Meninas, es de una bien acomodada familia sevillana y pintor paisajista de envidiable renombre.

Como en efecto se parece no poco á Velázquez y él lo sabe y de ello se huelga, ha hecho por acentuar su parecido con el pintor de la luz remangándose las

guías del bigote como él; dejándose crecer el pelo, todo cuanto la moda lo permite, para ahuecarlo sobre las orejas, partiéndolo desde la frente á la coronilla por bien sacada raya, y bien sabía Dios con cuánto gusto hubiera acabado de copiarlo, usando cuello de valona, sobre airosa ropilla de negro terciopelo con la bermeja cruz de Santiago, los bombachos calzones y la ceñida media sobre la pierna escultural, y no la anti-pática tirilla de pajarita, la desgarrada americana y el monótono pantalón de los presentes tiempos.

Era hombre de gusto exquisito, como se le conocía hasta en los menores detalles de cuanto con él se relacionaba. Sentía el arte, como ahora se dice, pero empezando por sentir la naturaleza. No era al modo de otros artistas que yo conozco, artistas nada más que mientras tienen la paleta y el pincel en la mano, y vulgarísimos, adocenados y ramplones en cuanto echan la llave á la puerta del estudio.

Como era rico, porque ya había here-

dado á sus padres, que no estaban descamisados ni mucho menos, y además vendía sus cuadros muy bien vendidos, pues sabía valerse de sus puntadas, tenía de dónde sacar para satisfacer todos y cada uno de sus caprichos.

De ahí su biblioteca, tan numerosa como escogida; porque eso de amontonar libros y libros, sólo porque son libros, lo juzgaba él tan fuera de razón, como llenar estantes y más estantes, sólo porque son estantes. De ahí, de su sobra de dinero y de sus no escasas ganas de gastarlo, su armería que merecía ser visitada, y que lo era en efecto por cuantos aficionados pasaban por la ciudad del Guadalquivir; su colección de cachivaches arqueológicos y sus muebles "de época," atestados de preciosidades, sobre legítimos tapices y telas costosísimas. Aborrecía con toda su alma todo lo de imitación, de pacotilla y "de apariencia."

Como su padre y Don Alvaro habían sido condiscípulos y amigos inseparables toda la vida, Paco Góngora entraba

en casa del caballero desde que era niño. Lo quería cuanto él podía querer, y le gustaban mucho las dos hijas del amigo de su padre. ¿Cuál de las dos le gustaba más? Ahí estaba el intríngulis. Le gustaba más..... ¡pues las dos le gustaban mucho!

Como artista, Justa era la realización de todos sus ensueños: como hombre, Rufina era.... para volverse turulato. ¡Qué estampa! ¡qué salero! ¡qué agudeza para crucificar á todo el mundo! ¡qué manera de darle celitos con su hermana, sin siquiera desplegar los labios la muy tunantona!... ¡Se había propuesto volverle loco y lo iba á conseguir, si Dios no lo remediaba!... ¡Era mucha mujer la tal Rufinita!

Pero abría Paco Góngora los ojos de artista, y Justa aparecía ante ellos como la quinta esencia de todas las perfecciones imaginables. "Menos mujer," que la otra, eso sí; pero "más femenina," es decir, más sensible.... más delicada.... más tímida... más capaz de sacrificarse y de llegar hasta la locura del amor, si

á amar se pusiera... ¡más femenina, vamos! Verdad que no era tan garbosa, pero era más linda; que había en ella menos "carne," pero había en cambio más espíritu, más *psiquis*, como Paco Góngora había leído, no recordaba dónde, y que, sin tanta gracia como la otra, era más inteligente, más artista, más.... ¡y tan rubia! ¡si parecía enteramente un serafín de china! ¿Sería así la Ofelia de Shakespeare?... ¡Ya quisiera la prometida de Hamlet parecerse á la sombra de la... *amiguita* de Paco Góngora.

Creo que es Selgas el que ha escrito que, así como para ver la noche á cualquier hora del día, no hay que hacer otra cosa que cerrar los ojos y mirar, así, para ver á cualquier hora y en cualquier parte, cuál de entre todas las mujeres es la mujer querida, no hay más que hacer lo propio: cerrar los ojos y mirar.

Paco Góngora lo había leído; pues, como hombre de gusto, era apasionado de Selgas (porque ahora recuerdo que

ciertamente es Selgas quien lo ha dicho, aunque con otras palabras), Paco Góngora, repito, lo había leído, y cerrado los ojos, para hacer la prueba, sinnúmero de veces; y, nada; lo dicho: siempre las dos. Casi siempre vigorosa y enérgicamente detallada Justa; y Rufina.... "esfumada," pero visible. Otras veces, nó tantas, pero nó pocas, Rufina, en primer término; y á lo lejos, Justa. Pero siempre las dos.... ¡Por vida de!... ¡Cosas como las que le pasaban á Paco Góngora!...

En fin, que prevaleció el artista hombre, sobre el hombre artista; que Justa fué pretendida en toda regla y Paco Góngora recibido con palmas y olivas; que llevaban dos años de relaciones formales, y que las sábanas que las mellizas cosían ó bordaban en Cascotes, eran demasiado grandes para camas de á cuerpo. Todo esto es lo que puedo decirte, lector, sobre el particular.

Cuando pelaban la pava en Sevilla, por entre las celosías de la ventana, Paco Góngora hacía á última hora que

bajase Rufina; quería el muy golosazo de todos los demonios darse hasta ese ratito de regodeo. ¡Y vaya si se lo daba! ¡Apenas si acudía con gusto al reclamo la "cuñadita," á ponerse la flor que su "cuñadito," le traía, ó á comerse los bombones y caramelos de los Alpes con que solía agasajarlas! Y bromita va, y carcajada viene, é indirectas por aquí y celitos por allí... todo; todo, menos la pared de cal y canto que entre santa y santo previene el refrán.

Y Justa, tan tranquila y tan contenta de que se quisieran como hermanos. ¿Qué más natural? ¿porqué no habían de quererse como tales? ¿no iban á serlo, aunque políticos?... ¡Inocentita de Dios!

Y ya que estamos, lector querido, con las manos en la masa, como suele decirse, en cuestión de enamoramientos y de noviazgos, hablemos de otras "pasiones," que nos importa conocer para la cabal noticia de esta historia.

Fanny no había tenido en los treinta y siete años de la suya (historia) ni sintomas de novio, que es lo menos que en

ese ramo se puede tener. Vivía en Sevilla, como hemos dicho, y, aunque todos los veranos habían sido los últimos que iba á ir á Cascotes (porque al siguiente, ya se sabía: á San Sebastián ó á Biarritz, sin tropezar en rama), lo cierto era que no había faltado ni siquiera uno, desde que con el vestido á la rodilla había venido por la primera vez. El teatro de su historia no tenía, por consiguiente, más que dos decoraciones: Cascotes y Sevilla. Pues bien, lo mismísimo en Sevilla que en Cascotes, aunque tuvo sus quince, aunque los repitió, y aunque hacía siete años que los había repetido, ¡ay! lo mismo en Cascotes que en Sevilla, había salido de los quince y de los treinta y de los treinta y seis y entrado en los treinta y siete, tan ilesa como los jóvenes hebreos, del horno de Babilonia. ¡Vaya! que “no se había estrenado,” que era la frase entre las dos hermanas.

Esto, el no haberse estrenado á los linderos de los cuarenta, si es porque “no se ha querido,” creo yo que causará

en el alma de la mujer un estado de limbo, sin pena ni gloria, pero de inapreciable tranquilidad y hasta de placidez comodísima. Pero si es porque "no se ha podido," es decir: si no es la mujer la que libre y espontáneamente ha hecho su *votum non nubendi* (1), que diría un moralista, sino que ha sido el mundo el que se lo ha dado hecho... esto, caras lectoras, debe de ser rabioso.

Este era el estado de nuestra Carpan-ta chica. Porque siquiera Lolita había hablado cerca de un año á un hortera guapisimo del ramo de perfumería: ¡se había estrenado! ¿pero ella... Fanny? ni síntomas de estreno.

Y así llegó á Cascotes aquel verano y recibió la *párvula* (inmediata) visita de Don Roque y su hijo. La idea del matrimonio renació vigorosa en su mente... ¿Por qué no había ella de gustarle al secretario de Cascotes?... ¿Que él era mucho más jóven que ella? ¿Y eso qué importaba?... ¿Qué eran los diecisiete años

---

(1) Voto de no casarse.

que ella le llevaba á él, comparados con la eternidad?... Nada, á rogarle que fuera con frecuencia por allí, que la tratara con confianza, porque al fin y á la postre "eran iguales," y, si en un pueblo como aquel iban á estar "distanciados," los pocos "jóvenes," que en él se reunían, ¡buenas y santas noches!

Y Don Bartolomé volvió al día siguiente, y al siguiente, y al otro; y, que si pito, que si flauta, el pañuelo se puso en el bastidor, se copió de *La Guirnalda* la orla con la cifra consabida; se sentaron á la puerta por las noches en grupo aparte, y el rum rum y... ¡la *armófera*!

Pero ¿gustaba al Samuel desertor del Seminario de Sevilla la Carpanta secuestradora? Su conciencia le decía que nó y esta señora no engaña nunca: ¿pues entonces? Ahí verá usted.

En este estado las cosas, vinieron las niñas de Don Alvaro á Cascotes y Don Bartolo las conoció; y, aunque las dos le gustaron á rabiarse, la trigueña, Rufina, le dejó el *corazón* hecho *padasos*...

Sí, señor; se dieron cuenta del "fenó-

meno, las tres Carpantas, tan pronto como el fenómeno tuvo lugar; como que la misma noche del día en que Don Bartolo visitó á las forasteras empezó á faltar á casa de la viuda. Y nó, ciertamente, porque estuviera en casa de Don Alvaro; sino porque estaba mi hombre mal ferido de punta de amor, ó "enamorado jasta los corvejones," como en Cascotes se dice, y necesitaba de soledad y de quietud y de silencio para examinar detenidamente lo que por él pasaba y hasta para tirar planes acerca de lo futuro.

¿*Quedría* una señorita, tan *prinsipal* como Rufina, sepultarse en un pueblo como Cascotes?... De resignarse á un pueblo, ¿sería él, Don Bartolomé del Cerro y del Trillo, el hombre cortado á la medida de su *corazón*?... ¿Quién sabía? los hombres se *cotisaban* á muy alto *precio*, y él, Don Bartolomé, no era rana, que dijéramos. ¿Se daría ella cuenta de su *insistencia* en mirarla? El secretario creía que sí: ¡á bien que eran pocas las mujeres para que se le escapára

á Rufina aquel su mirar tan gachón, *dulsote* y elocuente! Pero ¿qué cosa *hiso* ella para acusar *resibo*? ni desplegar los labios en toda la visita, ni mirarlo cara á cara. ¿Sería *turbación*?... ¿Sería *desdén*?... ¿Y porqué lo segundo, y no lo primero? ¿tan desnudo era él de bienes de fortuna, ni tan despreciable de *facha*?... ¡á bien que no le gustaba él á Fanny en *grasia* de Dios! Fanny... Fanny... ¡y qué *desteñida* y qué *enjuta* y qué *angulosa* le resultaba!... ¡Que no, hombre, que no! que eso de Fanny no tenía ni piés ni *cabesa*, ni aquel era el camino de El Puerto, ¡Una mujer que podía ser su madre... y con “*pata de gallina*,” y todo!... ¡Que no, hombre, que no!... ¿El qué iba á *haser*?... pues lo que estaba *hasiendo*: dejarse querer, y pasar el rato; pero otra cosa, era estar loco y él no lo estaba, *gracias* á Dios.

Cuando al cabo de los dos ó tres días lo vió Fanny entrar por sus puertas, conoció en lo turbadote del saludo que algo anormal pasaba por su “*primer amor*,” y, ofreciéndole la silla apareja-

da de antemano para él bajo el fresco emparrado del jardín, donde Doña Curra y Lolita hablaban con el Médico, que nunca faltaba á la tertulia, hubo de decirle:

—Gracias á Dios, que vemos á usted por esta casa: porque ya le contábamos con los muertos.

—¿Por qué lo *dise* usted?

—Como no vino anoche ni antenoche, y aquí no se le dado, que yo sepa, motivo para una retirada en esa forma....

—Pero ¿qué retirada, ni qué forma? ¿es retirarse, acaso, dejar de venir una ó dos noches porque se tiene una *ocupación*?

—¡Ocupación! nunca las ha tenido usted, hasta que *han* venido á Cascotes.... *quien* yo me sé.

—No comprendo.

—Y es usted capaz de negarme que las ha visitado?

—Pero ¿á quién?

—¿Y se hace usted de nuevas?

—Supongo que aludirá usted á Don Alvaro y sus.... *familia*.

—¡Vamos, ya cayó usted! ¿y qué? ¿*las* ha visitado? ¿no es verdad?

—Como ustedes.

—¡Nosotras es muy distinto!... y visitándolas ¡claro! ha tenido usted deseguida una ocupación que le ha imposibilitado para dejarse ver dos noches nada menos. ¡Coincidencias!—como usted dice.—

A Don Bartolo le molesta la cita sobremanera y contesta malhumorado.

—Creo que no estoy en la *obligación* de venir aquí diariamente.

—Pues, para que vea usted lo que son las cosas: yo creía que sí.

—No veo el motivo.

—Pues yo creía (ya veo que me engaño) que cuando un caballero dice á una joven ciertas cosas.... por ejemplo: las que usted ha dicho á Fanny Algarín, ese caballero tenía ciertos compromisos que cumplir con esa joven.

—Pero yo, entendámonos, ¿qué he dicho á usted que pueda comprometerme?

—Que pueda comprometerle, nada: pero la joven á quien se le requiebra á todas horas, á quien se visita diariamente, con quien se habla á solas de-

lante de su madre y de todo un pueblo y á quien se le hace concebir un mundo de ilusiones, creo que tiene derecho á que no se le deje plantada y con tres cuartas de narices, sobre todo, cuando es honrada, cuando es decente, y no ha dado ningún motivo para ser destronada del corazón del hombre sobre el que llegó á soñar en su locura que se había enseñoreado.

—Pero ¿qué ilusiones ni qué niño muerto?...

—¡Don Bartolomé! ¡¡Don Bartolomé!! —se puso á decir á grandes gritos Doña Curra:—¡venga usted, y verá qué miserable es el médico! Le estamos rogando la niña y yo que nos dé un gazpacho en la ora, y dice que gazpacho, bien está; pero el *plus* de costumbre, que nones; que este año se le ha arranciado la chacina y....

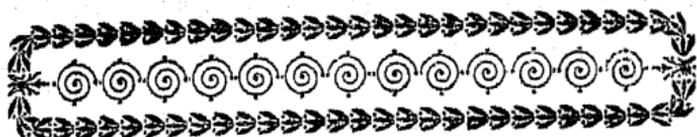
—Anden ustedes con él—respondió Don Bartolo—y sáquenle lo que puedan: ¡del lobo, un pelo!

—Nada, Señor Doctor—clamaba Lolita, dándole abanicazos en la pechera:—

el gazpacho se impone y no nos dejará usted más feas de lo que somos: pero ¡ay de usted como sea á secas! Ande usted, Don Bartolomé, á ver si lo convence.—

Y Don Bartolomé se vino á estotro corrillo, dejando á Fanny contrariada, cejjunta y celosa, como Eneas á Dido; pero muchísimo más fea, ¡qué tenía que ver! que la Reina Tiria.





## IX

De quién era Don Alvaro y de cómo  
se enamoró su primogénita

Y con tanto y tanto hablar de unos y de otros, aún no hemos dicho al lector quién ni cómo era Don Alvaro.

Empecemos por el cómo.

Por aquello de que "quien tuvo y re-  
tuvo, guardó para la vejez", Don Alva-  
ro, á pesar de sus sesenta y pico y de  
sus alifafes, tenía una cabeza muy her-  
mosa, y un cuerpo, si no alto, derecho  
como un huso y proporcionado y armó-  
nico como el de una estatua clásica.

Había sido muy rubio, y, aunque con  
muchas canas en la barba, todavía, sin  
embargo, había en ella más de oro que

de plata. Tenía azules los ojos y larga y afilada la nariz; ancha la frente y sumidilla la boca. Con un traje de la época, hubiera podido pasar por el original del supuesto retrato de Cornelio Van-Der-Geest, pintado por Van-Dyck, y que se conserva en la Galería Nacional de Londres.

Era hijo segundón de los Condes del Pimpollar, aristócratas del más rancio abolengo, aunque nó de arcas tan repletas de caudales, como de gules, barras y calderas, su escudo heráldico.

Había seguido la carrera diplomática y casádose cuando estaba de embajador en Lisboa, con una portuguesa de lo más linajudo de la patria de Camoens, teniendo como fruto de su santa unión un hijo, que murió á los pocos meses de nacido, y á los dos años escasos el par de buenas mozas que habemos conocido en la casa del Duque, su cercano pariente.

La muerte de su esposa, acaecida á los seis años del nacimiento de las gemelas, lo apenó y desilusionó de tal modo, que quemó las naves, como suele de-

cirse, y se encerró para siempre en el santuario del hogar, á vivir para sus hijas y para los tristes recuerdos de sus pasadas venturas.

Jamás quiso desprenderse de sus hijas para enviarlas á ningún colegio. Entendía él que en todos ellos se cultivaba más la forma que el fondo y que es mucho más fácil la corrupción de un inocente entre muchos que acaso no lo sean, que á la sombra de un padre, consagrado por entero á velar por la inocencia de sus hijas, como el ángel custodio que se nos dá á cada uno al poner el pié en los umbrales de la existencia.

Y á sus hijas se consagró en cuerpo y alma, cifrando sus delicias en enseñarles, desde deletrear y hacer palotes, hasta hablar con corrección y elegancia el portugués, el italiano, el francés, el inglés y el alemán, sin que hubieran entrado en su casa otros maestros que el que enseñó á Justa á tocar el arpa, porque Rufina fué siempre poco melómana y no quiso aprender, y una señora honradísima, tontita de capirote la pobreci-

lla, pero tan buena como tonta, que enseñó á las dos á hacer encajes, amén de otras labores femeninas de las que, como es natural, no entendía Don Alvaro palotada. De baile, ni nombrarlo: ¡buenos bigotes tenía Don Alvaro para que nadie se las manoseara! ¡Que se arrimara á bordo el que quisiera!... ¿Eran quizás sus hijas descendientes de trompo?

De este trato tan íntimo entre padre é hijas nació un amor de él á ellas y de ellas á él, que excedía de lo usual y corriente. Y, aunque él pronunciaba á cada paso la frase sacramental, pero falsísima á mi juicio, de todos los padres, de que las quería á las dos "iguales," Justa se llevaba siempre la preferencia.

Hay que tener en cuenta que la muchacha lo merecía; pues, sin ser tan zalamera como Rufina, para ella no había en la tierra otro placer que mirar á su padre, hablar con su padre, pasear con su padre, vivir, en fin, con, por y para su padre, sin que esto obstára á que el señor Don Francisco de Góngora y Pacheco entrára á parcería con Don Alva-

ro á gozar del usufructo de aquel corazoncito de diecinueve años, dispuesto al amor como el de todas las mujeres en esa edad, sobre todo si es un buen mozo en toda regla el que llega pidiendo un rinconcito "por lo que sea."

Y qué á buena hora y con qué buenos modos supo el tunante de Paco Góngora pedir hospitalidad. Aún recordaba ella, al cabo de dos años mortales, todas y cada una de las palabras del galán sin marrar una letra.

Leyendo estaba ella en la sala de confianza cuando llegó él: ¡y cuidado con la tontería! ¡pues no se puso colorada! Verdad que él la miraba de una manera tan... ¡qué sabía ella? Y, como no había nadie en el gabinete, porque Don Alvaro había salido y Rufina se estaba peinando porque iban á salir los tres en cuanto aquél volviera, tuvo ella que cerrar el libro y tenderle la mano y sostenerle la conversación. ¿Quién, si nó, se la iba á sostener?

Y Paco se sentó junto á ella y se quedó mirándola; y ella bajó los ojos y se

puso más colorada todavía... ¡Cuidado con la fatalidad de ponerse colorada en cuanto la miraba Paco Góngora! Porque, después de todo, ¿qué cosa mala había en todo aquello? Ninguna, gracias á Dios... Pues ¿entonces?... ¡ahí estaba lo que ella no se podía explicar!

Pero ya se lo fué explicando poco á poco el demonio del pintor, que parecía tener un ruiseñor en la garganta, según lo dulce de las cosas que le decía. ¿Qué cuáles y cómo eran? ¡ea, esas cosas no se contaban!...

Pues ¿y lo que se le escapó á la muy retonta?.. ¡Mira que confesarle que lo mismo, mismísimo le sucedía á ella!... De ahí que él se envalentonára como se envalentonó, que se empeñára en que le dijera por lo claro, y sin embajes ni rodeos que *sí* ó que *nó*, y que tuviera ella que decirle... que le daba muchísima vergüenza; pero que *sí*.

¿Y qué le iba á decir después de todo?... ¡Que cualquiera se hubiera puesto en su lugar, á ver qué iba á decir!...

Gracias á que llegó Rufina ya peinada

y hasta con el sombrero encasquetado, para que ella le anudara el velillo, con permiso por supuesto de Paco Góngora.... ¡Buenas estaban sus manos para una cosa así! ¡A penas si le temblaban en gracia de Dios! pero preferible era todo á estar á solas con *él*.

Y á poco vino Don Alvaro, y se fueron los cuatro de paseo. ¡Pero lo que eran los hombres y lo bien que sabían disimular!: mientras ella no podía echar la palabra del cuerpo, y si la echaba era para equivocarse á cada sílaba, él tan campante como si nada, y tan locuaz con Don Alvaro y tan dicharachero con Rufina, como si tal cosa...

Palabra de honor, de que hasta aquella tarde no se había ella fijado bien, lo que se llama bien, en Paco Góngora. De modo, que, si como luego le pareció hermosísimo, le hubiera "resultado," otra cosa, ya no hubiera podido volverse atrás, porque ya le había dicho que sí.

Y qué guapo era su... ¿novio?... nó: su novio todavía nó: Paco Góngora, nada más. ¡Qué fino!... ¿Porqué no le gustarían

á ella *los... personas* gordas? La verdad era que había tenido ella la gran suerte: todo lo que á ella más le gustaba lo tenía él: el cabello, negro y anillado; los ojos, negros y parlanchines; las pestañas, vueltas; los bigotes, sedosos y empinados, aunque tan empinados no le gustaban á ella; pero ya eso se arreglaría: en cuanto ella se lo insinuára, estaba segurísima de que se los bajaría un poco, aunque no fuera más que por darle gusto. ¡Había sido con ella tan complaciente, áun mucho antes de que fuera su... ¡Ave María purísima!,... pues sí, señor: na había otra palabra: ¡de que fuera su novio!

¿Tendría algún defecto su novio?... no tenía más que uno; pero ella, pobrecilla, no podía en aquellos momentos, ni siquiera sospecharlo. Paco Góngora no tenía corazón...

¡Y qué apuros! ¡qué apuritos tan grandes los que aguardaban á Justa cuando hubiera de llegar el momento de decirse-lo á Don Alvaro, porque, sin ese requisito, no digo Paco Góngora, pero ni el mis-

mo emperador de las Rusias (aunque si ella había de decir la verdad, prefería *su* Paco á todos los emperadores de todas las Rusias habidas y por haber) era bastante á que ella se metiera en un be-rengenal por aquel estilo. Pero ya Dios le daría fuerzas, y se lo diría á su padre, y tres más, y haría lo que su padre le dijera, aunque... ¡sí! aunque tuviera que morirse de pena, si su padre dictaminaba lo contrario.

La primera que lo supo fué Rufina. Se lo quiso ella decir aquella misma noche, cuando acabaron de rezar sus devociones é iban á despedirse para acostarse. ¿Y porqué se pondría Rufina también tan colorada?... ¿Y porqué no se alegraría?... ¿No era su hermana, y aquello la felicidad de las felicidades? ¡Mira que ni una palabra siquiera, como si ella fuera un perro!...

En su vida había pasado ella noche peor. Vamos, ni pegar los ojos en toda ella. Pues nada: á salir de dudas y de ansiedades, cuanto antes mejor. A echarse de la cama. A vestirse. A esperar que

Don Alvaro se levantára y á contárselo todo, pero todo; de la cruz á la fecha.

Y como lo pensó, lo hizo; aunque pálida, tartamuda y mirando á todas partes, como creo yo que mirarán los que conspiran contra el trono en una recepción de palacio.

Y ¡qué peso! ¡Madre suya de los Reyes! el que se quitó de encima la cuitada! ¡y qué placer tan hondo, cuando Don Alvaro por toda respuesta la besó en la frente diciéndole:—bueno, pero juicio! —y ¡qué ganas tan regrandes de que volviera por allí Paco Góngora, para decirle que ni á pedir de boca; vamos, como la palma de la mano..!

Todo esto lo recordaba Justa, con un lujo de detalles, como no recordaba nada de este mundo... ¡Cosa más misteriosa que la memoria humana...!





## X

### Comida campestre

Y á propósito de noches pasadas en vela. Así la pasó también la pobre Fanny, cuando, planteadas las bases del gazpacho en la era del médico, éste y "su primer amor," se despidieron, se cerraron las puertas de la casa, se sacaron de la despensa garbanzos de Rita para echarlos en remojo; se metieron las sillas del jardín; se apagaron las luces y cada mochuelo á su olivo.

¿Estar ella viniendo á Cascote desde antes, pero muchísimo antes, que naciera Don Bartolomé; llevar ya dos veranos de perseguirlo, lo que se llamaba perseguirlo materialmente; tenerlo ya casi, casi, como quien dice, comprometido, y estar hasta bordándole un pañue-

lo buenísimo y con los puntos más de moda, para que hubiera venido una niña con sus manos lavadas á arrebatárselo?... ¡Por muchísimo menos se hubiera otra cualquiera tomado una caja de fósforos!...

Pero nó: no era ese su plan. Todo, menos suicidarse: era pecado: ¡y... aunque no lo fuera! no le daba á ella la *re-pompolonisima* gana de matarse por daca esas pajas. ¡Que se matara el moro Muza!...

Su plan era por de pronto apelar al patético y usar de él á todo pasto. Suspirar durante el día (cuando estuviera delante Don Bartolomé, por supuesto) y de noche, cuando estuvieran en el jardín y no hubiera mucha luz (para lo cual ella se colocaría junto al brocal del pozo y á la sombra de la madreSelva) hacer como que lloraba. Así: á ver si le conmovía las entrañas á aquel

«Cruel Vireno, fugitivo Enéas.»

Pero.... ¿y si seguía teniendo *ocupaciones*, ¡por vida de las ocupaciones de

sus culpas y pecados! y no volvía por allí?... Menos mal que tenían que verse en la tarde de aquel mismo día (y digo de aquel mismo día, porque era muy cerca de la una de la noche) en la era del Médico, porque así lo había prometido *él* á mamá y Lolita.

Bueno: pues algo era algo. Ella iría con el traje blanco y con la trenza suelta, porque, como le había de doler tanto la cabeza todo el día de Dios.... Y no comería en la era. Es decir: si no había más que gazpacho, desde luego: no probaría bocado. Ahora, si había embuchado, jamón, sardinas en tomate y langosta como otras veces, era una majadería sacrificarse de ese modo por quien no lo merecía, y entonces.... comería "de todo," "porque el Médico no creyera que era un desaire."

Otra cosa, porque era menester atar bien todos los cabos: ¿debería delante de la gente estar displicente con él?... ¿Y si tomaba las de Villadiego para siempre y no volvía á vérselo el polvo en su eterna vida? Pues nada: un térmi-

no medio: á decirles á mamá y á Lolita que se hicieran de mieles para con él, y ella se encargaría del papel de celosa despechada.... ¡Bendito fuera el Señor, y qué trabajito costaba pescar á un hombre.... ¡si llegaba á pescarlo! porque eso no lo había ella visto todavía!

Y así, poco más ó menos, toda la noche de Dios, cuán larga es, hasta las cuatro: hora en que, sintiendo el frío de la madrugada, se tapó hasta las orejas, se acurrucó debajo de la sábana y se quedó dormida.

Primera providencia del día siguiente: rizarse muy bien rizado el final de la trenza, porque como iba á llevarla suelta á la espalda por lo muchísimo que le había de estar doliendo la cabeza todo el día...

Segunda: ponerle al traje blanco unos terciopelos verdes en "la quilla," en los hombros y en el peto, para, si tropezaban con las de la casa del Duque, hacerles creer que era otro distinto del que llevó cuando fueron á visitarlas.

Tercera: (esta la tomaron las tres) comer muy poco, casi nada, para que el

Médico no tomara á desaire el que estuvieran frugales en la cena campestre que les había "ofrecido."

Y llegó la hora del paseo, y se entraron por las puertas de la casa de Doña Curra el Médico y su señora; pero sin nada que olierá á Don Bartolomé, ni á la media legua.

Mirada de Doña Curra á las niñas y de éstas á Doña Curra y entre sí.

El Médico, sin que se haya averiguado todavía con qué intención:

—Pero ¿y Don Bartolo? ¿No quedó con nosotros en que vendría? Pues él no acostumbra á hacerse esperar, y ya han dado las siete, que es la hora que anoche convinimos. Créanme: me extraña no encontrarlo aquí.

—Nosotras—respondió Doña Curra—lo esperábamos con ustedes... como va allá todas las tardes á tomar el café...

--Es que hace dos ó tres días que no va—dijo la médica con la mayor inocencia del mundo, pero causando en el auditorio el efecto de un apretón en un dedo malo.

—Milagrito será— prosiguió su marido—que no se le hayan atragantado las forasteras.

—Con lo cual se acreditaría de buen gusto—insistió la Doctora—porque la verdad es que las muchachas son monísimas hasta dejarlo de sobra. Ustedes las habrán visitado, ¿verdad? Nosotros estuvimos anteayer tarde, y lo que es yo, salí encantada.

—Sí, señora—contestó Fanny frunciendo el hociquito con marcado desdén: —las conocemos mucho de encontrarnos con ellas en casa del Capitán General y alguna vez que otra, no muchas, en San Telmo, y nunca nos han gustado, porque en Sevilla no tienen las pobres el mejor nombre. Pero al venir á Cascotes, estando nosotras aquí, no hemos querido dejar de ir á verlas, porque luego se toma á orgullo de ricos y á vanidad de clase lo que no es ni más ni menos que mantenerse una á su altura y en su lugar.

—¿Pero ellas... no son de clase, como usted dice?—objetó el Médico que, ó mucho me engaño, ó tenía su poco de mal-

querencia á sus ahijadas las Carpantas.

—¡Pschs!—dijo Lolita moviendo la cabeza, entornando los ojos y plegando como su hermana el ya de suyo arrugado hociquito:—nietas de un Conde, más borracho que una cuba, é hijas de una portuguesa, cuya fé de bautismo no hemos visto nosotras.

—¡Vamos, Lolita!—replicó el Doctor:—tenga usted más memoria y recuerde que me las estuvo poniendo por las nubes la noche de la tarde en que las visitaron, y dándome á entender que casi, casi se acostaban ustedes juntas en Sevilla.

—¡Vaya! ¡Gracias á Dios que mejora sus horas—exclamó Doña Curra, tendiendo la enguantada mano á Don Bartolomé que acababa de llegar:—¡vaya una manera de darse tono!: nada: lo que mucho vale mucho cuesta, y usted no rebaja ni un ochavo de su precio ni aún para sus amigos.

—¿Pero tanto me he hecho esperar?

—Pues más de media hora.

—Pues en marcha, si ustedes no disponen otra cosa en contrario.

—¡Qué disparate...! Si lo que estamos deseando es volver deseguida, porque á Fanny le duele la cabeza que es un horror y yo no sé cómo al fin se ha resuelto á acompañarnos.

—Por no desbaratar el paseo --respondió la aludida-- porque, aunque no sea más que á ustedes --(se dirigía á las Carpantas restantes)-- creo que interesará algo mi salud.

--¿Nada más?--le preguntó en voz baja Don Bartolo recogiendo la china.

—Que yo sepa--le contestó.

Y empezaron á andar. Fanny, á la derecha de Don Bartolo; el Médico, á la izquierda de Lolita y la Médica y Doña Curra "de madres," y á la retaguardia.

Mucho de--buenas tardes--y de--vayan ustedes con Dios--por toda la calle Real. Mucho, muchísimo polvo por los callejones, orlados de pitas, chumberas y zarzales, de donde el Médico y Don Bartolo van cogiendo moras para obsequiar á sus respectivas parejas, sin que ninguno de ellos se cure de Doña Curra, que se parece por todo lo campestre y

comestible, y mucho de "sudor y de fatiga," antes de llegar á la era. ¿Y todo para qué? Para un "triste," gazpacho con huevos duros, un par de conejos asados y unas latas (creo que dos) de sardinas con tomate. Siempre, algo más de lo que las Carpantas esperaban, supuesto lo dicho la noche antes por el Doctor; pero muchísimo menos que otras veces. De chacina, ni pizca: ¿Se le habría arranciado de verdad, ó iría abriendo los ojos y cerrando la despensa?...

Tampoco Don Bartolo estuvo tan expresivo como otras veces. ¡Y cuidado que Fanny se apretaba con frecuencia entrambas sienes con los dedos pulgar é índice de la mano derecha y se quejaba á menudo del "neuralgiazo," que tenía encima!... Como si nada. Don Bartolo parecía no haber aceptado el paseo para otra cosa que para cogerle moras á la ida, comer como un desesperado en la era y llevar del brazo á la Médica á la vuelta á Cascotes. Esta vez ha tocado á Fanny el ir á la retaguardia "de madre," con Doña Curra. ¿Madre y sin haberse estrenado?..... ¡horror!





## XI

### En que Don Bartolomé declara "su atrevido pensamiento"

Y aquel día precisamente, ó sea el que siguió á la tarde en que Don Alvaro y sus hijas estuvieron á visitar, primero á Doña Curra y á la Médica después, fué el elegido por Don Bartolo para declarar á Rufina "su atrevido pensamiento,"

Ya durante toda la semana no había hecho otra cosa que perjeñar borradores y más borradores, hasta que, tomando un concepto de uno y un párrafo de otro, amén de los auxilios "sobrenaturales," de un libro de notar cartas que en uno de sus viajes á la capital había adquirido, tomó papel, requirió la pluma,

la trocó por otra nueva, por parecerle que se agarraba un poco, y escribió lo siguiente:

“Srta. Doña Rufina de Benavente y Figueira.

*Sestial* Señorita: ¡Nada más subyugador que el verdadero amor!...

Pues bien; ese amor que todo lo subyuga, me ha *subrayado* á mí,—¡Demonios *ensendidos* y rayos y *sentellas*!—exclamó furioso—¿pues no he escrito subrayado por subyugado... *Coinsidencias* que desesperan á uno... en fin, otro papel.—

Y lo tomó, y lo extendió sobre la carpeta y tornó á escribir, desde

“Srta... etc., hasta me ha subyugado á mí; y á su benéfico influjo tomo la pluma para dirigirme á V. en demanda de su “*mútua*,” *correspondencia*.

Cuando, recién llegada á esta localidad, tuve el honor sin segundo de ir á ponerme á sus pies, á los de su señorita hermana y su señor padre, no fué amor; créame V.; fué un ígneo volcán lo que estalló en mi pecho.

Desde entonces su *imange* (1) no se borra de mi mente ni de noche ni de día. Y, si velo, pienso en V., y si duermo, V. y sólo V. es mi constante pesadilla.

Ahora bien: será V. tan *ingata*?...

—¡Lo dicho! ¡que está de Dios que yo no me declare hoy á esa mujer!—y dió tan recio golpe sobre la mesa, ó mejor, sobre el mango del cortapapel que en ella había, que, como este tuviera la punta debajo del tintero, lo hizo saltar como proyectil de catapulta y derramar su negro contenido sobre los borradores, el libro de notar cartas y la corbata, que para mayor comodidad se había quitado y puesto sobre la mesa mientras escribía.

Nuestro héroe se hubiera echado á llorar de buena gana, según la desesperación que le produjo su involuntario desaguisado; pero, acordándose del adagio, "el que se casa por todo pasa," recogió la poca tinta que pudo, se lavó las

---

(1) En Cascotes la gente fina dice *imange*.

manos, hizo limpiar la mesa y, cuando se hubo ido la criada, sacó nuevo papel y se puso á escribir con mucho cuidado desde "Srta. etc.,," hasta el párrafo en que le acaeció el último percance y que si mal no recuerdo, decía así:

"Ahora bien: ¿será usted tan ingrata, que no quiera agregar á los suyos mis apellidos? . . . Nó: no lo creo ¡no puedo creerlo!

Yo he concebido en mi mente soñadora un paraíso de deleites, donde el papel de Eva está reservado á V. y el de Adán, aunque me esté mal el decirlo, reservado á un servidor de V.: pero paraíso sin manzana de la discordia, ni ángel exterminador.

Piénselo usted, señorita, piénselo usted, y resuélvase de una vez á admitir la mano que le ofrece este su más rendido amante que queda en la agonía y sus piés besa,

*Bartolomé del Cerro y del Trillo.*

Cascotes 13 de Agosto de 18...,"

Escrita su "declaración," con la mejor de las letras de su repertorio, pues co-

mo todos los tontos escribía muy bien (y perdónenme de camino cuantos escriban bien y no tengan un pelo de ello) la plegó con pulcritud eximia, no sin pasarle por los bordes al papel el tapón de un botecillo de agua de colonia, humedecido en ella; rebuscó y encontró en uno de los cajones de la mesa un sobre calado adquirido con el libro de notar cartas y guardado como oro en panes para cuando llegara una ocasión que lo mereciera; introdujo en sus entrañas de color de rosa (las del sobre se entiende) el pulido documento; humedeció con la lengua la goma de aquél; lo pegó frótándolo con los dedos ennegrecidos por el humo del tabaco, lo contempló un instante y escribió con letra gótica:

*“Srta. D.<sup>a</sup> Rufina de Benavente y Figueira.”*

Y al pié y con letra redondilla:

*“Cascores.”*

El “suplicada,” de la esquina izquierda quiso que fuera Iturzaeta de lo mas puro.

Hecho todo lo cual, caló el chapeo, guardó "la inconveniencia," en el bolsillo de la americana, y á casa de la Calandria á que ésta la llevara á su destino, cuanto antes, mejor.





## XII

### Una alcahueta, como otra cualquiera

En medio del *corgaizo* estaba la Calandria haciéndose *escarmená* por una vecina. Y, arrellanada en el santo suelo y entre las piernas de la comadre, sentada á su vez en un *posaero*; con un delantal de cañamazo á listas sobre los hombros y al lado la cachucha del agua de la tinaja para que la peinadora metiera el peine cuando la operación lo hubiera menester; con los nó muy abundantes y grises pelos caídos sobre la frente y limpiando el "peine blanco," con una hebra de hilo que desde el índice al pulgar de la mano derecha iban en forma de  $\infty$ , parecía una bruja recién sacada

del pozo "Lirón," por los cabellos, que es por donde, según la añeja leyenda que corre en Cascotes, se sacan los sumergidos en dicho pozo, terror de los muchachos que no se quieren dejar peinar.

La presencia de "la doncella," de la Calandria contrarió á Don Bartolomé, que, acercándose al tallero y tomando una alcarraza se la tiró al colete, aunque sin maldita la gana, bien lo sabía Dios, diciendo mientras se secaba con el pañuelo el peludo hocico:

—Pasaba por la puerta, llevaba sed y dije: ¿dónde mejor que en casa de Carmen? de modo que dispensa la *confiansa*.

—Bien sabes tú - contestó la Calandria - que con eso me pones una corona: así es que no hay ná que dispensar.

—*Gracias* y quedad con Dios.

—¿A ónde vas tan estampía? Ven, hombre, siéntate un ratito, que vendrás achicharrao de andá por ese resestiero. Siéntate, escansa y aluego te pués di.—

Y Don Bartolomé, sin replicar palabra, se sentó.

La *toilette* de la Calandria tocó á su término. La peinadora conoció que estaba allí estorbando Pidió. permiso para coger un poco de *peregrin par* potaje, y, con ganas de irse ó sin ellas, lo cierto es que se fué.

—Carmen, por fin me he resuelto— dijo Don Bartolomé á la alcahueta, sacando del bolsillo la perfumada epistola:—Si tú quisieras llevarle esta carta...

—Te diré, Bartolito, te diré: yo quisiera servirte; pero, hijo, no me atrievo. Ya tú ves: como una no entra allí na más que de cumplío como el otro que dijo...

—Es que tú no perderías el mandado.

—Te diré, hijo, te diré. Pa mí, á Dios gracias, el interé es lo de menos, y más siendo en orsequio tuyo, aunque una sea una probe, más probe que las ratas. Pero en fin, ya que tánto te empeñas, no te quieo dejá feo. Dámela acá... ¡Hijo, y qué rebién güele!... ¡er diantre son los mocitos de ahora!... ¿qué le has juntao?... esto es cosa de porvo... Güeno, po quié deci que yo no dejaré de dí y vení, y que cuando la encuentre en proporción se la endirgaré: ¿no te páece? 9

—Eso queda á tu *discreción*.

Y hubo un salderón de silencio, como de cinco minutos. La Calandria olfatea la carta por todos lados; el galán saca un cigarro, lo enciende y dice así:

—¿Y porqué no te llegas ahora? ¡Tiene uno una *comesón* y una *intranquilidad*...! Anda, llégate ahora mismo, que yo te espero aquí. Con eso, mientras más pronto se sepa el sí ó el nó, más pronto sale uno de este purgatorio en vida.

—¡Mia, Bartolo, que el espacio jace cucharas! Espacito y güena letra se deben de jacé las cosas. Vete tranquilo, que yo queo interesá en la custión, como lo pueas estar tú, porque demás sabes tú que siempre te he querido, con interés y sin interés. Déjame tú á mí navegá, que yo me entiendo y bailo sola: ¡ni jarre que trote, ni só que se pare! ¿estás?

—Bueno: como tú quieras: quiere *desir* que tendremos *pasiensia*.

—Oye, Bartolo, y perdona, y po el amor de Dios no vayas á creé que queo valerme de la ocasión; ties ahí por causalíá una peseta, porque se la queé á de-

bé á la Tuerta de unas cosillas que le compré antier tarde y la esty oyendo pregoná en la esquina y ya la esty viendo aquí, más flechá que una bala!

—Una, nó; pero toma allá dos y es lo mismo.

—Güeno: pero que coste que me las empriestas.

—Descuida, que no reñiremos.

—No, hijo, ca cosa en su punto.

—Bueno: quédate con Dios.

—Adios y que la Madalena te guíe.

—¿Hasta cuándo te parece?...

—Ven mañana á estas horas, güenas sean.

—Pues lo dicho: adios.—

¿Y cómo nó? La Calandria empezó á necesitar deseguida infinidad de cosas de la casa del Duque.

Lo primero que hubo menester fueron los “ganchos,” del pozo para sacar una cubeta que se le había caido en el de su corral; (mentira). Pero se los llevó y vino á devolverlos á la media hora. Total, dos venidas.

Después llegó á preguntar si se ha-

bria saltado por la tapia un pollo cairo suyo, porque andaba loca buscándolo, y no parecía "po er mundo é Dió,": mentira también, y otra ida más.

Al rato se presentó, tenazas en mano, por un ascuita de candela, "unque le daba fatiga de tanto dí y vení., Mentira también (lo de la fatiga se entiende).

Más tarde necesitó unos granitos de pimienta "par majao,, porque en las tiendas no los habia hasta que los "truje-ran,, de Sevilla. Mentira otra vez; pero otra venida más: total: hasta nueve ó diez veces fué en aquel medio día á la casa del Duque, sin que quisiera su buena estrella depararle la suerte de encontrar á Rufina "en proporción,,".

Pero á la tarde salió al corral; cortó dos varas de nardos, que fué lo mismo que cortarse las dos alas del corazón, porque, aficionadísima á flores, no daba una ni por un ojo de la cara; cogió hasta medio ciento de jazmines en capullo y se dirigió con ellos á casa de Don Alvaro á "jacerle una fineza á las niñas, porque en una probe una fió era un diamante.,,"

Y, como la suerte no está para quien la busca, sino para quien la encuentra, se dió de cara en el patio con Rufina, que, recogida con la mano izquierda la rozagante bata de percal rosa, sostenía con la derecha una regadera de latón con la que refrescaba las lacias hojas de la hiedra que sesteaba por falta de riego, enredada á la columna de frente á la portada.

—¡Bendito sea er podé de Dió!—empezó á decir con grandes aspavientos la Calandria.—¡bendito sea er podé de Dió, que mantiene sin que se caía un cuerpo tan jermosísimo, en unos piés tan rechiquetines, que paecen dos garrapiñas! ¡Ponó, que las manos, no se quean atrás! La verdá, me da vergüenza der papé que mis nardos van á jacé á la vera de ellas: sin embargo, tómelos usté, que pa usté y la señorita Justa los traía.

—Muchas gracias, señá Carmen—respondió Rufina--ahora los tomaré. ¡Vaya si viene usted esta tarde requebradora!

—Como que á ca uno hay que darle lo suyo: ¡po nó, que nó! Y lo que dice

una: si á una que es una mujé se le alegran las pajarillas, viendo estas jermosuras que cría Su Majestá, ¿qué no le pasará á los hombres de gusto y de posibles?

—¡Ja! ¡ja! ¡qué cosas se le ocurren á usted!... pues se quedarán tan frescos.

—Los que se quéen, señorita Rufina, los que se quéen; que de argunos sé yo que están pasando mu malos ratos; ¡pero mu remalísimos!

—¿De veras?

—¡Y tan de veras!

—Pues, hija, yo no sé por qué.

—Po por eso: porque están enamoraos jasta los tútanos y no se atrieven los probecitos á arrimarse á bordo. De ahí que estén pasando más fatiguitas, que un arma en pena.

—¿Y porqué no se arriman?

—¡Es que piensan de arrimarse! y quizás por eso habré yo venio acá. Lo que tiene es que hay que encontrá á las personas en sazón, vamos ar decí, y cáatalai por qué he venio tántas veces, que jasta me está doliendo la rabailla.

—Pues crea usted que no la entiendo.

—¡Po á ve si con este documento entiendo usted!—Y sacó el amoroso billete del que fué turgente seno.

—¿Pero qué carta es esa?

—Po de una personilla que lampa por usted.

—Pero ¿cómo se llama *ese*... persona?

—¿No lo carcula usted?

—Yo nó, ¿y usted?

—Vamos, señorita Rufina, que demás sabe usted aónde le aprieta er zapato.

—No caigo; de verdad.

—Vamos, usted quié que yo le regale el oío: güeno: po se lo regalaré. Esta carta, pa que usted se entere, se la manda diciendo er señó de Don Bartolomé.

—¿Conque Don Bartolomé?... ¡ya!... Don Bartolomé: pues entonces, quizás será para la señorita Fanny, y usted se ha equivocado.

—No señora, señorita Rufina: yo no me esquivoco tan fáci. Leo usted que sabrá de leé y escribi, á vé que dice en este sobre.

—Señorita Doña Rufina de Benavente y Figueira. Cascotes. Suplicada.

—¿Y podrá usted decirme quién es esa señorita, aunque me pregunte?

—Pues una servidora.

—De Dió lo sea usted. Conque queamos en que la carta en cuestión no es pa ninguna de las viudas, ¿verdá usted?

—Bueno: ¿y si la equivocación no está en usted, sino que está en el sobre?

—¡Ahora sí que soy yo la que no entiendo!

—Pues verá usted. Le dice á ese Señor, que me ha traído usted la carta y que yo no he querido recibirla, porque, como corre por ahí la *armófera* (que se entere usted bien), porque como corre por ahí la *armófera* de que está en relaciones con la señorita Fanny, temo que se haya equivocado al dirigirse á mí.

—¿Qué equivocación, ni qué calabazas? Si él á quien quiere es á usted; si eso de... ¡esa!... como se llame... ¡esa que tiene nombre de perra!...

—Fanny.

—Gueno: Fany; ¡eso no es más ni menos que jablaurías de la gente, y ni eso tiene ni pié ni cabeza, ni él ha pensao

nunca en toa su eterna vía en semejante la cosa!... ¡Fany!.,. ¡Güenas sardinas han venío!... En fin, ¿usté toma la carta?

—Yo nó, señora.

—¿Y qué me jago yo con ella, cuando jasta, que quieras que nó, me dió erdenantes dos pesetas por la traía?

—Pues devolvérsela, diciéndole lo que he dicho á usted: y con respecto á las dos pesetas, con devolverlas también...

—¡Cabalito amén Jesú! ¡qué pronto lo arregla usted tó!... ¡Güeno: vamos á vé otra cosa! ¿Y por qué no se quea usted con ella, anque sea pa jace una cometa, porque lo que toca yo no le voy con ese répice anque me emplumen?

—Por mi parte, haga usted lo que quiera; pero yo no la tomo.

—Po miusté: yo la ví á dejá aquí, y quie deci que aluego le diré... en fin lo que me paezca. Güeno: po aquí se quea encima de este arriate y ustés allá se las entiendan. ¡Y que está poco reteencaprichaisimo el anger de Dió! Yo le aseguro á usted que le cuesta una enfermeá.

Conque quée usté con Dió, y con salú;  
que pa sé arcagüeta y no ganá ná, más  
vale sé mujer honrá. —

Innecesario me parece decir que aún  
no había la Calandria torcido la esqui-  
na, cuando ya era leida la perfumada  
carta de Don Bartolo por el par de zum-  
bonas de la casa del Duque.

¡Y que no se rieron!... ¿para qué?

La verdad es que lo de la *imange* era  
delicioso.





### XIII

Qué, por no ser del todo impertinente,  
puede leerlo el que á bien lo tenga

¿Cómo había de ir aquella noche Don Bartolo á casa de las Carpantas?... ¡en eso estaba pensando precisamente!... ¡y que estaba Fanny poco cargante con tanto suspiro y con tanta indirecta!... Pues por él, ya podía suspirar hasta el día del Juicio por la tarde... ¿Cargar él con aquel vejestorio?... ¡Ajajá!

Nada; que esperara sentada; que él, por de pronto, se iba á su camita, á ver, si durmiendo mucho, se le pasaba inadvertido el tiempo que faltaba para saber de una vez si había ó nó que renunciar á la mano de Doña Leonor.

¡Si dijera quesí...! Madresuya del Mon-

te, que lo dijera!... ¡por vida del... ¡qué *comesón* y que intranquilidad... y qué sequedad de boca!... á ver si con un cigarro...

Y encendió uno de á treinta y cinco: y otro al cuarto de hora, y otro en la colilla de éste: y tumbo va y vuelta viene, y el sueño... ¡échale un galgo! por los cerros de Ubeda.

Y Rufina... y Fanny... y Doña Curra... y Don Alvaro... y Justa... y... Lola... y la Calandria, danzando en la imaginación de nuestro enamorado, como giraban en derredor de sus narices, los mosquitos que habian quedado por espaventar de dentro del mosquitero...

Por fin, allá á las tantas de la noche se quedó *traspuntado*, como diría su señor padre, y al *traspuntamiento* sucedió un sueño franco, bienhechor y profundo... tan profundo, como los *dó* graves de las *fermatas* de sus ronquidos.

Y, como cuando él cogía el sueño, lo cogía para rato, siguió en los brazos de Morfeo hasta las dos y pico de la tarde; malcomió, porque aquello no fué comida, y pian pianito y rodeando, para no

pasar por casa de la Viuda, se entró de sopetón en la de la Calandria.

*Ajechando* trigo *pa* mandarlo á la *tajo-na* estaba la alcahueta. Y, tocándole en el hombro Don Bartolo, le indicó con un movimiento de cabeza que lo siguiera al corral, por hallarse en la casa de la Calandria una sobrina suya tan fisgona, embustera y trapisondista como su augusta tía; y, sentándose el secretario en el borde de un "tintero," que así se llaman en Cascotes los pedazos de tinaja empotrados, que sirven para lavar y otros usos domésticos, preguntó á la celestina con insegura voz:

—¿Y por fin, se la diste?

—Te diré, Bartolito, te diré. Llévase la, se la llevé. Ahora, que en un principio no me la quería tomá ni par Pastó.

—¿Que nó?...—dijo Don Bartolo, con la extrañeza que le hubiera causado oír decir que su padre había resuelto no volver á ser alcalde en toda su vida:—¿pues y eso?

—¡Po *pa* que veas!... ¿qué quiés tú?...  
aca uno és aca uno, y una ocena son doce.

—Pero explicate, mujer.

—Por lo que yo he podido columbrá, tiene celos de la... ¡esa! ¡la de la viuda, que no me acuerdo nunca cómo se llama, con ese nombre tan enrevesao que me gasta!

—¿Fanny?

—¡Esa, Fany!

—Pero ¿qué te dijo?

—Po que la carta debía de sé pa la otra y que por eso no la tomaba.

—¿Y tú no le enseñaste lo que *desía* en el sobre?

—Po nó que nó: ¡tienes unas calas que ni er paso é la Custodia! Claro está que se lo enseñé y que lo leió y dijo que güeno, que se la dejára allí y que ya ella te contestaría.

—Pero ¿no la leyó delante de tí?

—Leerla, no la leió. Pero como yo le dije lo que le mandabas diciendo...

—¿Tú?

—¡Hombre, vamos ar deci! que le dije que estabas mu reteencaprichao; que te iba á costá la cosa una enfermeá; que eras pintiparao pa ella, que ni jecho de

encargo; que tu padre estaba podrío é rico; que me habias regalao las dos pesetas que me emprestaste.... ¡vamos!... las cosas que se deben de deci en casos semejantes. ¿Nació una ayé quizá?... ¡Mia tú yo, que esty cana de tanto sabé!...

—Y ¿ella á todo ello que te *desía*?

—Pero vamos á vé: ¿qué iba á deci?... ponte tú en su lugá.... ¡Po callá, como una estáuta y más colorá que un pavo!... ¡Quesi, hombre, que sí: que está colá! Ná: tú dá tiempo ar tiempo. No la pierdas er rastro, y dí y vení: que lo que dijo el lo-tro: el ojo el lamo engorda er caballo.—

Y el secretario del ayuntamiento de la "localidad," se despidió bruscamente de la alcahueta, fascinado sin duda por el *dí y vení*. Se echó á la calle, dió un paseo por el campo, largo, muy largo, para coordinar sus ideas y ensayarse en su papel de galán joven, y, á la caida de la tarde llegó á su casa, se vistió lo mejor que pudo y se fué derecho, derecho á la casa del Duque.

Por su buena ventura estaba á la sa-

zón sola en medio del patio, sentada en una mecedora y haciéndose aire con un pericón japonés, la señora de sus pensamientos; y, destocándose en la cancela, juntando los tobillos y doblando el espinazo, con amargor de hieles en la garganta y sequedad de corcho en el paladar, preguntó atarugado:

--¿Se puede?...

--¡Adelante!--Respondió Rufina guardándose en el bolsillo una cosa precipitadamente.

--Sin duda será la carta--pensó para su capote el galán que notó el movimiento de la dama. Pero se equivocaba de medio á medio: lo que la dama se había guardado era un melocotón del tamaño de un membrillo.

Y Don Bartolo se adelantó, estrechando la fina y perfumada mano de la triegueña, con la suya peluda y sudosa.

--A los piés de usted, señorita.

--Beso á usted la mano.

--¿Qué tal desde que no "tenemos el honor," de vernos?

-- Bien, ¿y usted?

—Siempre á su *disposición*.

—Pero tome usted asiento.

—Muchas gracias, señorita. ¿Y su señor padre?

—A casa de usted ha ido á pagar la visita: ¿no viene usted de allí?

—No, señora; y crea usted que lo voy á sentir muchísimo, cuando me entere que ha estado allí.

—¡Es natural!—objetó con chunga la hija de Don Alvaro. Don Bartolo se queda tan campante, creyendo que ha dicho una gran cosa, y prosigue en su interrogatorio:

—¿Y su señorita hermana?

—Creo que estará escribiendo á Sevilla. Como sale esta noche el cosario y ha avisado tan tarde y siempre hay encarguillos que hacer....—

Y sucedió una pausa como de cinco minutos. Don Bartolo, que quiso romper tan enojoso silencio, se atrevió á decir:

—¿Y usted?... ¿no escribe nunca?...

—¡Pschs!... algunas veces, pero poco.

—¿Y es *quisás* porque no tiene usted... á quién dirigirse?

—¡Pschs! lo mismo que Justa. Sino que, como ella es la que está al frente de la casa, ella es la que escribe cuando hay que hacer encargos.

--Pero cuando usted recibe alguna carta la contestará: ¿verdad?

—¡Pschs! según y conforme.

—¿Tiene usted la bondad de explicarse, si no es *indiscreción*?

—¡Como no todas las cartas merecen tomarse una el trabajo de contestarlas...

—¿Que nó?... pues yo creía que la urbanidad y la buena *educación*...

—Dice usted muy bien: ni la urbanidad ni la educación son para salir á enseñarlas á domicilio.

—¡Es que yo no he dicho eso!

—Pero lo digo yo, y es lo mismo.—

El galán, que está sudando como una talla de la Rambla, mucho más desde que en sus cortas luces ha comprendido que ha metido la pata con lo de la urbanidad, se limpia el sudor y continúa:

—No quise ir tan lejos. *Destá* simplemente que no todas las cartas se pueden dejar sin contestar.

—Si yo no he dicho que todas: no he dicho más, sino que unas se contestan y otras no hay para qué.

—Y bien; y usted perdone mi *intemperancia*: la última que usted ha *resibido* ¿á cual de esos grupos, llamémoslo así, *pertenese*?

—¿Acabaste de escribir?—Preguntó Rufina á su hermana que en aquel mismo instante llegaba al patio:—¡El señor Don Bartolomé, hija mía, que te está saludando!... ¿vienes ciega?

—Perdone usted—dijo la rubia—venía deslumbrada de tener el quinqué junto á los ojos tanto tiempo, y no lo había visto.—

Don Bartolomé se ha levantado con el mayor comedimiento para saludar á Justa; la ha saludado como mejor ha podido, y volviendo á sentarse entre las dos, ó sea en el sofá de rejilla, que entre los dos balancines en que se columpiaban las mellizas, ocupaba el testero principal del corredor, empezó á preguntar á la recién llegada por cuanta tontería se le ocurrió, hasta que, maldi-

ciendo la *coincidencia* de la llegada de ésta, pidió permiso á ambas para marcharse; se lo dieron con mil amores, y se largó mi hombre, calle Real arriba, que se le podían tostar habas en la boca del estómago.

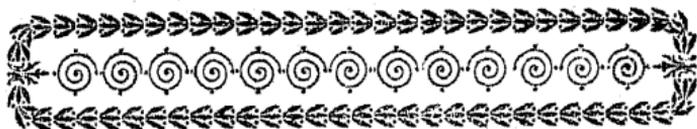
—¿Te parece?—preguntó Rufina á Justa en el momento en que quedaron solas.—Nada: por la contestación á vuelta de correo. ¡Por vida de mi *imange*, y qué á mal traer lo trae!.... Gracias á que llegaste que ni á pedir de boca y me ahorré la fatiga de decirle por lo claro que naranjas de la China.

—Anda, cruel ¿no te dá lástima?

—Mujer: ¡qué misericordiosa te has vuelto! ¿porqué no dejas á Paco Góngora y te engarzas con él? te lo cambio: ¿lo quieres? y no sólo te lo cambio; te lo cedo: ¿lo quieres hasta zahumado? ¡anda con él, que se va el tío!...

—No hija mía, muchas gracias; á quién Dios se lo dió, que San Pedro se lo bendiga.—

Y en esto entró Don Alvaro.



#### XIV

### Paco Góngora en Cascotes

¿Otro coche en Cascotes, ó sean dos en menos de quince días?... Esto ya es un escándalo.

Pues sí, señor; otro coche. Y los chiquillos, corriendo tras él; y los perros, ladrando en torno suyo; y las mujeres, asomadas á las puertas de las casas; y las nubes de polvo subiendo hasta los cielos; y gritos del mayoral, y cascabeleos de las mulas, y ruido de las ruedas, y chasquidos del látigo; y á todo esto, correr si tenía que correr por la calle Real abajo y parada en firme ante la puerta del caserón de Don Alvaro.

--¡Vaya un muchacho chulo!-- han dicho las que han visto apearse al via-

jero delante de la portada de la casa ducal:—¿No lo viste, mujé?... po jasta allí la canela y er señorío. Con un sombrero de paja y una chamarreta de sea, y un pañuelo de sea ar pescuezo, y unas tom-bagas, y una caena, y unos pinchos pa arriba en los bigotes....

—Oye, ¡miá que canasto más bonito!

—Eso será pa er costo; como que quizá vendrá de lejas tierras...

—¿Un baú con funda y paraguas líaos en un mantón?

—Oye, ¡miá que portamonea más atró! (1).

—¡Hija, viví pa vé!

Y mientras se hacían estos comentarios alrededor del coche en la puerta de la casa, Paco Góngora, entrándose por ella como trasquilado por iglesia, saludando campechano y cariñoso al señor Don Alvaro y quedándose despatarracado ante... Rufina, que se había puesto en Cascotes lo más reguapa que Paco Góngora había visto en todos los días de su

---

(1) El *cabás*.

vida. ¡Si! podía creerlo la interesada. Se había puesto más gruesa, y, sobre todo, el color. ¡Si aquello era materialmente "carmin, como sale del tubo,,! Tú, lo mismo que siempre—dijo á Justa tendiéndole la mano:—pero lo que es esta (Rufina) ¡vaya si ha aprovechado el tiempo! ¡claro! como que no habreis hecho otra cosa que comer y pasear: pues tu padre tampoco está malejo. Si señor, (á Don Alvaro) está usted hasta guapo *inclusive*. ¡Caray, caray, caray, y qué manera de "restaurarse,,!

—Oye, tú no habrás comido—le preguntó Don Alvaro, apenas se había sentado el viajero y mientras con el pañuelo se limpiaba el polvo y se enjugaba el sudor.

—Almorcé muy bien á mi hora, á las doce. Y, aunque en casa me pusieron en la fiambarrera un bocadillo, no he sentido necesidad y no lo he tomado.

—Pues anda, Justa: que le preparen algo deseguida. (A Paco.) Como no te esperábamos, hemos comido á la hora de costumbre. Pero, en fin, ya tú lo harás,

pues Justa se pinta sola para las improvisaciones.—

Y no crea el lector que decía Don Alvaro más que la purísima verdad. Y si nó, allá va la lista de lo que se le sirvió á los tres cuartos de hora al señor Don Francisco de Góngora y Pacheco.

I Sopa de yerbas (aprovechando el caldo guardado para Don Alvaro á la noche. Este tomaría leche y era lo mismo).

II Croquetas (de la carne del puchero, con sesos de macho, acabados de llegar de la carnicería, porque en Cascotes había que prevenirse con tiempo, desde el día anterior, para obtener estas frioleras).

III Pechuga de gallina, dorada. (Lo demás de la víctima había sucumbido en la comida familiar una hora antes).

IV Salmón (en conserva por supuesto), con salsa mayonesa, acabadita de hacer.

V Entremeses de jamón y encurtidos.

Vinos: Valdepeñas y Jerez (gracias á que quedaba un poco y se esperaba

que el cosario trajera nuevo repuesto).

Y finalmente, gazpacho, frutas, y flores de sartén, famosas en Cascotes.

¿Era posible más, ni más prontamente aderezado, ni con más gusto y fina voluntad?... ¡Más valiera que Rufina, en vez de poner faltas á última hora, se hubiera venido á ayudarle; y nó que la había dejado á ella sola con las criadas, como si ella (Justa) fuera la contratista!

Demás está decir que supieron de perlas á Paco Góngora las "improvisaciones," de su futura.... ¡Pero qué retreguapísima estaba Rufina!... Ya se lo había dicho tres ó cuatro veces y no se cansaba de decírselo. Sobre todo ahora, que Don Alvaro leía el correo en el patio y los tres señoritos solamente estaban en el comedor.

El café se tomó en el patio, cuyas puertas de canes, arcos de herradura, alizares de azulejos y estrellada fuente entusiasmaron á Paco Góngora. Todo era árabe de lo más puro y gracioso de línea que él había visto, aunque sobrio de detalles. Lo que es un cuadro por lo

menos hacia él del patio: ¡eso por lo menos!

Y se habló largamente de los pinares y de las puestas del sol á través de ellos.... ¿Qué Alcalá ni qué niño muerto?... había que desengañarse: para pinares, Cascotes. Figurárase Paco Góngora que los más de ellos, sobre ser seculares, estaban vírgenes de hacha todavía.... selvas americanas, ni más ni menos, eran aquellos pinares. Pues figurárase otra vez el pintor esa masa verdinegra, sobre el fondo de fuego y de grana y de lila y de verde del cielo á la puesta del sol, dibujando sus troncos verticales y sus ramas retorcidas, y... en todo lo que Justa no podía explicar, porque aquello era sólo para visto y no para contado.

Pues ¿y los álamos blancos del arroyo, enlazados por silvestres parrones, como los de la oda del Lírico latino? Esto, lo del recuerdo de la oda, no lo dijo Rufina, lo digo yo, y perdónenme los lectores que haya metido mi cuarto á espadas.

Pues ¿y la zua?... ¿Y el molino? ¿Y lo que no se podía pintar de ninguna manera, ó sea los mimbrales "por dentro," macizados de mastranzos, "campanilleras," blancas, espadañas, junqueras y tantísima yerba bonita y que olía á gloria?

Y Rufina tomó la palabra para ponderar lo rico de la leche, y lo aromático de los melocotones, y lo expresivo y dardivoso de la gente del pueblo, y lo insoportable de las Carpantas (Paco Góngora, al conocer el mote y su porqué, se rió á mandíbula batiente), y la genial elocuencia de Don Roque, y lo galante que estaba siempre *con las dos* Don Bartolomé... (Justa fué á hablar de la *armófera* de Rufina, pero una mirada de ésta la contuvo), y lo simpático de la Médica... En fin, que se habló de todo lo hablable, hasta que sonaron las once en el reloj de la Iglesia.

Don Alvaro, que había hablado muy poco, hubo de decir á su futuro yerno:

—Oye, Paco: creo que no tengo que decirte con cuánto gusto te hospedaría

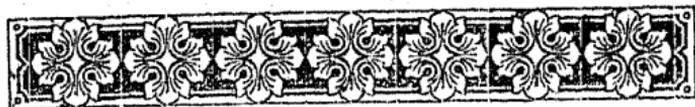
en mi casa, porque lo supondrás. Pero como al fin y al cabo eres en esta casa... lo que eres, paréceme lo mejor y más acertado que te vayas á dormir á una casa de huéspedes que aquí hay y cuya dueña me parece una buena mujer por lo servicial y hacendosa, aunque un tantico entrometida. La Calandria, como aquí le dicen, ¿no os parece, niñas?

—Por supuesto,—contestó Paco Góngora—comprendido y aceptado. Que se llegue Manuel á casa de esa señora para que me espere, y...

—Pero mira que á comer te quedarás siempre con nosotros...

—Pues no faltaba más: ya lo creo que sí, con mil amores.—

Se llamó al criado, se envió de embajador á la Calandria, volvió á decir que cuando gustára el señorito, y éste se despidió con un—hasta mañana—general, un apretón de manos por cabeza y una mirada á Rufina que podía pasar por un requiebro. Tal, por lo menos, pareció á la agraciada.



## XV

En que se hacen comentarios por unos  
y se tira de la manta por otros

La noticia de la llegada de Paco Gón-  
gora corrió por todo Cascotes con la  
velocidad con que corre la llama por  
los rastrojos, excitando la curiosidad de  
todos y de cada uno, desde el más chico  
al más alto, y provocando al otro día  
diálogos al tenor del siguiente:

—Nó: po de la familia no debe de sé.

—¿Por qué?

—Porque entonce no tendría la queá  
en cá la Calandria.

—Po será novio.

—La cosa es que no sabe de cuál de

las dos, porque las mozas de la casa no dicen ná aunque las ajorquen: ¡gente más reservá!...

—Po hija, eso sarta á la cara; y á poco que escurque una....

—Lo más particulá es que esta mañana pasaron por aquí pa los pinales y iba er con la rubia, jecho unas mieles; y á la güerta venía al lao de la otra, jechito una armiba.

—Por ello se ha 'e sabé ó poco himos 'e vivi.

—Sí; pero que mientras no se sabe, tiene una ese quebraero 'e cabeza, vamos ar deci.

—¿Y la Calandria? ¿tampoco sabrá ná?

—Sabé, sabe esa más que las once mir vígenes; ahora, si ha barruntao que no quieen que se sepa, cuarquiá le saca la palabra 'er cuerpo.

—Y á to esto ¿onde vas?

—¿No lo ves? á la carnicería por unos revortillos pa la olla.

—Miá mujé: te vi á dá mi esportilla y y me los traes á mí tamié.

. . . . .

—¿Y er dinero?

—¡Ay, verdá! espérate que vy ar pico er corchón y te lo traio en seguía (.....) Toma: una perra gorda y otra chica, cinco cuarto: A vé, mujé, si te quié da la media ocena.

—Adios y pa servirte.

—Adios y perdona.—

A quien no se le pegaba la ropa al cuerpo desde la aparición en Cascotes de Paco Góngora, era el perínclito Don Bartolomé del Cerro y del Trillo; pues, aunque se miraba y se remiraba á través de la poderosa lente de su nó escaso amor propio, comparado con su rival, si lo era, se encontraba poca cosa para luchar con él sin ser desbancado á las primeras de cambio. ¡Cuidado con la manera de llevar el bastón y de jugar con él, de abanicarse con el sombrero de paja, de meterse los dedos pulgares en los *brajones* del chaleco y de teclear con los restantes en la pechera del camión! ¡y qué pechera! ¡si *pareía de porselana!*... Pues ¿y las botas?... tan largas. tan estrechas, tan flexibles, tan *relusientes*... y

nó las que se *hasian* en Cascotes, tan cortas, tan redondas tan rígidas y tan mates que *parecian pesuñas*... Y tocante á buen *moso*, vaya si era buen *moso* el *huésped* de don Alvaro! ¡Cuidado que á él (Don Bartolomé) no le gustaban los hombres, ni aquel era el camino; pero eso no obstaba á que éste le pareciera un hombre guapo, y más que guapo, elegante y fino y distinguido y "crema," á carta cabal. ¿Y á cual de las dos *quedria*?... si era á la rubia... pasára: ahora, si era á la trigueña, á *la* Rufina... pues *entonces*, estaba fresco (Don Bartolomé, se entendía). Nada: que era menester á todo *transe* habérselas con la Calandria nuevamente, á ver si ésta, que era astuta como un demonio, le había metido los dedos al recién llegado y héchole "cantar." Nada; que no había más remedio: y, como sus piés no habían ido á ningún viaje, cátales, lector amigo, echarse á la calle Real, pasar por delante de la casa de las Carpantas sin mirar siquiera ¡ingrato!, colarse en la de la alcahueta y sostener con ella este diálogo, con la ra-



biosa fiebre con que interrogaba á Yago el Moro de Venecia.

—Bueno: ¿y qué? ¿se sabe ya á cuál de las dos quiere ese hombre?

—¡Er durcísimo nombre de Jesú, y cómo viene hoy esta criatura!...

—Déjate de *esclamaciones* que á nada *condusen* y responde en concreto.

—¿En qué?

—En concreto.

—¿Y eso qué es?

—¡Lo que debias saber desde que *nasiste*, animal!

—Miá, Bartolo, que te pones mu súpito y mu insurtante, y ese no es móo ni manera de peí favores. ¿Estás? ¡Recontra, con la gente!...—

Don Otelo, (quiero decir) Don Bartolo lo comprendió; y deponiendo sus iras, preguntó con más calma:

—Pero ¿de verdad no has averiguado á cuál de las dos quiere?

—Por esta santa crú, que no se ná: ¿qué he de sabé si vino aneche mu cerquita de las doce y se acostó ensegufá? Sólo me preguntó que si había chinches.

¡Miá tú! ¡chinchas en mi casa, que está tó como los chorros 'el oro! Se alevantó á eso de las siete y cogió er portante: y esta es la hora en que no sé de él ni pelo ni güeso. Er gallego que tienen en la casa fué er que vino á encargarme que le preparára la dormía, porque á comé se quearía allí, y aquí pá y despué gloria, y que mal rayo me parta si sé más.

—O lo que es lo mismo: que no sabes nada.

—¡Cabalito, amén Jesús!

—Pues eso era menester averiguarlo.

—Tú dirás.

—Nó: quien tiene que *desirlo* eres tú.

—De más sabe tú que pa jacé un favó me encuentra to er que me busca. ¿Lo quiés más claro?... Güeno: yo veré cómo le meto los deos y le jago sortá er chorro: ¿pueo jacé más por un amigo como tú, porque demás sabes tú y toa tu gente que siempre los he querido á tos ustés, con interés y sin interés, porque esas cosas no se puén remediá?

—Bueno: á ver si mañana tienes algo agradable que *desirme*.

—¡Anjolá, hijo, anjolá!—

Pero lo más peregrino del caso es que ni el mismo interesado, ó sea Paco Góngora, sabía á punto fijo cuál era á la sazón su novia de verdad.

Antes de venir á Coscotes, lo era Justa, y á verla había venido. Pero se había encontrado á Rufina tan estrepitosamente guapa, que el papel de Justa, sin bajar un céntimo, no había sido parte á evitar que el de Rufina subiera hasta dejárselo muy por debajo. Le estaba acaeciéndolo á Paco Góngora, en los presentes días, lo que ya dijimos en otra página á propósito de la cláusula de Selgas. Ahora se le venía Rufina á primer término, quedando en lontananza y esfumada Justa.

Verdad es que nunca había estado Rufina tan insinuante con él, ni, al parecer, tan enamorada; porque, así como en Sevilla se acomodaba á su papel de cuñadita sin salirse de él, ahora, en Cascotes, decía á lo mejor unas cosas... que, ó él no entendía jota de amoríos, ó aquello era dejar á Justa el papel de cuñada ó

característica, para desempeñar ella, Rufina, y maravillosamente por cierto, el de primera dama.

Hay que tener en cuenta que no era de Rufina toda la culpa: pues él también la miraba de una manera, y le decía cada terneza, que era menester que la muchacha fuera de palo para que no "lo recogiera."

Como por uno de los pasados diálogos hemos sabido, el galán nace, nó *ad utrumque*, sino *ad utramque* en el paseo; pues, si va para allá con Justa hecho unas mieles, vuelve para acá con Rufina, hecho un almibar. ¿Habrás visto el coquetón de todos los demonios?...

Don Alvaro, ó porque en su honradez cree al galán tan honrado y caballero como lo es él mismo, ó porque le parece muy triste que "la pobre Rufina," tenga todo el día de Dios "el gorro," encasquetado, ve con los mejores ojos que el pintor vaya y venga, departiendo por igual con una y con otra; y Justa, porque en su honradez cree á su hermana tan buena, por lo menos como ella, y porque, lo

que ella dice: ¿porqué no han de quererse como hermanos? ¿no van á serlo el día de mañana, aunque políticos?... lo cierto de ello es, lector hermano mío, que, prevalidos de la benevolencia de Don Alvaro y Justa, el par de culebrones se daban cada pechada de "jarabe de pico," que cantaba el credo.

Sin embargo, en tres ó cuatro días de paseo matutino y vespertino que llevaban, todavía no había habido entre ellos el menor desliz; no digo ya en cierta clase de cosas, pero ni siquiera lo que se llama una "explicación," de lo que entre ellos "había," si es que había algo.

Por fin una mañana al volver de los pinares y mientras Paco Góngora defendía á Rufina con la sombrilla de los rayos del sol que empezaba á picar, dijo el galán á la dama en tono chancero:

—Conque vamos, mujer, que sea enhorabuena. Me ha estado contando Justa la *armófera* tan ventajosa que se te ha levantado, y, la verdad, me alegro. No creí que fueras tan reservada conmigo.

—Lo que es verdad—respondió sulfu-

rada la cuñadita de Paco Góngora—es que se va poniendo mi hermana muy majadera con tanta *armófera*, y va empezando á cargarme ya.

—Pues mira, hija, perdóname, si inconscientemente te he molestado; pero...

—Nó: tú no me molestas nunca. Quien me molesta es ella, que no sabe cuándo cansa.

—¿Y qué tiene de particular que dos hermanas bromeen con motivo ó sin él?

—Pues tiene, y mucho; sobre todo, cuando se sabe que se molesta.

—Anda y no seas *picona*, que la cosa no lo merece.

—¿Conque no lo merece, verdad? ¡Qué inocentito eres... ó qué inocentito te haces!...

—No comprendo.

—¿No comprendes? Pues mira: cuando se está desimpresionada, ciertas bromas ni gustan ni molestan: cuando se tienen ideas.... preconcebidas, créete: ciertas bromas molestan mucho.

—Luego no estás desimpresionada, como tú dices.

—Nó: no lo estoy: ¡ojalá lo estuviera!

—Luego ese hombre no te es indiferente.

—Nó: no me es indiferente: aborrecible.

—Pues entonces ¿qué ideas preconcebidas son esas que tú tienes?—Y la voz de Paco Góngora tartamudeó y Rufina se puso colorada como un pavo.

—Ninguna—contestó secamente la interpelada, y se puso más colorada todavía.

Por la mente de Paco Góngora pasó en aquel momento un tropel de ideas “preconcebidas,” y, dispuesto á sondear de una vez el corazón de su cuñadita, se atrevió á decirle, subrayando de modo marcadísimo ciertas palabras:

—De más *sabía yo* que no es el hombre, que Justa me ha pintado, *el hombre...* ¡vamos! *tuyo*.

—¡Ni mucho menos!—Respondió Rufina. Y, al querer enderezar la sombrilla que llevaba Paco Góngora, como su mano rozara con la del galán, la retiró bruscamente.

Esta misma brusquedad y prontitud fué para hombre tan largo, como lo era Paco, un libro abierto, en que leyó de una sola ojeada cuanto quería saber. Se hizo sin embargo el *alipendi*; y, acordándose del amor criminal de Paolo y Francesca... porque sí; porque se le vino á la memoria el incestuoso grupo, prosiguió en su resbaladizo interrogatorio:

—¿Pero es que tú lo tienes... (no sé cómo decírtelo)... preconcebido?

—Creo que no habrá ninguna mujer que no lo tenga.

—Lo cual es lo mismo que decir que en efecto lo tienes ¿no es verdad?—

Y Rufina no respondió.

—¿Y se podrá saber—insistió el tentador—quién es el mortal bienhadado?—

Y Rufina lo miró furtivamente. ¿Eran lágrimas lo que brillantaba los ojos de la joven en aquel momento? ¡Como los bajó tan pronto!...

Paco Góngora en tono fúnebre:

—Créeme, Rufina: la muerte sería para mí la solución de un gran problema.

—¡Nó por Dios! ¡Antes todo, que morirte tú!—

Amago de apoplegia de placer en Paco Góngora.

—Sí, Rufina de mi alma:—Ahora es la trigueña la amenazada de la misma enfermedad—no lo dudes: sólo la muerte solucionaría mi problema. Me he metido por mi gusto en un atolladero del que me es imposible salir, porque sólo intentarlo sería cerrar la puerta del paraíso que ambiciono. Más claro, Rufina mía, por si esta es la última vez que podemos hablarnos: quiero á Justa, como se puede querer á una hermana, pero ¡ay! idolatrar, te idolatro á tí. Hacer una huida de ella, sería ni más ni menos que separarme de tí para siempre, y no tengo valor, y.... ¡me he persuadido de ello, aunque tarde! casarme con ella viéndote á tí, sería estar á las puertas de la gloria y sin poder entrar. Nunca te lo había dicho ni pensaba decírtelo; pero se me ha venido á los labios, y no he sido tan héroe, que haya podido resistir al placer que me causa decírtelo...

¡Que los hombres no nazcan dos veces!...—

Y llegaron á la ermita de la Virgen del Monte. Y, aunque Rufina tiene las mismas ganas de entrar que de sacarse una muela, entra sin embargo. Paco Góngora le ofrece el agua bendita. Ella hace como que no se dá cuenta y la toma de la pila con sus propios dedos, por parecerle tomarla del galán una cosa.... así como sacrilega. Tras ellos entran Don Alvaro y Justa y los cuatro se arrojan delante del altar: los dos últimos, á rezar una salve, como de costumbre. Los dos primeros.... ¡buenos estaban ellos para salves!





## XVI

En que, por haber tirado de la manta,  
se tiran planes

Vayan con Dios todas las ollas de grillos habidas y por haber, comparadas con la cabeza de Rufina en la noche de aquel día verdaderamente memorable.

¡Lo mismísimo que ella se figuraba! que Paco Góngora no tenía más remedio que quererla, y que la quería. ¡Si se le estaba conociendo á la legua! ¿Y á ella? ¿se le conocería también?... Sólo de imaginarlo se ponía como la grana.

Pues nada: á pensar un poco y á tirar planes "por lo que pudiera ocurrir."

Y lo primero que se le vino á las mientes fué Don Alvaro. Primer escollo con-

tra el que se estrellarían de seguro todas las tentativas de arreglo entre los dos. ¿Qué había de consentir Don Alvaro que ella entrara en relaciones con el que para ello tenía que comenzar por dejar plantada á Justa, y á la luna de Valencia? Lo que le había dicho el galán de vuelta de los pinares: que intentar salir del atolladero en que se había metido era cerrarse á sí mismo la puerta del paraíso que ambicionaba.... ¡Qué bien dicho! ¿verdad?...

Pues bien que podía haberlo pensado antes, y no haberse precipitado pretendiendo á Justa. ¡A bien ella no le había dado á entender muchas veces que estaba más que dispuesta á lo que se terciara!... ¿Qué más podía haber hecho una señorita que se estimara en algo?... ¿Se le iba á meter por los ojos y á decirselo ella misma por lo claro? ¿Pero él, ciego (porque ciego era menester haber estado para no caer en la cuenta) ó no había parado mientes ó ¿qué sabía ella? lo cierto era que se había dirigido á Justa, y que para ella no había quedado

otro papel que el desairadísimo de segunda, de cuñadita...

Y ¡fuéramos á ver! Ahora que se habían trocado los papeles ¿debería ella sacrificarse "en tonto," é inmolar su razón en aras de la felicidad de su hermana? La caridad bien ordenada empezaba por una misma, y, así como su hermana, sin acordarse de ella, lo aceptó cuando él se le vino á la mano, así debía ella aceptarlo ahora que se le entraba por sus puertas, dejándose de "quijotadas ridículas, que á nada conducían..."

Bueno: todo esto estaba muy bien. Pero ¿y Don Alvaro? ¡Cómo había de consentirlo?... Primero consentiría que le cortáran la cabeza. ¡Y que no predicaba mucho la generosidad, y no declamaba nada, que dijéramos, contra el egoísmo!... ¡Por vida del egoísmo, y qué hartita estaba ella de sermones sobre él!...

¡Y era natural!... ¡como Justa había sido siempre el ojito derecho de su padre. ¡Bueno! pues que se quedára con ella, con Justa; que ella, Rufina, tenía bastante con que su Paco Góngora la

quisiera, como la estaba queriendo.

Conque nada; á poner la cosa en mano de San Antonio... ¡Nó, de San Antonio, nó! porque San Antonio no iba á hacer una cosa así con Justa que era tan buena... ¿Entonces?... Bueno: á dejarlo ello solo, y... no meterse por los ojos de Paco Góngora, ni hacer nada indigno de una señorita: pero, si él insistía... pues dejarse correr y que saliera el sol por Antequera.

¡Pero... Don Alvaro!... Pero... ¡en resumidas cuentas: que las cosas que á ella le pasaban no le pasaban á nadie, ¡ni á los perros! y que el berengenal en que se había metido tenía tres pares de perrendengues!

¿Qué pensaba entretanto Paco Góngora? Entrémonos, lector amigo, si te parece, en su mismísimo cerebro, ya que tanto el novelista, como sus lectores, tienen la "llave del sacristán," para entrar y salir por donde les dé la realísima gana.

Peliaguda por demás era su situación en aquellos momentos, y capaz de poner

en un brete y de tener en vilo al más pintado. Por lo tanto, reflexionáramos, para proceder con pié de plomo.

¿A cuál de las dos mellizas quería él más?... Como querer, lo que se llamaba querer... á ninguna. ¡Querer... querer! Eso no existía más que en las novelas. El, por lo menos, nunca, en toda su vida, había querido á nadie. Eso no era ni más ni menos que idealismos convencionales, y él, en pintura como en todo, no era más que realista; esa era su escuela: la verdad, pero escueta, monda y lironda.

¿Gustarle?... ya eso era otra cosa muy distinta; y como gustarle, las dos le gustaban mucho y le habían gustado siempre, desde que eran tamañitas así. Pero como puede gustar (guardando sin embargo la debida proporción entre una cosa y una mujer), un cobre repujado, una imaginería del siglo XVI, un contador vargueño, un vaso etrusco, una miniatura gótica, un esmalte rococó... una cosa bonita y agradable que se puede adquirir para gozarla y que se adque-

re, y que se goza .. ¡Porque mirásemos que Justa era monísima! ¡Si parecía enteramente una santita de Juan Sánchez de Castro, ó de Alejo Fernández!... ¿Pues y la otra?... ¡una dama de Rubens "con pátina...!" ¡Lo que él se había dicho sinnúmero de veces y estaría diciéndose por los siglos de los siglos! que las dos le gustaban retemuchísimo.

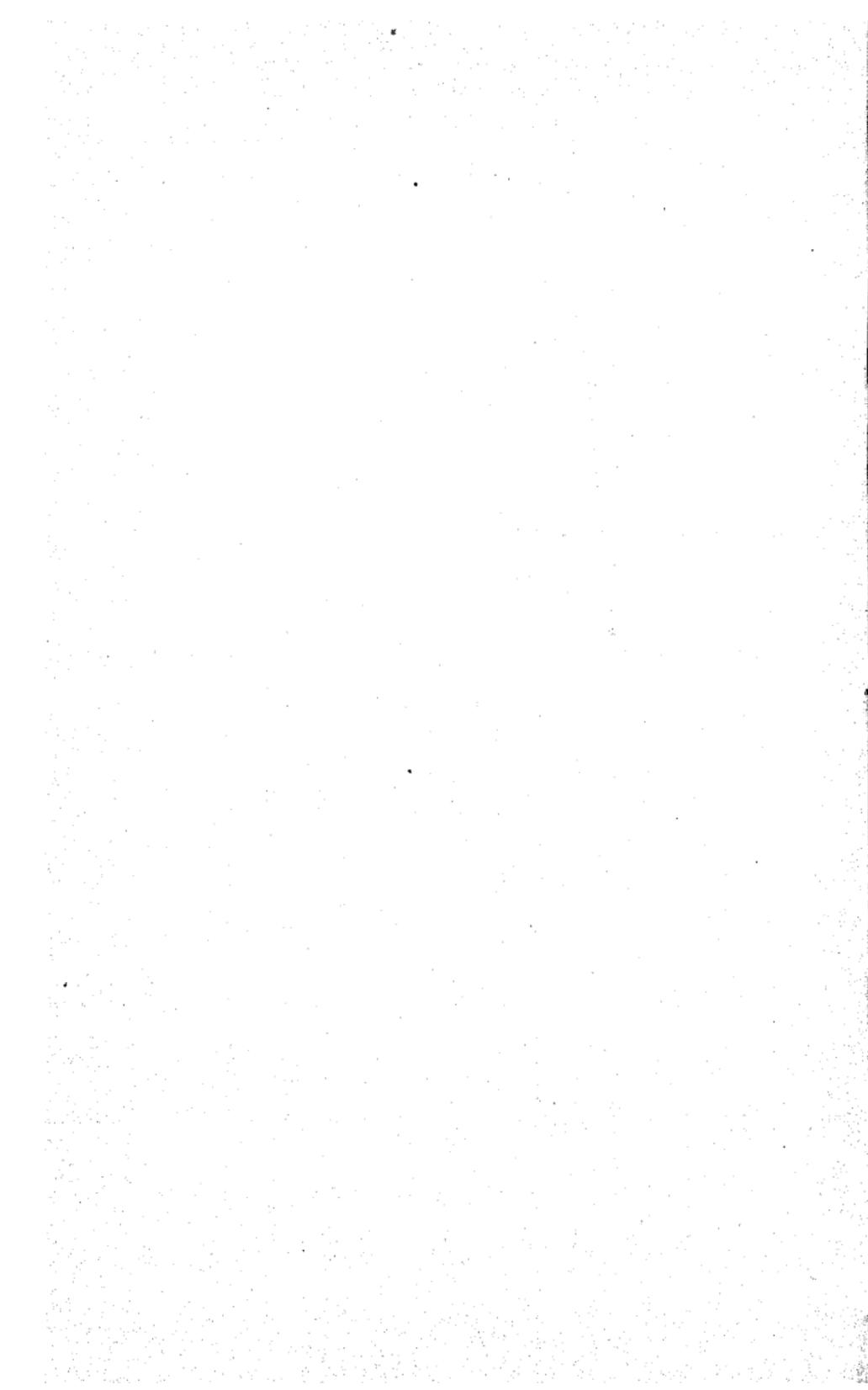
Bueno: para casarse, ¿cuál de las dos?... ¡Claro estaba que Justa! ¡pues nó que nó! ¡Buena diferencia había de una á otra! Pero.... como él no pensaba por entonces, ni había pensado nunca "semejante barbaridad," ni pensaría en ello en toda su vida "mientras estuviese en sus cabales," la santita de rubios cabellos estaba tan de más para él "en cuanto hombre," como todas las que los artistas del Norte y los patriarcas de la escuela Sevillana legaron á los siglos con sus nimbos de pedrería, sus místicas actitudes y sus fondos de oro. Para casarse, Justa desde luego. ¡Con los ojos cerrados!

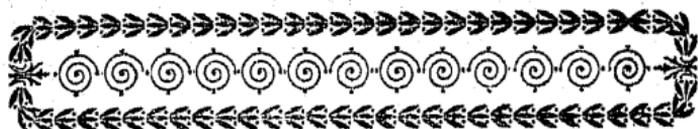
Pero.... como él andaba á caza de

cosa muy distinta, y la Dama de Rubens, Rufina, sobre ser de "primera..." Oye, lector amigo, me da miedo del giro que van tomando las ideas de este cerebro.... ¿Te parece que nos vayamos? ¡Anda, sí, vámonos! Somos harto honrados nosotros, para poder avenirnos con tan infame y canallesco modo de discurrir.

Ya te lo dije á los comienzos de este libro y tú no paraste mientes en ello: ¡Paco Góngora no tiene corazón!







## XVII

### En que se hace por cobrar el piso á Paco Góngora

—Buenos días, Cármen.

—Ven con Dios, mi arma.

—¿Sabes ya algo por fin?

—Ni tanto asina—y la Calandria unió las uñas de los dedos pulgar é índice de la mano derecha.

—¡Por vida de!...—Respondió Don Bartolo contrariado:—¿Y no habrá modo de que te enteres? Porque tanta reserva va ya picando en historia.

—Y si no para en casa, ¿qué le jago? Figúrate que van ya dos noches que no viene á dormí. A eso de las cuatro de la madrugada es cuando viene, y pa eso

se acuesta en cuanto llega. Se levanta á las siete y se naja ensegua. Güerve á las tres ó las cuatro de la tarde á escabezá er sueño, y güerve á salí pitando en cuanto se espabila: dos días lleva ya con ese tejemaneje. Lo peó es que no come aquí: que si comiera, ya yo le sacaría jasta los jígaos, mientras le andaba ar reó.

—Pero ¿qué es lo que *hase* de noche?

—¡Po pelá la pava, que se las pela!  
¡Miá que eso tiene mucho que sabé!

—Pero ¿con quién?

—Po, hijo, con su novia, por una de las ventanas de la casa 'er Duque. ¡Tienes unas preguntas!...

—¿Y tú lo has visto?

—Po nó que nó. ¿No sabes tú que yo soy como el ojo 'e Dió que tó lo ve?

—¿Y de verdad que no sabes con cuál de ellas?

—¡Hijo! pero qué retetestarúo te pones: ¿no te he dicho que nó una y mir veces?... ¡Miá, Bartolo! ¿por qué no jaces una cosa?

—¿Cuál?

—Dí tú con otros pocos á cobrarle er piso y meté el ojo.

—¡*Carmensilla*, has dado el gran golpe!

—¡Po ya lo creo que sí! Dejarse dí por la calle Reá pa abajo como quien no quié la cosa. Llegá junto á la ventana como pa peirle candela, y... ¡guipá, hijo, guipá! que paece que estás en Gilena de güerta de Belén: no creas, yo tamién tengo ganas de salí 'e duas de una vez.—

Y cuando hubieron sonado las doce de la noche en el reloj de la Iglesia y las puertas de las casas del pueblo se hubieron ido cerrando unas tras otras, Don Bartolomé, que estaba en su despacho del ayuntamiento, llamó al alguacil que fumaba en la puerta con los *caniculares* (así se llamaban los dos municipales que había en Cascotes) y mandándole conducir á su presencia los dos empleados aludidos, dijoles, cuando estaban los tres, gorra en mano, delante de su bufete.

—No tengo chispa de sueño esta noche y quisiera que echáramos una cana al aire.—

Movimiento de sorpresa en los subalternos que jamás han merecido de Don Bartolo otra cosa, que miradas de soslayo y apóstrofes de cuartel.

—Pues sí—siguió diciendo el Secretario de la localidad:—he pensado que vamos á cobrarle el piso á ese forastero que está parando en casa de la Calandria y que *disen* que es novio de una de las de la casa del Duque. Conque vámonos los cuatro en amor y compañía, y á hacerle que nos pague el arrimo.—

Y salieron los cuatro, si nó en amor, en compañía por lo menos. Don Bartolo y un canicular, delante, y otro canicular con el alguacil, tres pasos á la zaga, deshaciendo y rehaciendo el pitillo que Don Bartolomé había dado á cada uno, encargándoles que no lo encendieran, hasta haberse confrontado con el forastero, pues por ahí precisamente había de empezar la conversación con él.

Siguieron, pues, calle Real abajo, haciendo por hacer el menos ruido posible por temor de espaventar al forastero, que efectivamente se hallaba á la venta-

na, y tan adherido á los hierros, como la enredadera de la cercana tapia á la reja que circuía el jardín de la casa ducal; pero tan abstraído en lo que tenía entre manos, que no se dió cuenta de la emboscada, hasta que Don Bartolomé, deteniéndose y dándole una palmadita en el hombro, le dijo así:

—Amiguito: ¿me *hase* usted el favor de darme candela?—

La mujer que con Paco Góngora departía, se ha escondido detrás de la ventana, al llegar Don Bartolo. Paco Góngora se ha vuelto sorprendido y un si no es contrariado, y ha dicho con nó poca acritud:

—Dispéñseme, caballero, que no pueda servirle: no fumo.

—Bueno: no hay que dispensar. Pero, ya que no puede darnos candela, porque no fuma, ¿*quedrá* usted venirse con nosotros á darnos un vaso de vino á la salud de esa señora, que bien lo *merese*?

—Darles el vino, sí: írme con ustedes, nó.

—¡Es que nosotros no *nesesitamos*, á

Dios *gracias*, que usted nos de una *limor-na* para beber un trago, y, si queríamos que usted nos acompañara era para echar un rato de broma entre amigos...

—Ni usted me ha hablado á mí hasta ahora, ni yo he tenido el honor de hablar á usted hasta este momento. Mal podemos ser amigos, sin habernos visto en la vida: ¡digo yo!... Y, como usted comprenderá, eso de echar un rato de broma debe ser entre amigos, y con humor y ganas de bromear; y ni somos amigos ni yo las tengo.

—¿De modo que...

—Pues muy sencillo; que pongo á la disposición de ustedes... veinticinco pesetas para que se conviden en mi nombre: pero que por ahora no pienso moverme de esta ventana.—

Y les volvió las espaldas muy tranquilamente.

—*Gracias* por el *ofresimiento*, caballero,—contestó Don Bartolo, despechado: —se *agradese* la *finesa*.

—No hay por qué—balbució Paco Góngora.

—A los piés de usted, señorita, se atrevió á insistir Don Bartolo, arrimando á las celosías la cabeza y haciendo por meter el ojo, sin conseguir ver jota. Y, como la tapada no dijera “esta boca es mía,”—vayan ustedes con Dios—respondió el paisajista.

Y los exploradores se alejaron, calle Real arriba, hasta la casa de Don Bartolo, que se despidió de los restantes con las más lacónicas buenas noches que se han dado en el mundo, pues apenas, apenas, si dijo ¡oches!, y la mujer de la casa del Duque salió de su escondite y tornó á tomar asiento en el alfeizar de la ventana.

—¿Te parece qué compromiso?—le dijo al galán—¡Mañana ya se sabe por todo el pueblo!

—¿Y á nosotros, qué?

—Por el pueblo, nada: por papá y Justa, figúrate....

—Pues hija; ó ahora, ó nunca.

—¡Ay Paco!... ¡me dá tanto miedo!

—¿Miedo, conmigo?—

Y siguieron unos minutos de silencio.

—¿Conque al fin no te atreves?— insistió Paco Góngora.

Y sonó la campanada de la una.

—¡Digo!... ¡la una!— prosigió el galán;—Lo que necesitamos para llegar á la estación. ¿Qué dices?... ¡ó ahora, ó nunca!...—

Y, tras breves momentos, se entreabrió la puerta de la casa del Duque y salió una mujer. Paco Góngora le dió el brazo y empezaron á andar, camino de la estación del pueblo más cercano; pues Cascotes, ni la tenía por entonces, ni la tiene todavía.





## XVIII

### Consecuencias de un mal paso

Justa se levantó aquella mañana, á la hora de siempre, desde que veraneaban en Cascotes: á las seis, minutos más, minutos menos. Y, como Rufina era tan redormilona, sobre todo desde hacia dos mañanas, que costaba la misma vida hacerla levantarse, se fué desde su alcoba, despeinada y á medio vestir, á despertarla. ¡Cuál no sería su sorpresa, al ver hecha la cama; el tocador, en orden, y todo, pulcro, limpio é intacto, que no había más que ver!... ¡El diantre de la chiquilla, y qué tem-

prano habia dejado las ociosas plumas!

Y, como Rufina andaría por el jardín, ó por el palomar, ó por el gallinero, Justa se fué á peinarse y á acabar de vestirse, para el paseo de la mañana.

Pero dieron las siete y media, y ni Rufina sonaba por la casa, ni Paco Góngora habia venido como de costumbre para ir á los pinares. Don Alvaro estaría ya impaciente, y era preciso ir á verlo y á preguntarle qué se hacía.

—¿Y tu hermana?

—No sé: desde poco después de las seis andará por los corrales, porque á esa hora estuve yo en su cuarto y....

—Es que dice Manuel que no la ha visto.

—Habrá ido quizás á confesar.

—Sí: pero bien pudo haberlo dicho antes de irse, sabiendo que no me gustan las señoritas solas por las calles, como vacas sin campanilla... ¿Y Paco? ¿Está ya ahí?

—Nó, papá: no ha venido.

—¿Manuel?

—¿Qué manda Vucencia?

—Llégate á casa del señorito, y dile que le estamos aguardando.—

. . . . .  
—Dice la pupilera que el señorito no ha dormido allí.—

Y haciendo una reverencia, se alejó Manuel.

Don Alvaro y Justa se miraron sin pronunciar palabra.

Pero pasó media hora y otra media, sin que Don Alvaro hiciera otra cosa que morderse la perilla y mirar las baldosas del pavimento con mirada de estúpido, mientras Justa, nó menos ensimismada que su padre, se apoyaba en el palo de la sombrilla, jugando maquinalmente con los encajes de la chorrera.

¿Qué pasaba entretanto por la mente de uno y de otra?... Algo muy parecido. Tan parecido, que era la misma idea; pero les daba horror confiársela mutuamente, y por eso callaban y ni á mirarse se atrevían.

La escena era imposible de continuar, y Justa quiso ponerle término.

--¡Manuel!—se puso á llamar con voz insegura—¡Vaya usted á la iglesia y dígame á la señorita que la aguardamos.—

. . . . .  
—La señorita no está en la iglesia y dice el sacristán que no ha estado allí en toda la mañana.—

Y con nueva reverencia se alejó el gallego.

Don Alvaro no pudo más. Y, exhalando un suspiro, de esos que, no cabiendo por la garganta, la lastiman, se llevó las manos á la frente y rompió á llorar como un chiquillo.

—¡Papá, por Dios, no llores! ¡Que yo no te vea llorar—decía Justa, colgándosele al cuello y llorando ella misma, como si le estuvieran dilacerando las entrañas:—¡No llores, papaito! ¡Si ya vendrá!... ¡Cuidado con la chiquilla, qué distraída es! Se habrá ido con la Médica al melonar y por eso tarda. ¡No te apures, papá! ¡Por Dios y por su Madre, no me llores, papá.

—¡Un caballo! ¡Deseguida un caballo!

¡Manuel!—gritaba el pobre padre, andando por la habitación sin tino, como si se asfixiara de dolor, cuando no se movía—¡Anda! ¡á ensillar lo volando!... ¡La escopeta! ¿Dónde está la escopeta?...

—¡Por Dios, papá, por Dios!... ¡Por la Virgen Santísima de los Dolores ¿á dónde vas tú? ¡Nó! ¡tú no te vas de aquí!... ¡No ensille usted, Manuel! ¿Quién sabe ya donde *estarán!*...

—¡Verdad, hija mía, verdad! ¡Sabe Dios dónde *estarán!*—y, pasando de la crispación al desaliento, con esa rapidez con que se pasa en la locura de un sentimiento á otro, se desplomó el pobre viejo sobre la cama, comprimiendo los convulsos quejidos que brotaban de su pecho como aguas de una catarata de dolor, y devorando una pena tan.... sin epíteto, como si la arrancáran á la vez la honra y las entrañas, la vida y el alma.... la hija de su amor.

Así pasaron las horas de aquel día fatal, hasta las cinco de la tarde, en que el Párroco de Cascotes, sabedor de todo lo acaecido, porque ya se sabía por

todo el pueblo con todos sus pelos y señales, entró en la casa del Duque, preguntó por Don Alvaro y se detuvo en la puerta de la alcoba.

—¿Se puede pasar?—preguntó dispuesto á ello. Y, como Don Alvaro y Justa por toda respuesta rompieran á llorar de nuevo, como si en aquel mismo instante comenzára su dolor, se acercó al lecho en que aquél yacía, nó sin sentir el bueno del Cura que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

Con el amor con que hubiera podido hacerlo una madre, le puso la mano en la frente que echaba fuego, y comenzó á decir:

—Pero, señor ¿por qué no se ha acostado usted, si tiene calentura?... Pues no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano. ¡Y que es menuda en gracia de Dios!... ¡Manuell ¡ven acá!... Haga usted el favor de salirse, señorita.... Anda, vamos á desnudarlo.... ¡Que sí señor, que está usted enfermo, y los enfermos, á la cama! ¡Pues no faltaba más!... Cuelga ahí esa chaqueta.... To-

ma ese chaleco.... Cuidadito con el reloj.... Anda, tira de los pernils.... ¡Ajajá!... ¡Nó! los calcetines, déjaselos, para que le llamen algún calor.... Pero, señor, no sea usted así, déjese usted querer.... Tráete otro cobertor, que uno no es nada. Y á todo esto ¿qué se ha tomado hoy?... ¡Eso es!... ¡lo mismísimo que yo me figuraba!... ¡Anda, y tráete un caldo!... ¡Por vida de los hombres con bigotes, que parecen este mundo y el otro y luego no son nadie!... En fin, ¿qué vamos á hacerle?... ¡Llore usted y desahóguese!... ¡Sí, llore usted, que Jesucristo también lloró y era hijo de mejores padres!... Entre usted ya, señorita, y á animar á este hombre, y á que tome siquiera un sorbo de caldo.... ¿Y al Médico, no se le ha avisado?... pero ¿por qué?... Enfríelo usted un poco, señorita.... y tú, á casa de Don Rafael, y que venga en un salto.... Tráete de camino un real de mostaza.... Pero ¿usted, angelito de Dios, tampoco ha tomado nada?... A ver el pulso.... Como el de un conejo.... ¡Claro! en ayunas á las

seis de la tarde.... ¡Muchacha! ¡un candiel para la señorita!... ¡Gracias á que me dió la humorada de venir, si nó!... ¡Ande usted con él, Don Alvaro, por el amor de Dios!... ¡Siquiera porque este ángel se lo ha enfriado!—Otro buche, que eso no es nada.... ¡Arriba.... arriba!... ¡Bien por los caballeros complacientes y los enfermos aseados!... ¡Así me gustan á mí las personas!... Ahora usted.... ¡Vaya si lo tomará usted! ¡Y tres más!... ¿De modo que Don Alvaro es quien tiene que hacer aquí todos los sacrificios, verdad?... No te lo lloves, tráelo.... Conque vamos á ver.... Déjese usted de melindres, y al coeto.... Vamos con ese poquillo.... ¡Ajajá!... ¡Tuviere que ver!... ¡descuidarse de ese modo!... ¡Nada, ancho pecho y que sea lo que Dios quiera!... ¡así en la tierra, como en el cielo!... ¡Pues no que nó!... Pero usted, señorita, ahora que estoy yo aquí ¿por qué no se retira á descansar un poco?... ¡Ande usted, criatura de Dios, que yo me quedo acompañándolo y no echará de menos la falta de usted!...

¡Bueno, pues quédese; que á mí no me estorba y sólo se lo decía por su bien!—

En esto llegó el Médico, con cara más de muerto que de otra cosa, pues la noticia del “chasco,” lo había atontolinado. Llegó, pulsó al paciente y, como lo anormal de la circulación le diera mala espina, quiso reconocerle el pecho. Por la cara que puso al incorporarse, la cosa era más seria de lo que todos se figuraban: sin embargo, nada dijo, sino que recetó un antiespasmódico y se sentó en una silla á los piés de la cama, donde se puso á sobarse el bigote con el puño del bastón.

Cuando hubo sido traída la medicina, suministró al paciente una cucharada, púsole unas inyecciones de éter, ó de qué sé yo, en los muslos y en los brazos, y, encargando mucho silencio por encargar alguna cosa, tomó el sombrero y se despidió hasta después.

El Cura salió á despedirlo hasta el corredor y entre los dos se cruzaron estas palabras.

—¿Qué le parece á usted, Don Rafael?

—Rematadamente mal. Creo que se

le prepara el colapso y que se le viene encima á más y mejor; y como diga allá voy, hombre al hoyo.

—Pero ¿tardará mucho?

—Creo que nó: era una máquina destornillada, que no esperaba más que un golpecito para pararse.

—¡Y que no ha sido golpetazo, en gracia de Dios!

—¡Calle usted, hombre, calle usted! ¡Con decirle á usted que estoy malo desde que lo supe!... Pues Pepa, hecha un mar de lágrimas.

—Y, volviendo al enfermo ¿cuánto cree usted que tirará?

—Señor Cura, eso sólo Dios puede saberlo y precisarlo. Sin embargo, no se descuide usted, que más vale un por si acaso, que mil veces quién pensára.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡pobre muchacha! ¡Qué cosas, Don Rafael, qué cosas! Crea usted que no puede uno acostumbrarse á ver padecer al prójimo... Dése usted por ahí una vueltecita y tráigase á Pepa para que se encargue de esa criatura... En fin, vaya usted con Dios, y que su Majestad nos mire á todos con ojos de misericordia.



## XIX

De cómo no es oro todo lo que reluce

Como recordarán mis lectores, Rufina y Paco Góngora habían tirado de la manta, como suele decirse, en el camino de los pinares y reveládose mutuamente su respectiva pasión. ¿Recuerda el lector el razonamiento que cada uno de ellos sostuvo consigo propio la noche de aquel día?

Terminado el almuerzo del siguiente, en que Rufina, siempre locuaz y dicharachera, ni desplegó los labios en toda la comida ni apenas cató bocado, Paco Góngora se puso á pintar en el cuadro que estaba haciendo del patio de la ca-

sa, Don Alvaro se entregó á su lectura y las muchachas á su labor.

Una de las pocas veces en que Justa se ausentó del patio, Paco Góngora llamó á Rufina, que acudió al reclamo como mosca á la miel, tanto más, cuanto que desde la mañana anterior no se habían visto á solas, ni hablado una palabra.

—Esto no puede continuar así—le dijo el galán con voz quedita—necesito entenderme contigo de una vez, y es menester que nos pongamos al habla. ¿Quieres estar en la ventana esta noche á las doce?

—Bueno: estaré.—

Y cuando iban á dar las doce de la noche, Rufina que no se había acostado, aunque se desnudó para desorientar á su hermana, se vistió con cautela, se calzó unas babuchas usadísimas, abrió los cristales con mucho tiento y se sentó en el poyo de la ventana, como si en toda su vida no hubiera roto un plato, ni pensára romperlo el ángel de Dios.

A los pocos momentos, Paco Góngora

allí; pero para verla "á ella sola," y nó después de Justa, como en Sevilla. Ahora era ella el ama, y nadie mas que ella y, á quien le pesára...

¡Las cosas que le dijo el condenado del galán!... ¡Aquello sí que era un novio pintiparado para ella; nó el *armoférico* Don Bartolomé!... ¡Allí estaba ella, puesta á enfriar para que se la llevara aquel pedazo de animalote!... ¡Mirára no se le cayera de la mano!...

¡Nó! algunas cosas de las que le decía Paco Góngora, de seguro que Justa no las hubiera tolerado... ¿Pero qué iba ella á hacer, cuando lo que él le decía no tenía vuelta de hoja? De los caminos justos y legales tenían ellos que prescindir, por lo menos, por lo menos, mientras viviera Don Alvaro. ¿Iban á sacrificarse entonto dejando de quererse, cuando ella no podía pasar sin él, y él, á juzgar por sus palabras y hasta por sus juramentos, estaba loco, loquito por ella?

¡Pero era tan duro para ella, liarse la manta á la cabeza, como suele decirse, y hacer la barrabasada de fugarse con

él! ¿Pero que había de particular en ello, siendo, como era el único medio de casarse con él, porque "otra cosa," ¡Jesús, María y José! ¡qué disparate! eso ni pensarlo siquiera? Nó, eso nó; de ningún modo, mientras Dios no la dejara de su mano... Pero fugarse con él; que él la depositara en Sevilla en poder de una persona de confianza, y casarse á la carrera, y hasta por despacho cerrado, y, si era posible, con fecha de un mes atrás, todo eso sería "un poco escandaloso si se quería," pero no había más remedio: ó eso, ó el interminable sacrificio de prescindir para siempre de aquel hombre, tentador sobre todos los tentadores, y rendido á sus plantas por añadidura, como no era posible que ningún otro hombre se rindiera á ninguna mujer.

¡Y tan guapo! ¡y tan fiell... ¡nó, pues lo que era con Justa, no lo había sido!... pero ¿quizás por eso iba á ser lo mismo con ella?... Con ella, ya sería otra cosa; porque ella lo enloquecería en tal manera, que... ¡en fin, que en aquello no

había ni que pensar por entonces!.....

Pero... ¡era tan duro eso de la fuga!... Su padre... su fama... las Carpantas... ¡Malditas Carpantas! ¿Porqué tendrían fincas en Cascotes y habrían ido á veranear allí?... ¡El *tolle tolle* que se iba á armar!... ¡Vaya! que ella no se atrevía á dar ese paso, y así se lo confesaba al tentador amante por entre los calados de las morunas celosías de la ventana.

Pero pasó una noche. Y pasó otra noche. Y empezó la tercera. ¡Y él, cada vez más insistente y ella, con menos fuerzas cada vez!... ¡El demonio... sí; el demonio debió ser quien trajo á Don Bartolo á la ventana, y después... ya los han visto nuestros lectores, cogerse del brazo en la puerta del Duque y marchar en derechura de la estación.

—¿Porqué tiemblas?—le decía el galán al sentir en su brazo el convulso movimiento del brazo de ella—¿tienes miedo, tontilla? ¡no temas nada! ¿no voy contigo yo... tu Paco, tu...—

Y se perdieron por el primer recodo de la carretera.

Y nó: no eran bastantes los amorosos arrullos del galán, á calmar la tormenta que se había desencadenado en su alma. Era harto infame lo que estaba haciendo, y no estaba tan encallecida su conciencia, que no empezára á sentir, á los pocos instantes de haberse fugado, los remordimientos más torcedores.

El Señor es testigo de que quiso volverse desde la cruz del Humilladero y de que así se lo dijo hasta con lágrimas á Paco Góngora. Pero éste, momentos antes tan rendido, se mostraba ahora tan inflexible de voluntad, que, ella ni tenía fuerzas para luchar con él, ni acción para otra cosa que para andar, asida á su brazo, á donde él quisiera llevarla, aunque fuera al infierno. ¿Al infierno?... ¡allá iban las malas hijas y las malas hermanas!... ¡Jesús, María y José, qué imágenes más negras!... ¿quién se lo había de decir á ella?... ¡Lo que había hecho en un momento de locura, porque aquello no había sido más que una locura de remate!

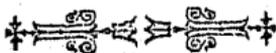
Y, desasiéndose del brazo del aman-

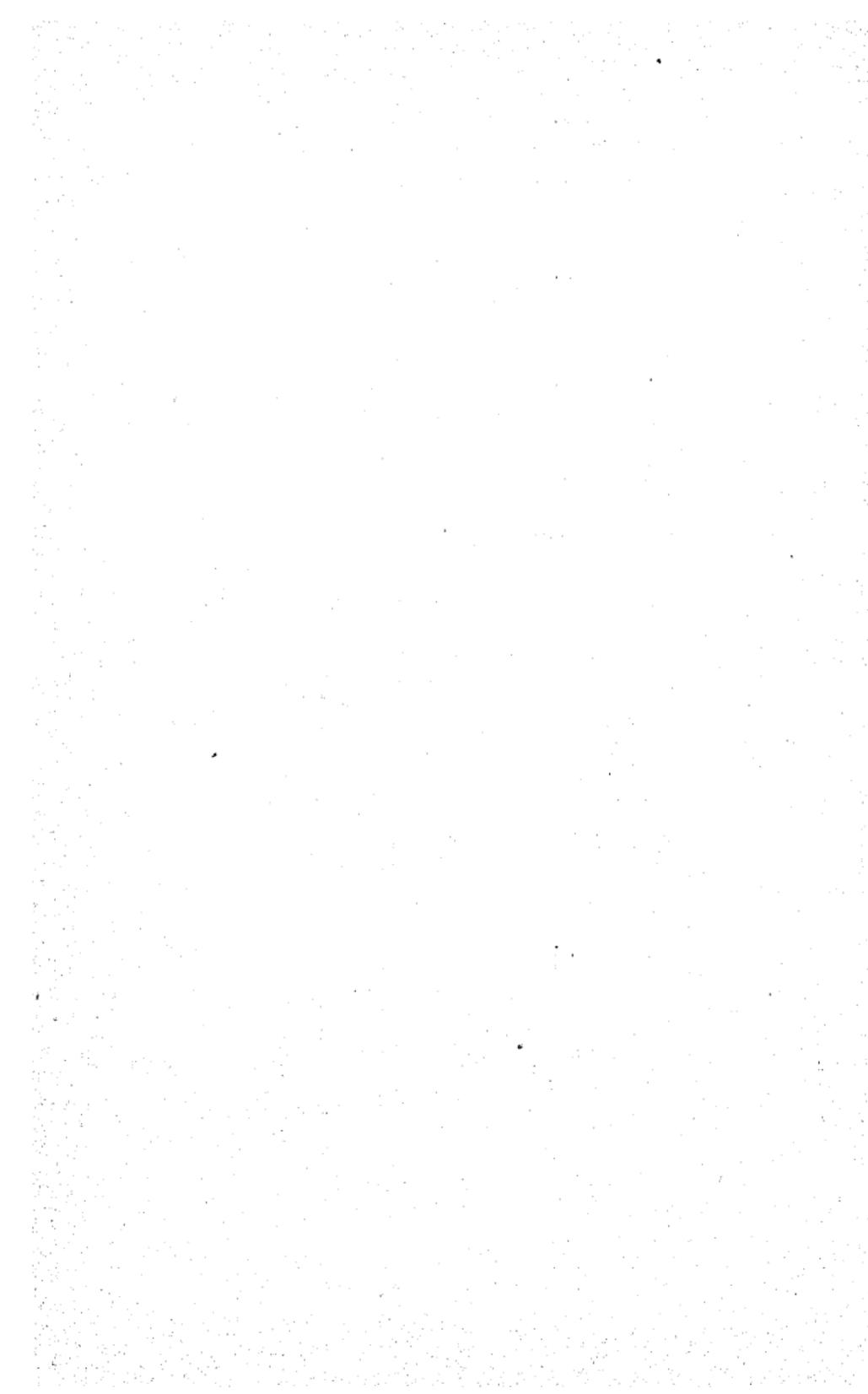
te, se sentó en un montón de piedras de las del camino. Estaba tan cansada, (habían andado cerca de una legua) y tan arrepentida, que rompió á llorar. Paco Góngora, contrariado en extremo, la cogió por la mano, fría como la de un cadáver, y con eco imperioso, que en nada se parecía al del camino de los pinares ni al de la reja de la ventana, le dijo levantándola:

—¡Vamos, que te has propuesto aguar la fiesta!—

Y Rufina se levantó, sin replicar palabra. El galán arrepentido de su dureza, la colmó de halagos y de caricias, y siguieron andando, andando, andando, como se dice en los cuentos infantiles, camino de la estación.

¡¡Pobrecita!!...







## XX

### Un buen padre y un buen Cura

Cuando el Médico se hubo ido de la casa del Duque, el Cura se volvió á la alcoba del enfermo, encomendándose á Dios y á todos los santos y santas de la Corte celestial, para que le inspiráran el medio de abordar la cuestión espinosísima, trascendentalísima y que le ponía al Cura los pelos de punta, de decir al paciente sin embajes y sin rodeos que la muerte podía venir y que era necesario aparejarse para comparecer ante el inapelable tribunal del Juez supremo.

Por suerte para Don Ambrosio, que esta era la gracia del señor Cura, la

cuestión fué planteada por el mismo Don Alvaro, quien, rogando á su hija que se alejára, porque quería hablar á solas con Don Ambrosio, dijo á este cuando se hubieron quedado solos en la alcoba:

—Hágame la caridad de cerrar esa puerta y de sentarse aquí—

Don Ambrosio obedeció sin desplegar los labios. Don Alvaro lo miró fijamente, y empezó otra vez á llorar con tantas lágrimas, que no fué parte Don Ambrosio á contener las suyas.

—Señor Cura,—le dijo al fin, y cuando los sollozos se lo permitieron—¡esa niña me ha matado! Nada sé á punto fijo, sino que falta de mi casa desde esta mañana temprano; pero todo lo adivino. ¡Bendito sea el Señor que así me prueba! Ella era, señor Cura, la mitad de mi vida: y nó solamente se me ha ido, sino que de rechazo me ha matado la otra mitad, ¡mi Justa de mi alma! á quien esta traición tan sin ejemplo ha tenido que herir de muerte, porque, pongámonos, Padre, en el lugar de esa desventurada! ¡Pobre hija mía!

El golpetazo por así decirlo que al darme cuenta de ello parece como que recibí en la nuca, hasta quedar, créame usted, entontecido, y el dolor tan sin nombre, que simultáneamente sentí en lo más profundo de las entrañas, como si me las arrancáran, me han puesto de tal modo, que, si llego á mañana, será todo lo de Dios. Al árbol socavado, cualquier viento lo tumba. Pues bien, así estaba yo; socavado y viviendo artificialmente como el otro que dice: ¡fígúrese usted si podrá resistir al rudo embate de tan fuerte huracán!... ¡Qué pena, señor Cura, que sea mi propia hija la que me mate!—

Y otro sollozo inmenso, como si hubiera brotado de los pulmones de un atleta, salió por la garganta de Don Alvaro. Lloró algunos instantes y prosiguió:

—¡Y si viera usted, señor Cura, qué buen padre he sido, aunque sea inmodestia que yo lo diga! Viudo, desde que tenían seis años, y en edad y con posición para casarme nuevamente, siempre

rechacé esta idea, como un mal pensamiento. ¿Dar madastra á mis hijas? ¡jamás! ¡Pero, si viera usted qué batallas tan rudas para vivir, como debe vivirse, según la ley de Dios; si supiera usted qué serie tan innumerable de sacrificios, conocidos sólo por Dios y por el angel de mi guarda!...

—Me hago cargo:—interrumpió Don Ambrosio, moviendo de alto abajo la cabeza.

—Yo he sido para ellas su padre; su madre; su maestro; su compañero de juegos; su amigo; casi su confesor. Éramos tres en uno solo; yo, para ellas; ellas, para mí. Y, hay que hacerles justicia, siempre han sido buenas: tanto, que este es el primer disgusto que me dan: y, porque es el primero, y de tal magnitud, me ha llegado tan hondo. Buenas las dos hasta la pared de enfrente, Rufina, sin embargo, fué siem-egoistilla. Justa no hubiera hecho esto nunca, porque sabe querer. Rufina ha llegado á hacerlo, porque, créame usted, señor Cura, no hay educación posi-

ble para un corazón egoísta, y el de mi pobre hija lo es y lo será, y digo que lo será porque eso del egoísmo es un mal incurable.

—¡Cabal, señor Don Alvaro! habla usted como un libro—murmuró Don Ambrosio.—Contra la naturaleza no puede más que una cosa: la gracia de Dios; y la educación será todo lo que se quiera, pero nó lo que se llama gracia de Dios.

—Y ¡claro está!—continuó el enfermo:—incapaz de sacrificarse por nadie, ha puesto en una balanza la vida de su padre y el placer de escaparse con un buen mozo. Esto ha pesado más que aquello, y, como consecuencia, su deshonra, la agonía de su pobre hermana y la muerte de su padre.—

Los sollozos ahogaban á Don Alvaro al llegar aquí. Dióse á ellos por espacio de unos minutos y prosiguió cuando pudo hablar:

—Y por eso, señor Cura, porque me siento más en el otro mundo que en este, y porque quiero como cristiano rematar mi carrera en paz con mi Dios,

pido á usted la caridad de que oiga la larga lista de mis pecados y en el nombre de Dios me dé el perdón de ellos.

—Aquí está, hermano mío, este pobre apoderado de Jesucristo, deseando prestar á usted ese consuelo.

—¿Pues vamos?

—¡Vamos!

—Por la señal. . . . .

Quando hubo terminado, le dijo el Cura:

—¿Nada más, hijo mío?

—Creo que nada más.

—Entonces.... ¿perdona usted.... de todo corazón á.... ¡vamos!... los que le *hayan* ofendido últimamente?

—Padre, quisiera: pero no puedo. Ha sido tan mortal la puñalada con que me han herido y está tan fresca todavía, que maldecirlos, nó; pero perdonarlos, Padre, perdonarlos, ¡ah! eso es superior á lo que la naturaleza dá de sí.

—Pues entonces, trabajo inútil ha sido cuanto ha hecho.

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo perdonar á quien no perdona.

—¡Padre!... ¡eso es una dureza rayana en la crueldad!

—Si en efecto hay dureza, será de Dios. Yo no hago dogmas ni hago moral. Se me ha trazado una pauta y á ella me atengo.

—¿Pero cuál es esa pauta?

—Pues, ó perdonar al enemigo, ó renunciar al perdón. ¿No dice usted, cada vez que reza el *Padre nuestro* “perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,”? Pues considere que con esas palabras pone á Dios en la mano la medida con que quiere ser medido. ¿Perdona usted con generosidad? Pues ya sabe el Señor que quiere usted ser perdonado generosamente. ¿Cierra usted las entrañas á la misericordia y se niega al perdón? pues ya Dios sabe que usted no quiere que le perdone; porque usted, usted mismo se encarga de decirle, que haga con usted lo propio que usted con sus deudores. Sí, hijo mío de mi alma; el que cierra sus

entrañas al perdón hace del *Padre nuestro* un anatema que fulminar contra sí mismo. Sí: ó perdonar generosamente, ó renunciar al *Padre nuestro*... ó anatematizarse cada vez que se reza.

—¡Padre! ¡qué terriblemente hermoso es todo eso!

—¿No había pensado en ello nunca? ¿verdad?

—Como ahora, confieso que nó.

—Pues vea usted por qué no puedo perdonar en el nombre de Dios al que no perdona.

—Pero ¿no ve usted, Padre, que eso es superior á la naturaleza?

—¿Y usted, hijo mio, no sabe que quien tiene que llevar á cabo ese heroísmo no es la naturaleza, sino la gracia?

—¡Gracia... gracia... ¿y esa gracia dónde está?

—Aquí: á su cabecera; crucificada; tómela usted. Aquí, y no mas que aquí, tiene la fuente de cuya plenitud todos reciben. ¿Lo ve usted? crucificado, no sólo perdona á los que lo crucificaron, sino pide por ellos.... ¡Abrácese á él,

hasta incrustárselo en el alma, y dígale de lo íntimo de ella, pero ¡ay! sin perder de vista que va usted á pronunciar su propia é inapelable sentencia: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores!

—¡Perdónanos... nuestras deudas... así como nosotros... perdonamos á nuestros deudores!—murmuró Don Alvaro con voz solemne al oído del Cristo crucificado que tenía tendido sobre el pecho y el rostro. El Cura que se había levantado del asiento estrechó con un mismo abrazo el Crucifijo y el enfermo y, besando á aquel en los piés y á estotro en la frente, se incorporó de nuevo, extendió sobre Don Alvaro sus manos consagradas y empezó á recitar distinta y acompasadamente la fórmula de absolución.

Como el que ha sostenido una lucha superior á sus fuerzas, Don Ambrosio se desplomó rendido sobre el asiento, puso los codos sobre las rodillas, la frente entre las manos y rompió á llorar.

—¿Qué es eso, Padre?—le preguntó Don Alvaro, sonriendo como se puede sonreír en el ecúleo—¿le ha tocado á usted la vez?

—¡Sí, hijo mío!—respondió Don Ambrosio—es tan grande lo que usted de su parte y yo, de la de Jesucristo, hemos hecho, que es menester ser de piedra, y yo no lo soy, para no sentir imperiosa necesidad de abrir paso á las lágrimas.

Cuando el señor Cura se hubo serenado, le dijo Don Alvaro.

—Tenga la bondad de abrir la puerta y hacer entrar á Justa.

El Cura obedeció y entró Justa en escena. ¡Pero cómo venía! Pálida, con esa palidez mortal que tiñe el rostro en los espantos supremos y en las grandes catástrofes, traía las cuencas de los ojos, de tan enrojecidas de llorar, amoratadas. Hasta que el Cura no se había encerrado con Don Alvaro, no había ella formado cabal idea de toda la desgracia que se le había venido encima. —Todo —se había dicho á sí propia—lo

pierdo de una vez: mi novio, mi Rufina... ¡hasta mi padre!

—Hija mía, - le dijo Don Alvaro cuando la vió entrar—¿no es verdad que me quieres?—

Y Justa se hincó de rodillas delante de la cama y le besó las manos por única respuesta.

—¿Me negarás, hija mía, lo último que he de pedirte en este mundo?

—¡Papá.... por Dios!

—Contéstame, de modo que yo te oiga para morir tranquilo: ¿me negarás lo último que he de pedirte en este mundo?

—¡La vida, que me pidieras, te la daría!

—Pues bien; esta es mi súplica: que perdones á tu pobre hermana, como quisieras tú misma que te perdonara Dios, si hubieras de comparecer en su presencia en este instante. ¿La perdonas? ¿sí, ó nó?

—La perdono, Padre.

—Me prometes, si alguna vez la encuentras por esos mundos abrirle los brazos, besarla en mi nombre y decirle que morí perdonándola?

—Lo prometo, padre.

—Besa este Santo Cristo en señal de que no engañas á un pobre moribundo.—

Y Justa lo besó.

—Ahora, abrázame por tí misma—y se abrazaron.—Y ahora, por tu hermana, que tánta falta me hace en estos augustos momentos—y se abrazaron otra vez.

—Arrodíllate, hija mía, y recibe la bendición que te pertenece—y la bendijo.—Y ahora, la que no puedo dejar caer sobre tu pobre hermana.—Y tornó á bendecirla.

—¡Guárdala como depósito de una manda sagrada que te entrego al morir, para que se la des en mi nombre, cuando la encuentres.... ¡si es que la encuentras!—

Y Don Alvaro, que para todo esto se había incorporado, se dejó caer sobre el lecho. Justa se arrojó sobre él, y abrazados lloraron por largo tiempo, con un llanto tan grande, como honda y sin consuelo era su pena.



## XXI

### Más comadreo.

—¿Ha visto usted, comadre?... ¿ha visto usted?

—Calle usted por Dios, comadre, que ca vez que macuerdo se me ponen los pelos 'e punta... ¿Qué quié usted? ar mejón paño le cae la mejón manchã, y de barro semos y mos esmoronamos. ¡Qué mundillo, comadre, qué mundillo!...

—¡Probecito don Arbaro!... ¡quién le iba de deci que iba á dejá los güesos en Cascotes!

—¡Y qué de pronto tó! ¡Ni un rayo!

—Como que apenita, apenita, se fué Su Majestá, le entró el ajoguío, el ajoguío... y se queó como un pollito, sin de-

cí Jesús. ¡Gracia que lo arcanzó tó!: que si er Cura se tarda er canto un duro, se las toca en jerga.

—¡Y qué intierro, comadre, qué intierro! Lo que toca en Cascotes no han conocío otro los nacíos.

—Como que dicen que apalean las onzas 'é oro y que la hija le dijo ar Cura y ar Méico que tó de lo mejón... ¡Conque cáatala usté ahí!

—¿Y será verdá lo que andan diciendo, que le dijo ar Cura espúés 'e la confesión que le pagára á la Calandria er popilo y tó lo que el lotro le queára á debé?

—¡Lo cuar que la otra no lo habrá querío tomá!... ¡Arrastrá y qué relambruciona y qué resinvergonzonsísima es la hija 'e la gran roá!

—Er que dicen que está, que ni tuje ni muje endeje que se enteró, es Bartolo er der herrero.

—Po miusté; de lo único que malegro es de que se haiga llevao ese reborcón. ¿Cree ér quizá que tó son bienes 'e propio, ladrón, más que ladrón ér y su pa-

dre y toa su casta confiscá, que mal rayo la parta?

—¡Er durcisimo nombre de Jesús! ¡y cómo se pone esta mujé cuantito se le toca esta tarara!

—¿No quié usté que me ponga, si han sío la ruina de mí casa, y por mó de ellos, y sólo por mó de ellos se murió er probecito é mi José, porque endeje que le quitaron la guardería, no alevantó cabeza, jasta que pa la caía 'e la hoja empinó er jopo? ¡Güeno! ¡po que sepan ellos que Dios no se queá con ná 'e naidé: que er que la jace, la paga; y si á los güenos como nosotros mos vienen 'e vez en cuando ramarazos como er que á mí ma venío, que ma dejao pegaita á la paré, á los reteladronazos mardecíos como ellos no sé lo que le tiene que vení. ¡Ar-go mu gordo, comadre, pero mu gordo le tiene qué vení!... ¡anjolá fuera hoy!.. ¡manque sea un doló 'e clavo, Madrecita der Monte!

—Y la otra, la rubia (y usté perdone) ¿se sabe lo que piensa de jacé?

—¡Qué sé yo? Por lo meno mientras

que no pasen los nueve días no se me-  
neará de aquí; ¡digo yo!

—¡Esa, esa es la que quea avia! ¡pro-  
becita de mi arma, y qué recochiná tan  
grande la que han jecho con ella!

—¿Pero es verdá que era su novio?...

--Yo por mí, eso se dice.

—Po, hija, eso no lo jacen ni los  
judíos.

—¿Qué quié usté? ¡este es er mundo!  
y onde menos se piensa sarta la liebre.  
En fin, voy anca mi Francisca, que esta-  
mos escascarando un poquillo é maí que  
han cogío, y como yo soy er burro negro  
'e la familia, es mesté está en tó.

—Yo tamién iba anca mi cuñá á  
ayuarle al lavao y á echarle unos cu-  
chillos á los carzones é mi Joaquín,  
porque como Dios me ha crio pa cha-  
peoná y ar fin está ér de por medio...

—Tiusté razón: si una no es pa los su-  
yos, ¿pa quién va sé? ¡Po que haiga salú!

—Gracia, iguarmente.—

Y salieron andando las dos comadres,  
cada cual por su lado.



## XXII

### Despedida

Otra vez hay otro coche á la puerta del Duque, y con éste van tres en un mes escaso. Jamás se ha visto en Cascotes tanta *valuma* de carruajes, ni tanto *dí y vení*.

Numeroso gentío, mujeres en su mayor parte, tiene la calle casi maciza; pues la noticia de la *día* de la que ha *queao* ha corrido por el pueblo de boca en boca, en menos que canta un gallo.

En efecto; Justa se vá. Pasados los nueve días "de rigor," del luto; sin nada que la detenga en Cascotes, sino ántes, encontrando en cada rincón de aquella casa malaventurada un recuerdo que

aviva sus dolores, ha decidido marcharse á.... ¡ni ella misma sabe á dónde será!; pero lejos, muy lejos de aquella casa, almáciga para ella de desventuras.

¡El cuarto de Rufina!... ¡Qué horror!... Allí, sin duda alguna y por aquella ventana, se habría fraguado "todo". ¡El cuarto de Don Alvaro, donde, como herido de un rayo, cayó para no levantarse jamás!... ¡La sala en que estuvo de cuerpo presente, y ella loca, loquita de dolor, sin apartarse de junto al féretro hasta que se lo llevaron!... ¡El patio, donde el muy.... ¡infame! colocó el caballete y se puso á pintar!... ¿Infame había dicho?... ¡Más que infame había sido su conducta!

Y ¡bien lo sabía el Señor!: no era lo que más le dolía á ella el que la hubiera engañado tan inicuaemente. Le dolía, claro estaba que le dolía, ¿no había de dolerle? porque ella no era de palo. Pero bien sabía Dios y su Santísima Madre que lo que ella no podía perdonar á Paco Góngora era haberse atre-

vido á poner su impuro pensamiento en su hermana, en su melliza, en su Rufina.

¿Y estos son los hombres?—se decía á sí misma, cuando se ponía á escudriñar en las profundidades de su dolor:— ¡buenos están los hombres á juzgar por la muestra!... ¡Mi novio, mi Paco, mi... ¡qué sé yo? porque yo no encontraba en el mundo palabra con que llamarle!... ¡El que más debiera quererme de entre todos los hombres; pues para eso era mi novio y para eso yo lo quería, como nunca jamás ningún otro fué querido en el mundo, tanto, que hasta me remordía la conciencia de que, sin que yo pudiera remediarlo, lo quería más que á mi padre!... ¡Buenos están los hombres.....

¿Y estas son las mujeres?—seguía diciéndose.— ¡Pues mira que las mujeres!... ¡Mi hermana, mi melliza, mi Rufina!... ¡Mi alegría, porque era morir de risa con el demontre de la muchacha!... ¡Mi orgullo, porque yo no encontraba otra, ni más guapa, ni más instruida, ni más salada, porque aquello fué ponerse Dios expreso á derra-

mar perfecciones en ella!... ¡La que más debía quererme, porque además de ser mi hermana, era mi amiga, mi consultora á quien yo le contaba hasta mis pensamientos!... ¿Y engañarme?... ¿Y engañarme los dos, él y ella, y de esta manera tan vil, tan inícuva, matando entre los dos y para siempre, nó ya ni corazón y mis ilusiones, sino hasta al pobrecito de mi padre?...—

Y cuando Justa en sus cavilaciones llegaba aquí, sentía tan imperiosa necesidad de llorar, que no se hartaba de ello, tánto, que nó pocas noches se las pasó la pobrecilla de claro en claro, llora que llora.

El bueno de Don Ambrosio no dejaba de visitarla ni un solo día. Fué este el último encargo que le hizo Don Alvaro y era para él muy sagrada la súplica de un moribundo.

En las primeras visitas apenas si se hizo otra cosa que llorar la huérfana y callar el Cura, que, como hombre delicado y prudente, empezaba por respetar el dolor, y la mejor manera de respetar-

lo era, al entender del señor Cura, dejarlo seguir su ordinario curso, sin comprensiones estúpidas que, más que calmarlo, lo exacerban y sin esos consuelos de pacotilla que, porque todos los hemos oído sinnúmero de veces, entran por un oído del doliente y por el otro salen, sin producir en el alma otro efecto, que el que causa en el aire la piedra que lo cruza.

—Señor Cura—le dijo una tarde la huérfana.—Perdóneme los malos ratos que le estoy dando, pero póngase en mi lugar y verá cómo me sobran motivos hasta para volverme loca, si es que ya no lo estoy.

—Crea—le dijo el Párroco—que me tiene muy apenado el aplanamiento de usted y que, si á costa de sacrificios míos pudiera consolarla, no los escatimaría ciertamente. Pero, como esas llagas no las sabe ni las puede curar más que Dios, ni siquiera lo intento por mi parte; aunque bien sabe nuestro Señor con cuán viva instancia se lo estoy pidiendo.

—Dice usted muy bien, señor Cura: es

demasiado grande mi infortunio, para que nadie pueda ponerle remedio, como es demasiado hondo el vacío que ha quedado en mi alma, para que pueda llenarlo nada ni nadie que no sea Dios—y mirando á través de sus lágrimas á Don Ambrosio, le preguntó enjugándose las:

—Señor Cura, ¿serviría yo para monja?

—Ahora — respondió con sequedad Don Ambrosio—resueltamente nó.

—¡A ver! explíquese usted: ¿qué me quiere usted decir con ese “ahora,,?”

—Pues muy sencillo: que las resoluciones, sobre todo las que son de tanta monta como la entrada en una religión para toda la vida, requieren largo estudio, serenidad de ánimo, calma... cincuenta mil cosas por el estilo, que son precisamente las que ni usted tiene *ahora*, ni habrá de tener en muchos pares de días.

—¿De modo que...

—Que no eche usted en saco roto esa... llamémosla así inspiración; pero estúdiela mucho y consúltela más, porque puede venir de Dios y puede nó venir.

Que la hay, indudable; pero ¿será de Dios? ¡Ahí, ahí es, señorita, donde está el intringulis!

Por ahora lo que debe usted hacer, á mi pobre juicio, es irse de este pueblo; distraerse, olvidar. Y, cuando estas primeras sacudida de su dolor hayan pasado, porque tienen que pasar, porque ese es el mundo; cuando todas sus facultades hayan entrado en caja y haya usted arribado á las playas de la tranquilidad y del dominio de sí misma, entonces, si la idea en cuestión no se le ha ido para siempre, entonces, repito, póngase á pensar, lo que se llama en serio, si servirá usted para monja y si será *sólo Dios* el que la llama...

—Y ¿podré contar para entonces con las luces de usted?

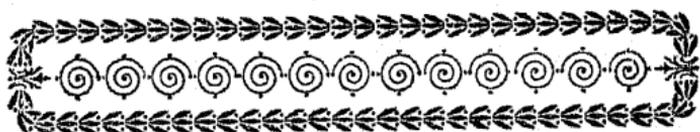
—Para todo lo que sea en bien y provecho de las almas me tiene á su disposición todo el que me busca... y hasta el que no me busca. ¡Conque ya ve usted!—

Y á los dos días de este diálogo, llegó el coche á la puerta de la casa del Duque. Los criados lo cargaron de baules y de

maletas y Justa salió de la casa, acompañada del señor Cura, el Médico y Pepita.

Y, entre el llanto de la Médica y el de las mujeres de la calle, las sinceras expresiones de cariño del Médico y del Párroco y las *superferolíticas* razones de adhesión del elocuente Cacique cascoteero llegado á la última hora, puso la pobre huérfana el menudo pié en el estribo. Se sentó en el vehículo, se compuso la falda, hizo lugar á los criados y con un—¡¡Dios se lo pague á ustedes!!—mojado en lágrimas, dió al cochero la orden de arrancar.

Y, entre el—¡Riá mulas!—de éste, los cascabeleos de aquéllas, el crujir del látigo y el sonar de las ruedas contra los duros guijarros de la calle, se alejó para siempre de aquella casa, en la que, llena de ilusiones, entró con su padre y con su Rufina; en la que, enamorada, esperó primero y recibió después á su idolatrado Paco, y de la que se ausentaba aquella tarde, sin su padre, sin su Rufina y sin su Paco... ¡sin familia, sin ilusiones y sin amores! ¡¡sola en el mundo!!



## XXIII

### *Carpantas usque in aeternum*

Y, como todo llega en este mundo, llegó la última decena de Septiembre y las Carpantas se emperifollaron una tarde y salieron á despedirse de los honrados vecinos de Cascotes que las habían visitado.

Una de las casas en que estuvieron fué la de Don Roque; pues, aunque las ordinariieces de Rita les crispaban los nervios á las tres, era madre del primero y único amor de Fanny y, sobre todo, tenía unos garbanzos, gordos como papas y tiernos como manteca, y era necesario hacerles el último panegirico

para ver lo que se podía *raspiñar* como "recuerdo de viaje."

Comiendo estaban los dos esposos con el pimpollo resultante de su unión. Este, en un plato aparte. Los otros, los dos en uno mismo, porque ni se amañaban á otra cosa, por aquello de que lo que entra con el capillo sale con la mortaja, ni podían avenirse con tanta tontería como impone la moda. ¡Mire usted que los tenedores... habiéndonos concedido el Señor en su infinita largueza cinco dedos nada menos en cada mano, y eso, sin contar los de los piés que son otros tantos, total: veintel...

Debo advertir que Don Roque era muy *fugaz* en la comida: frugal quería él decir, pero era lo mismo.

Pues bien y dejando á un lado digresiones; cuando las Carpantas entraron, estaban para alzarse los manteles... si los hubiera habido: lo que estaba, así pués, para alzarse, era la servilleta que había debajo del plato del garrido Don Bartolo.

Pero, ya que nó los manteles, se levantan-

taron, al llegar la visita, los comensales, sacrificando en honor de las que entraban el pedazo de sandía que á cada uno había tocado en suerte. ¿Comer Rita delante de nadie?... ¡por cualesquier cosa!

La criada que *asestia* á la mesa sacó seis sillas al jardín y en ellas se sentaron los seis amigos, nó sin que al hacerlo la señá Rita, se le escapára un regüeldo, que pareció un relincho.

Movimiento de muda protesta en las Carpantas, y mirada de soslayo de Don Bartolomé á la autora de sus días, que se queda tan campante. ¿Y porqué nó? ¿no era tan natural lo que había hecho, como la respiración?

—Pues nada:—empezó á decir Doña Curra—que, como ya mañana nos marchamos, veníamos á decirles á ustedes con Dios, y á preguntarles si querían algo para Sevilla.

—¿Tan *continenti*?—preguntó Don Roque—¿no admite *rogativa* (quería decir prórroga) ese viaje? Si mis súplicas pudieran servir de *rómola*, crea usted...

—¿Qué quiere usted? bastante lo sen-

timos—prosiguió la Viuda—pero ya es hora. Y á propósito, Rita; y sin compromisos de ningún género: quisiera que me mandára usted antes de irnos la cantidad de garbanzos de que buenamente pueda usted desprenderse, porque, como de todas maneras los hemos de comprar y los de usted son tan tiernos, porque yo no he comido cosa más rica...

—Mire usted—contestó la alcaldesa, poniéndose la mano en la boca para degollar otro regüeldo—de venta, no los tenemos, porque no *himos* cogido más que para casa, como le dije á usted el *lotro* día. Pero yo le mandaré á ustedes esta noche otros poquitos, ya que le gustan tanto.

—¡Que nó! ¡qué disparate! ¡privarse de una cosa tan rica por causa de nosotras!... Se lo decía, porque, como tengo esta memoria tan incapaz, no me acordaba que no habían cogido para vender. Nada: quiere decir que cuando *lléguemos*, los compraremos en el *Ismo*.

—¡Es que tengo yo mucho gusto en que se los coman ustedes á mi *salú!*

—Si lo va usted á tomar á desaire...—

Y á este tenor, y sin marrar en más palabra que en el nombre de la cosa pedida, las Carpantas siguieron aquella tarde su excursión y haciendo su septiembre (que no siempre ha de llamarse agosto lo que ellas hacían en las vísperas de cada marcha). Y á la tarde siguiente, precedidas de un criado, caballero en una acémila, que ni las que componen la cabalgata de los Reyes Magos caminan más cargadas, y á burra por Carpanta, salieron de “sus posesiones,” en derechura de la estación; de capota, la madre, y de sombrero, las niñas, cobijadas por pintorescas sombrillas las dos últimas y aquella, por enorme paraguas colorado de los buenos tiempos de su difunto.

—Y por fin—le preguntó Lolita á Fanny mientras esperaban en el andén la llegada del “mónstruo con ojos de fuego y crines de vapor,”—¿en qué han quedado ustedes á última hora?—

—Pues hija, en que está de Dios que no me estrene. ¡Suerte más negra...!—



## XXIV

### Justicia de Dios

Era una tarde del mes de Abril, del Abril incomparable de Sevilla, cuando estaba sentada en un poyo del jardín del Convento la Reverenda Madre Maria de los Dolores, Superiora de la casa de las Arrepentidas.

¡Y qué hermosa tarde, la tarde que estaba haciendo!

Los naranjos, cubiertos de azahar y las acacias, vestidas de desmayados racimos de blancas flores, perfumaban el tibio ambiente de tal manera, que se mascaba el aroma. Hay que tener en

cuenta que las macetas de claveles y los rosales de olor contribuían á la buena obra con todo lo que podían, que no era poco, y las celindas en flor y los alelles floridos de arriba abajo... y todo en fin lo que en el huerto había, hecho una bendición de Dios con tantas flores, hacían de aquel bienhadado paraje punto menos que el vestíbulo de la gloria.

¡Qué hermosa luz, la del sol, poniéndose tras la moruna torre de la Parroquia de San Marcos! ¡Qué gemir, el gemir de la fuente al derramar su llanto de taza en taza! ¡Qué manera de cantar la de los ruiseñores entre las ramas de los cipreses, única "nota," fúnebre de aquel risueño edén! Lo dicho: si aquello no era el vestíbulo de la gloria, cerca le andaba.

Entretanto la Madre Dolores, muertecita de pena en su poyo del jardín, y mientras más risueña la creación, ella, más triste. ¿Porqué? ¡Vaya usted á escudriñar en los oscuros abismos del corazón humano!...

¡Y qué guapa habría sido! Ya estaba

un poco ajada; porque ni los años pasan en balde, ni las mortificaciones se sufren impunemente, ni las penas y dolores del alma dejan de salir á la cara del que los padece; pero hay todavía tal belleza en la menuda carita de la Madre Dolores, que parece una figurilla mística trabajada en *biscuit*.

¿Madre?—llegó á decirle la hermanita portera:—ahí está el Padre con una “pobrecita,, nueva y quiere ver á Su Reverencia para entregársela: ¡viene más malita!... ¡Sólo de venir andando del hospital, ha estado echando la mar de sangre por la boca!

—¡Ay, pues encienda Su Caridad en la sala, que voy volando!—

Y la hermanita se alejó hacia la portería. La Madre, unos momentos al coro. Jamás desde que era Superiora, recibía á nadie, ni tomaba ninguna resolución sin ir á pedir al Señor las luces que había menester; porque “como era tan torpona, no se fiaba nada de sí misma.,”

A los pocos minutos, la Madre alzaba el pestillo de la puerta y ponía el pié en

la sala. El padre y la "pobrecita," se levantaron, y... dos gritos inverosímiles, dos de esos alaridos que sólo saben dar la suprema contrición ó la alegría suprema, sonaron á la vez. La pobrecita retrocedió horrorizada, como si el mundo entero se le viniera encima. La Madre se fué hacia ella con los brazos abiertos, y, estrechándola contra el seno y besándola en la frente, como besára una madre de verdad al hijo resucitado, dijo al estupefacto Padre, que contemplaba mudo la para él incomprensible escena:

—¡Mi hermana! ¡¡Mi melliza!! ¡¡¡Mi Rufina de mi alma!!!—

\*  
\* \*

Ni siquiera una tarde deja de ir la Madre Dolores al Campo Santo de su Convento.

Allí, á la sombra de un grupo de cipreses, rodeada de unas cuantas macetas y cobijada por una santa cruz, hay

una sepultura, que será, andando el tiempo, la que ella ha de ocupar.

Ahora la tiene ocupada su Rufina, pobre desecho del vicio, que, abandonada por Paco Góngora cuando le llegó la hora del hastío; requerida, para tornar á ser abandonada, por otros amadores, cada uno de ellos de más baja estofa que el anterior; explotada más tarde por el más vil é inícuo de todos los comercios; recogida por el Padre del pudridero de un hospital, y aceptada á la postre por el Dios de las misericordias infinitas, murió á los pocos meses, en los brazos de su santa hermana, de arrepentimiento y vergüenza.

SEVILLA, SEPTIEMBRE DE 1899.

---

# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria á los Sres. D. Luis Montoto y Rauchstentraus y D. Francisco Rodríguez Marín . . . . .	5
I. - Un rato de comadreo . . . . .	7
II.—Las forasteras. . . . .	13
III.—Mirada trasatlántica. . . . .	23
IV.—En que las Carpantas visitan y Don Alvaro con sus hijas reciben. . .	37
V.—En que se hacen comentarios y otra visita . . . . .	49
VI.—El Médico y su Señora y el Cura de Cascotes. . . . .	59
VII.—Visitas hechas, visitas pagadas .	67
VIII.—Amoríos por acá y amoríos por acullá. . . . .	85
IX.—De quién era Don Alvaro y de cómo se enamoró su primogénita . . .	101
X.— Comida campestre . . . . .	111
XI.—En que Don Bartolomé declara «su atrevido pensamiento». . . . .	121